
VIOLETA DARK
Mis
GUARDAESPALDAS
irresistibles

MIS GUARDAESPALDAS IRRESISTIBLES

SERIE GUARDAESPALDAS
LIBRO 2

VIOLETA DARK

© 2026 Violeta Dark
Todos los derechos reservados
Este libro está protegido por derechos de autor. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea digital, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Solo se permiten breves citas para reseñas literarias.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Jax y Elsie

¡Únete al **club DARK** y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

ESCANEA EL CÓDIGO QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

WESTON

Intercambio una mirada cómplice con Easton mientras lo sigo por el pasillo que conduce al despacho que Grayson ha establecido en el ala este de la mansión de Sienna. No necesitamos palabras para comunicarnos; nunca las hemos necesitado.

—Me apuesto diez dólares a que quiere que trabajemos este fin de semana en Los Hamptons —murmura Easton, caminando tan cerca de mí que nuestros hombros se rozan. Es un hábito que hemos desarrollado desde Afganistán: mantenernos siempre al alcance del otro, como si la proximidad física fuera un recordatorio de que ambos seguimos vivos.

—No apuesto contra ti cuando tienes esa cara —respondo, reconociendo la expresión que pone cuando está completamente seguro de algo—. La última vez perdí trescientos dólares y tuve que aguantar tu sonrisa petulante durante una semana.

Su risa baja y cálida me rodea como siempre, haciendo que los músculos de mi espalda se relajen inconscientemente. Ese es el efecto que Easton tiene sobre mí desde el día que nos conocimos: él es luz donde yo soy sombra, sonrisas donde yo soy silencio.

Llamamos a la puerta del despacho y la voz de Grayson, firme y clara como siempre, nos invita a entrar. A diferencia de su oficina principal en la sede de Callahan Security, este espacio refleja una mezcla curiosa de trabajo y su nueva vida. Hay planos de seguridad y expedientes perfectamente apilados, pero también fotografías de Sienna, una chaqueta de ella colgada en el respaldo de una silla y una taza de té a medio terminar que claramente no es de él (Grayson nunca deja nada a medias).

Es extraño y fascinante ver cómo este hombre, tan parecido a nosotros en muchos aspectos, ha encontrado un equilibrio entre sus demonios y su vida amorosa que siempre me pareció imposible.

—¿A qué viene tanto misterio? —pregunta Easton, dejándose caer en una de las sillas frente al escritorio con esa gracia despreocupada tan característica suya—. Estaba a punto de ganarle a Parker al póker cuando nos llamaste.

—Estabas a punto de perder tu reloj —corrijo, ocupando la silla junto a la suya. Como siempre, nos sentamos tan cerca que nuestros codos se tocan. Es instintivo, una formación defensiva que nuestros cuerpos recuerdan incluso en entornos seguros.

Grayson nos observa con mirada penetrante. Hay algo en su expresión hoy, una especie de satisfacción contenida, que despierta mi curiosidad.

—Tengo algo para vosotros —dice finalmente, abriendo una carpeta sobre su escritorio—. Hay una misión que requiere vuestras... habilidades específicas.

—¿Habilidades específicas? —repite Easton, inclinándose hacia adelante con interés genuino—. ¿Nos estás asignando por fin algo divertido? ¿Infiltración? ¿Extracción? ¿O simplemente es otro multimillonario paranoico?

—Es un trabajo para la realeza —responde Grayson captando toda mi atención.

A mi lado, siento a Easton tensarse ligeramente, su brazo presionando contra el mío en un código silencioso que compartimos: «Esto es interesante».

—¿La realeza europea? —pregunto, recordando inmediatamente nuestra última experiencia con la nobleza. Fue un desastre que preferiría olvidar.

—Sí, británica —aclara Grayson—. Su Majestad el Rey Edward de Wessmore ha solicitado personalmente nuestros servicios para su hija, la Princesa Arabella Victoria Mountbatten Wessmore.

El nombre resuena con una formalidad que ya me irrita. Los recuerdos de nuestra última misión «real» vuelven a mi mente: un príncipe europeo menor con más dinero que sentido común, fiestas

interminables, drogas, proposiciones indecentes y una falta total de protocolos de seguridad básicos. Era insoportable.

—No —la palabra sale de mi boca automáticamente, firme y definitiva.

Easton me mira con sorpresa. No suelo ser tan tajante, al menos no verbalmente. Mi rechazo generalmente viene en forma de miradas frías y silencios prolongados.

—¿Ni siquiera quieres escuchar los detalles? —pregunta Grayson, sin parecer particularmente sorprendido por mi negativa.

—La última vez que aceptamos proteger a alguien con título nobiliario —respondo con voz controlada—, terminamos en medio de una orgía con modelos y suficiente cocaína para mantener despierto a un regimiento. No, gracias. No pienso volver a ser una niñera.

Easton suelta una risita a mi lado.

—Para ser justos —comenta, dándome un ligero codazo—, esa parte no estuvo tan mal. Y rechazamos la invitación. Bueno, tú la rechazaste por los dos.

Le lanzo una mirada que podría congelar el infierno. Es nuestra dinámica habitual: él provoca, yo contengo. Funciona para nosotros desde hace años.

—Esta misión es diferente —insiste Grayson—. La Princesa Arabella viene a completar su máster en Relaciones Internacionales y Derechos Humanos en la universidad de Columbia. Residirá en un ático de seguridad en Manhattan.

—Sigo sin estar interesado en ser la niñera de una princesa —respondo secamente—. Independientemente de lo que esté estudiando.

Easton, sin embargo, ha cogido el expediente que Grayson ha deslizado sobre la mesa y lo ojea con creciente interés.

—Aquí dice que ha tenido tres equipos de seguridad diferentes en el último año —comenta, alzando las cejas—. El último equipo renunció hace tres días alegando «incompatibilidad irreconciliable con el sujeto protegido».

—Lo cual solo confirma mi punto —señalo—. Una niña rica mimada que hace imposible la vida a quienes intentan protegerla.

Grayson me estudia con esa expresión neutra que ha perfeccionado a lo largo de los años.

—La compensación económica es… considerable —dice, extrayendo otro documento del expediente.

Easton silba al ver la cifra.

—Con esto podríamos remodelar completamente la casa del lago —dice, refiriéndose a la propiedad que compramos juntos hace dos años, nuestro refugio compartido lejos del ruido y las misiones—. Y aún sobraría para ese barco que hemos estado mirando.

Nuestro barco. Nuestro refugio. Nuestra vida compartida que nunca necesita explicaciones ni etiquetas. Así somos nosotros. Ahora solo nos queda encontrar a la mujer perfecta para los dos.

Pero ni siquiera la promesa de completar nuestros proyectos conjuntos me tienta.

—No necesitamos el dinero —respondo firmemente—. Y no quiero pasar los próximos meses en Nueva York persiguiendo a una princesa rebelde que probablemente considera que las reglas de seguridad son «sugerencias opcionales».

Grayson asiente, como si hubiera esperado exactamente esta respuesta.

—Entiendo —dice simplemente—. Buscaré otro equipo entonces.

Hay algo en su tono, una especie de resignación calculada, que me hace sospechar. Conozco a este hombre demasiado bien.

—Sin embargo —continúa, extrayendo una fotografía de un sobre —, pensé que deberíais ver esto antes de tomar una decisión final.

Desliza la imagen hacia Easton, quien la recoge con curiosidad casual que se transforma instantáneamente en algo completamente diferente. Lo observo quedarse absolutamente inmóvil, algo prácticamente inédito en él. Easton siempre está en movimiento: hablando, gesticulando, tocando, existiendo con una intensidad vibrante que a veces me agota y siempre me fascina.

Pero ahora está congelado, como si alguien hubiera presionado pausa en su perpetuo movimiento.

—Joder —murmura finalmente, y hay algo en su voz que nunca he escuchado antes. Algo reverente y sorprendido.

Mi curiosidad vence a mi reticencia.

—Déjame ver —digo, cogiendo la fotografía de sus manos.

El impacto es inmediato y desconcertante. La mujer en la imagen no se parece en nada a la princesa estirada y artificial que había imaginado. La Princesa Arabella tiene el pelo castaño rojizo cayendo en ondas salvajes alrededor de un rostro de rasgos definidos pero suaves. Lleva un jersey demasiado grande que se desliza por uno de sus hombros, exponiendo una clavícula delicada, y unos vaqueros gastados. Es hermosa, sí, pero no es su belleza lo que me paraliza.

Son sus ojos. Grises como una tormenta de invierno, miran directamente a la cámara con una intensidad que casi puedo sentir físicamente. Hay algo en esa mirada que reconozco instintivamente: una inquietud, un anhelo de algo más allá de los confines dorados que la rodean. Como un pájaro enjaulado que ha vislumbrado el cielo abierto y ya no puede olvidar cómo se siente el viento bajo las alas.

Hay una tensión en su postura, aparentemente relajada, pero con los hombros ligeramente elevados, como si estuviera lista para huir en cualquier momento. Como si llevara puesta una vida que no le pertenece y estuviera contando los segundos para poder quitársela.

Conozco esa sensación. La viví durante años en el servicio activo.

—¿Cuándo sale el vuelo? —pregunta Easton, rompiendo el hechizo que la fotografía ha lanzado sobre mí.

Parpadeo, devolviendo la imagen al escritorio con una indiferencia fingida que no engaña a ninguno de los presentes. Miro a Easton, que me observa con una expresión que conozco demasiado bien: ha tomado una decisión y espera que yo lo siga ciegamente, como siempre hacemos.

Pero esta vez es diferente. Esta vez, por primera vez en mucho tiempo, yo también quiero aceptar la misión. Y eso me inquieta profundamente.

—Aceptamos —digo finalmente, mirando directamente a Grayson —. Pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunta, aunque su expresión me dice que ya lo sabe.

—Solo seremos nosotros —respondo—. Sin equipos adicionales, sin rotaciones. La Princesa Arabella será exclusivamente nuestra

responsabilidad.

Las palabras suenan más posesivas de lo que pretendía, y veo a Easton lanzarme una mirada sorprendida por el rabillo del ojo.

Grayson asiente, satisfecho.

—Salís pasado mañana —dice, entregándonos la carpeta completa—. El ático está siendo preparado según nuestros protocolos, y la Princesa aterriza en JFK el viernes a las 14:30.

Nos levantamos para irnos, y siento una extraña energía recorriendo mi cuerpo, una mezcla de anticipación y nervios que no he experimentado en años.

—Una última cosa —dice Grayson mientras nos dirigimos hacia la puerta—. No la subestiméis. Si ha conseguido que tres equipos de seguridad renuncien, es más peligrosa de lo que aparenta.

Asiento brevemente, pero mi mente ya está en otra parte. En esos ojos grises que parecen contener una tormenta. En esa expresión que habla de alguien atrapado entre mundos, entre obligaciones y deseos.

Cuando salimos al pasillo, Easton me mira con una sonrisa que conozco demasiado bien.

—¿Qué? —pregunto, aunque ya sé lo que va a decirme.

—Nada —responde, su sonrisa ensanchándose—. Solo que nunca te había visto cambiar de opinión tan rápido por una fotografía. Y no cualquier fotografía, sino la de una princesa. La misma princesa que hace cinco minutos no querías ni proteger.

—Cállate, Reid —gruño, pero sin verdadera molestia.

—Admítelo —insiste, caminando tan cerca que nuestros hombros se tocan nuevamente—. Hay algo especial en ella.

No respondo, porque no hay respuesta que pueda dar que no me delate. Porque tiene razón: hay algo en la Princesa Arabella que me intriga de una manera que no puedo explicar racionalmente. Algo que resonó dentro de mí en el instante en que vi su fotografía.

Y mientras nos dirigimos hacia el jardín para reunirnos con los demás, no puedo evitar pensar en lo que nos espera en Nueva York. En cómo será conocer en persona a la mujer con ojos de tormenta y alma inquieta que acabo de ver en papel.

Por primera vez en años, siento una chispa de algo que creía haber perdido en las montañas de Afganistán.

Curiosidad. Anticipación. Tal vez incluso esperanza.

Y eso es tremendamente peligroso.

CAPÍTULO 1

ARABELLA

Las suelas de mis zapatillas Converse chirrían contra el mármol de la cocina como un grito ahogado, y me maldigo por no haberme puesto las zapatillas viejas que tengo en mi habitación. Pero no, tenía que ponerme las deportivas nuevas que compré en secreto la semana pasada, porque aparentemente mi cerebro ha decidido que este es el momento perfecto para estrenar calzado que suena como una alarma contra el suelo pulido del castillo.

El olor a canela y mantequilla que impregna las cocinas del castillo me envuelve como un abrazo cálido. Es tan diferente del aire enrarecido y formal del ala principal que casi me dan ganas de quedarme aquí para siempre. Aquí, entre las ollas de cobre que cuelgan como campanas silenciosas y los estantes repletos de especias que huelen a lugares lejanos que nunca he visitado, puedo respirar.

Aquí puedo ser Bella. No Su Alteza Real. No la Princesa Arabella Victoria Mountbatten-Wessmore, que es un trabalenguas incluso para mí.

Solo Bella.

Aprieto contra mi pecho la bolsa de papel que contiene mis tesoros: cinco novelas románticas que he comprado en la librería de segunda mano de la ciudad, donde la dependienta finge que no sabe quién soy. Me mira como si fuera una chica normal de veintiséis años comprando libros, no como si fuera una pieza de museo que puede romperse si respira demasiado fuerte.

Los títulos me hacen cosquillas en el estómago por lo atrevidos que son: *Dirty Headlines*, *Beach Read*, *The Hating Game*... Historias de mujeres que toman sus propias decisiones, que se enamoran de

hombres de carne y hueso, no de príncipes insípidos elegidos por razones de estado. Mujeres que trabajan, que viajan, que follan cuando quieren y con quien quieren.

Son todo lo que yo anhelo ser.

El pensamiento me provoca una descarga eléctrica que me recorre desde la nuca hasta la punta de los dedos de los pies. Dos días. Solo me quedan dos días en esta jaula dorada antes de poder volar de nuevo a Nueva York, donde nadie sabrá quién soy. Donde podré ser normal.

Donde podré vivir y estudiar.

El corazón me late tan fuerte que estoy convencida de que se oye en todo el castillo. Mi plan es sencillo: subir por la escalera de servicio, esconder los libros en el fondo de mi maleta (ya hecha desde hace una semana, porque la paciencia nunca ha sido mi fuerte), cambiarme este conjunto de «chica rebelde en busca de aventuras» por algo apropiado para «princesa aburrida en recepción oficial», y aparecer en el salón como si no hubiera pasado nada.

Como si no me hubiera escapado de mis guardaespaldas por tercera vez esta semana.

Como si no llevara horas fantaseando con la libertad que me espera al otro lado del océano.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no oigo los pasos hasta que es demasiado tarde.

—¿En serio, Bella? ¿Qué estás haciendo?

Mierda.

La voz de mi hermano corta el aire como una hoja afilada, y me doy la vuelta tan rápido que casi pierdo el equilibrio. Arthur está apoyado en el marco de la puerta que conecta las cocinas con el comedor informal, y la expresión de su cara oscila entre la diversión y la exasperación. Lleva el uniforme de gala azul marino con todos esos galones dorados que le dan un aire de príncipe de cuento, pero sus ojos grises —idénticos a los míos, según dice todo el mundo— brillan con esa mezcla de cariño y hartazgo que solo un hermano mayor puede perfeccionar.

—Nada —miento descaradamente, escondiendo la bolsa a mi espalda como si fuera a hacerla desaparecer por arte de magia.

Arthur arquea una ceja rubia rojiza que es calcada a la mía, un gesto que hemos heredado de nuestro padre y que en él resulta autoritario, mientras que en mí solo consigue que parezca que estoy cuestionando la existencia misma del universo.

—Claro, porque es completamente normal que mi hermana pequeña aparezca en las cocinas por la puerta de servicio, vestida como… —hace un gesto vago con la mano que abarca mis vaqueros gastados, mi jersey enorme que se me desliza por un hombro y mis zapatillas—. Como una estudiante universitaria americana.

—¿Y qué tiene de malo vestirse como una estudiante universitaria americana? —replico, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que mamá odia y que papá dice que va a ser mi perdición—. Dentro de dos días voy a ser una estudiante universitaria americana.

—Dentro de dos días —dice Arthur, acercándose con esa forma suya de moverse que me recuerda que ha recibido el entrenamiento militar que yo he evitado como la peste—, vas a ser una estudiante universitaria americana con protección las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Y ahora mismo, se supone que deberías estar en el Salón Azul, sonriendo educadamente mientras el primer ministro del país habla sobre tratados comerciales que no vas a recordar mañana.

El estómago se me encoge como un puño. La recepción. Mierda. La recepción que lleva mi nombre en la agenda oficial. Donde se supone que debo brillar como el perfecto ejemplo de feminidad británica, sonreír hasta que me duela la cara y fingir que me importan las conversaciones sobre sus egos inflados.

—Los guardias están histéricos —continúa Arthur, y su voz adquiere ese tono ligeramente preocupado que usa cuando sabe que he metido la pata en serio—. Henderson casi llama a Scotland Yard cuando no te encontraron en tu habitación.

Henderson. Mi guardaespaldas principal, un hombre de cincuenta y tantos años que me trata como si fuera de cristal soplado y que tiene la personalidad de una tostada sin mantequilla. Pobre hombre. Probablemente se esté tirando de los pelos ahora mismo, imaginando cómo va a explicarle a papá que ha vuelto a perder a la princesa.

—No es culpa mía que no sepan vigilar —murmuro, pero la culpa ya me está royendo por dentro como un ácido—. Solo he ido a comprar unos libros. No he robado un banco ni me he fugado a Las Vegas para casarme con un stripper.

Arthur se ríe a pesar de sí mismo, un sonido grave que me recuerda a cuando éramos niños y él me ayudaba a escapar de las clases de protocolo para jugar al fútbol en los jardines.

—Aunque conociendo tus gustos literarios —dice, señalando la bolsa que sigo escondiendo a mi espalda—, probablemente haya alguna historia sobre strippers ahí dentro.

El calor me sube por el cuello como una marea, y sé que me estoy poniendo del color de un tomate maduro, porque mi hermano tiene toda la razón. Puede que haya una o dos novelas que incluyan algún que otro stripper. O bombero. O vaquero sin camisa. Soy una mujer de gustos variados…

—Eso no es relevante para esta conversación —digo con toda la dignidad que puedo reunir—. Y no cambies de tema. Solo me quedan dos días, Arthur. Dos días antes de poder vivir mi vida como una persona normal durante una temporada. ¿No puedes cubrirme esta vez? ¿Por favor?

Mi hermano suspira, y es un sonido cargado de cansancio que me parte el corazón. A veces olvido que él también está atrapado en esta vida, que también lleva el peso de la corona. La diferencia es que él nació para esto. Yo nací para esto también, técnicamente, pero algo salió mal en el proceso de fabricación.

—Bella —dice, y su voz se suaviza de una manera que me hace saber que viene un sermón—. Sabes que papá solo está intentando protegerte. Las amenazas son reales. Y después de lo que pasó con el duque Frederick...

—No. —La palabra sale de mi boca como un latigazo, afilada y cortante—. No hables de eso. Eso fue diferente.

—¿Diferente cómo? —pregunta Arthur, dando otro paso hacia mí —. ¿Porque esta vez vas a estar a miles de kilómetros de casa, rodeada de extraños?

—Nadie va a atacarme a mí, Arthur —digo, y mi voz suena más calmada de lo que me siento—. No soy importante. Si alguien

quisiera hacer daño a la corona, a papá, te atacaría a ti. Tú eres el heredero. Tú eres al que papá ama y respeta. Yo solo soy la hija que le da disgustos por no ser lo suficientemente dama, lo suficientemente modosa, lo suficientemente sumisa. Como si tener personalidad e inteligencia fuera un defecto.

Las palabras salen de mi boca cargadas de amargura, y veo cómo Arthur se encoge como si le hubiera dado una bofetada. Inmediatamente me arrepiento. Mi hermano no tiene la culpa de ser el perfecto. No tiene la culpa de que papá lo mire como si fuera la respuesta a todas sus oraciones, mientras que a mí me mira como si fuera un problema que no sabe cómo resolver.

—No digas eso, Bella —dice Arthur, y hay algo vulnerable en su voz que me hace querer abrazarlo y pedirle perdón—. Sabes que papá te quiere. A su manera fría e incapaz de expresar emociones, pero te quiere. Y yo también te quiero, pequeña rebelde. Por eso necesito que hagas esto por mí. Solo dos días más. Dos días siendo la princesa perfecta, y luego podrás irte a Nueva York y ser la mujer independiente y feroz que quieres. Aunque siempre con protección, por supuesto.

Me muerdo el labio inferior hasta que noto el sabor metálico de la sangre. Dos días. Solo dos días más fingiendo ser alguien que no soy. Solo dos días más sonriendo mientras hombres en trajes caros hablan por encima de mí como si no existiera. Solo dos días más siendo la muñeca perfecta en la estantería perfecta de la vida perfecta que nunca elegí.

—Muy bien —susurro finalmente—. Te veré en la recepción. Voy ahora mismo a cambiarme.

Arthur sonríe, y es una sonrisa triste que no llega a sus ojos.

—Gracias, Bella. En serio.

Paso por su lado camino a la escalera de servicio, pero me detengo cuando su mano se posa suavemente en mi hombro.

—¿Sabes? —dice—. Puede que volver a Nueva York no sea tan malo. Puede que esta vez encuentres lo que sea que estás buscando allí.

Lo miro por encima del hombro, y por un momento somos solo dos hermanos que se entienden sin necesidad de palabras.

—Puede —respondo—. Aunque no estoy segura de saber qué es lo que estoy buscando.

—Lo sabrás cuando lo encuentres.

Treinta minutos después, estoy de pie en el Salón Azul, con un vestido de cóctel azul marino que cuesta una fortuna, zapatos que me están matando los pies, y una sonrisa que me duele hasta en los huesos de la cara.

El salón está lleno de gente importante hablando de cosas importantes, mientras yo asiento educadamente y finjo que me interesa lo que dicen. El primer ministro de algún país cuyo nombre he olvidado hace cinco minutos me está explicando algo sobre agricultura sostenible, mientras yo fantaseo con estar en mi habitación, leyendo sobre alguna heroína que no tiene que fingir interés en las exportaciones de trigo.

—Por supuesto, Su Alteza entiende la importancia de estas iniciativas para las futuras generaciones —está diciendo el hombre, y yo asiento con esa sonrisa perfectamente calibrada que he perfeccionado a lo largo de veintiséis años de práctica.

—Absolutamente —respondo con voz suave y melodiosa, la voz que he entrenado para sonar lo suficientemente inteligente como para no parecer idiota, pero no tanto como para intimidar a los hombres inseguros—. La sostenibilidad es fundamental para el futuro de nuestras naciones.

Las palabras saben a ceniza en mi boca. No es que no me importen estos temas. Al contrario, tengo opiniones muy firmes sobre política medioambiental, comercio internacional y un montón de otros asuntos. Pero aquí, en este salón, vestida con este disfraz de princesa perfecta, no se me permite tenerlas. Se me permite asentir, sonreír, y decir cosas bonitas que no ofendan a nadie.

Se me permite ser decorativa. Nada más.

El perfume de las mujeres se mezcla con el olor del whisky caro y el humo residual de los cigarros que se fumaron en la terraza, creando una nube sofocante que me envuelve como un sudario. Los

tacones me están torturando los pies, y la sonrisa se me está convirtiendo en una mueca que espero que nadie note.

Dos días más. Solo dos días más de esto y luego seré libre.

CAPÍTULO 2

EASTON

El café se ha enfriado hace media hora, pero sigo dándole vueltas a la taza como si el movimiento repetitivo fuera a hacer que la videollamada con Su Majestad Real aparezca más rápido en la pantalla. El portátil está abierto sobre la mesa de la cocina, entre las tostadas a medio comer de Weston y mi cuenco de cereales abandonado, porque al parecer mi estómago ha decidido que los nervios son más importantes que el desayuno.

No es que esté nervioso por hablar con un rey. He hablado con generales que podrían hacer que un hombre se meara encima solo con mirarlos y ni me he inmutado. Pero hay algo en toda esta situación que me tiene inquieto, como cuando sabes que va a llover aunque no haya ni una nube en el cielo.

—Deja de darle vueltas a eso antes de que hagas un agujero en la taza —murmura Weston desde el otro lado de la cocina, donde está apoyado contra la encimera con los brazos cruzados, mirando la pantalla como si fuera un enemigo que planea atacar en cualquier momento.

Lleva una camiseta negra que se le pega al pecho como una segunda piel, y el pelo todavía húmedo de la ducha que se ha dado después de su rutina matutina de ejercicio. Huele a jabón sin perfume y a esa colonia cara que le regalé por su cumpleaños, una mezcla que mi cerebro ha categorizado automáticamente como «hogar» desde hace años.

—No le estoy dando vueltas —miento descaradamente—. Estoy… removiendo estratégicamente.

—Claro —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz, aunque su cara siga siendo una máscara de indiferencia—. ¿Y por qué exactamente

necesitas remover estratégicamente un café que está más frío que el culo de un pingüino?

Me río a pesar de mí mismo, porque solo Weston puede conseguir que suelte una carcajada cuando estoy así de tenso. Es una de las razones por las que funcionamos tan bien juntos: él es mi ancla cuando empiezo a flotar demasiado alto, y yo soy su luz cuando se hunde demasiado profundo en esa cabeza suya.

—Puede que esté un poco ansioso —admito finalmente, dejando la taza y estirándome en la silla hasta que mi espalda cruje con un sonido satisfactorio—. No todos los días nos llama un rey para hablarnos de su hija rebelde.

—Mmm —es todo lo que dice Weston, pero sus ojos oscuros se fijan en mi cara con esa intensidad que significa que está leyendo cada microexpresión, cada gesto, catalogando todo lo que no estoy diciendo en voz alta.

Es una habilidad que desarrolló en el servicio activo, cuando leer las intenciones de alguien podía significar la diferencia entre volver a casa caminando o volver en una bolsa para cadáveres. Pero lo utiliza conmigo de una forma completamente diferente: no para anticipar el peligro, sino para entenderme mejor de lo que yo me entiendo a mí mismo.

La pantalla del portátil parpadea, y de repente aparece una imagen tan nítida que casi me sobresalto. El Rey Edward de Wessmore está sentado en lo que parece ser un despacho sacado directamente de una película de época, con estanterías de madera oscura repletas de libros encuadernados en piel, y una bandera británica colgando detrás de él como un recordatorio constante de quién coño es este hombre.

Es más joven de lo que esperaba, quizás de cincuenta y pocos, con el pelo rubio grisáceo perfectamente peinado y unos ojos azules fríos que parecen estar evaluando constantemente todo lo que ven. Lleva un traje de marca, y tiene esa postura rígida que grita «nobleza» desde el otro lado del océano.

—Señores Reid y Torres —dice con un acento británico tan perfecto que suena casi artificial—. Gracias por aceptar esta asignación con tan poca antelación.

Weston se acerca y se sienta en la silla que hay a mi lado, tan cerca que nuestros hombros se tocan. Es nuestro código silencioso: presentar un frente unido, una pared impenetrable de fuerza masculina protectora. Hemos hecho esto tantas veces que podríamos hacerlo dormidos.

—Es un honor, Su Majestad —respondo, porque soy el que habla por los dos en este tipo de situaciones—. Callahan Security se enorgullece de poder ser útil.

Los ojos del rey se mueven entre Weston y yo, y puedo ver el momento exacto en que nos cataloga: dos soldados entrenados para matar, lo suficientemente presentables como para moverse en círculos de élite, lo suficientemente letales como para eliminar cualquier amenaza que se acerque a su preciosa hija.

—Bien —dice, y hay algo en su tono que me pone la piel de gallina—. Debo advertirles sobre mi hija, caballeros. La Princesa Arabella puede ser… difícil.

Weston se tensa a mi lado, un movimiento tan sutil que solo alguien que lo conoce tan bien como yo podría notarlo. A ninguno de los dos nos gusta cuando un padre habla de su hija como si fuera un problema que necesita ser resuelto.

—¿Difícil en qué sentido, Su Majestad? —pregunto, manteniendo mi voz neutral.

El rey suspira, y por un momento parece más humano, más como un padre cansado que como una figura de autoridad imponente.

—Arabella es… rebelde —dice la palabra como si le dejara un sabor amargo en la boca—. Tiende a huir de sus guardaespaldas, desafía las reglas de protocolo, y tiene tendencia a… mezclarse con gente inapropiada. Es demasiado independiente para su propio bien.

La irritación me bulle en el estómago como ácido. ¿Demasiado independiente? ¿Una mujer de veintiséis años es demasiado independiente? Joder, si eso es lo peor que tiene que decir de su hija, entonces la princesa suena como alguien que me apetece conocer todavía más.

—También es excesivamente inteligente —continúa el rey, y ahora definitivamente está hablando de ella como si fuera una enfermedad —. Se licenció en Oxford con honores, y ahora insiste en cursar este

máster en Columbia. Tiene opiniones muy firmes sobre… bueno, sobre prácticamente todo. Y no duda en expresarlas, independientemente de lo apropiado que sea.

Weston se inclina ligeramente hacia delante y reconozco esa postura. Está interesado. Muy interesado.

—Entiendo —dice con esa voz grave que solo usa cuando está completamente concentrado—. ¿Ha habido amenazas específicas contra la princesa, Su Majestad?

—Algunas —responde el rey vagamente—. Pero mi principal preocupación es que Arabella tiende a escaparse. A menudo. Sus guardaespaldas anteriores la han perdido más veces de las que me gusta admitir. Por eso necesito un equipo que sea capaz de mantenerse al día con ella.

Me muerdo la lengua para no decir lo que realmente estoy pensando: que quizás el problema no son los guardaespaldas, sino el hecho de que están tratando a una mujer adulta como si fuera una prisionera en lugar de una persona que merece un poco de libertad.

—Por supuesto, Su Majestad —digo en cambio, no quiero que este hombre cuestione nuestra capacidad para protegerla si se da cuenta de que, que sea independiente, nos parece estupendo—. Mantendremos a la princesa segura.

—Y bajo control —añade el rey con una mirada significativa—. Es crucial que Arabella entienda que no puede comportarse en Nueva York como lo hace aquí. Las consecuencias podrían ser desastrosas.

Cuando la llamada termina veinte minutos después, me quedo mirando la pantalla en negro durante un momento, procesando todo lo que acabamos de escuchar. El rey nos ha dado una lista exhaustiva de «comportamientos problemáticos» de su hija que, francamente, suenan como las actividades de una mujer normal que quiere vivir su vida.

—Vaya gilipollas —murmura Weston, y me sorprende la vehemencia en su voz.

—¿El rey?

—El rey —confirma, levantándose de la silla y empezando a caminar por la cocina como un león enjaulado—. Habla de su hija

como si fuera una posesión rebelde en lugar de una persona.

Me levanto también y me apoyo contra la encimera, observando a Weston moverse por nuestro espacio compartido. Nuestra casa. Nuestro hogar. El lugar donde no tenemos que fingir ser algo que no somos.

—Suena fascinante —digo finalmente, y Weston se detiene para mirarme.

—¿Fascinante?

—Piénsalo —digo, sintiendo cómo la excitación empieza a bullir en mi pecho—. Una princesa que huye de sus guardaespaldas, que tiene opiniones firmes, que desafía las expectativas. ¿No te parece que suena como alguien que podríamos... disfrutar?

Los ojos de Weston se entornan, y puedo ver el momento exacto en que entiende hacia dónde va mi cabeza.

—East —dice, y hay una advertencia en su voz—. Sé lo que estás pensando.

—¿En serio? ¿Y qué estoy pensando?

Se acerca hasta que está directamente frente a mí, tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos casi negros.

—Estás pensando que la princesa Arabella podría ser la mujer que hemos estado buscando —dice en voz baja—. Estás pensando que tal vez, finalmente, hemos encontrado a alguien que podría llegar a entendernos. A los dos.

No lo niego, porque no puedo. Porque tiene razón. Desde el momento en que vi su fotografía, cuando el rey ha empezado a describir a su «problemática» hija, algo se ha encendido dentro de mí. Una chispa de posibilidad que no había sentido en años.

—¿Y si fuera así? —pregunto—. ¿Y si resulta ser perfecta para nosotros?

Weston suspira y se pasa una mano por su pelo ahora completamente seco.

—Easton, es una princesa. Una princesa de verdad. Con corona y todo. Lo que su padre considera «rebelde» para una princesa es completamente diferente de lo que tú y yo consideramos rebelde.

—O puede que sea exactamente lo que hemos estado esperando —contraataco—. Una mujer que no se asuste de dos hombres que

vienen como un paquete completo. Una mujer que entienda que lo que tenemos no es negociable.

—Mañana lo sabremos —dice Weston finalmente, pero puedo ver la chispa de interés en sus ojos, por mucho que trate de esconderla —. Cuando la veamos en persona.

—Mañana —repito, y la palabra suena como una promesa.

Esa noche, mientras hago la maleta en mi habitación, no puedo evitar preguntarme si estamos a punto de cambiar nuestras vidas para siempre. Si la princesa Arabella de Wessmore será la mujer que complete el puzle que Weston y yo hemos estado tratando de resolver durante años.

La mujer que nos quiera a los dos. A mí, con mis bromas y mi necesidad constante de movimiento. Y a Weston, con sus silencios y su intensidad contenida.

Nuestra mujer.

Por primera vez en mucho tiempo, me quedo dormido sonriendo.

CAPÍTULO 3

EASTON

El aire acondicionado de JFK me está congelando la nuca, pero el sudor me corre por la espalda como si estuviera en el desierto de Nevada. No es por el calor, sino por la adrenalina que me recorre las venas desde que hemos puesto un pie en el aeropuerto. Hay algo en este lugar —el caos constante, las multitudes, los mil sitios donde alguien puede esconderse— que hace que todos mis instintos militares se activen como alarmas.

—¿Dónde coño están? —murmuro, comprobando mi reloj por quinta vez en dos minutos. Son las 14:45, lo que significa que el vuelo de la princesa ha aterrizado hace veinte minutos y no hay ni rastro de sus guardaespaldas británicos.

Weston está a mi lado, tan inmóvil como una estatua de mármol, pero puedo sentir la tensión radiando de él como ondas de calor. Lleva gafas de sol aunque estamos en el interior del aeropuerto, porque dice que le ayudan a «observar sin ser observado». Lo que realmente hacen es darle un aire de francotirador que pone nervioso a todo el mundo en un radio de diez metros.

—Ahí —dice finalmente, señalando con un movimiento casi imperceptible de la barbilla hacia tres hombres que se acercan con esa forma particular de caminar que grita «servicio secreto» desde el otro lado del continente.

Van vestidos con trajes idénticos gris oscuro que probablemente cuestan una fortuna, llevan esos auriculares que no se molestan en disimular, y caminan en formación perfecta. El problema es que no veo a ninguna princesa con ellos. Solo son tres tipos con caras de funeral dirigiéndose hacia nosotros.

—Señores Reid y Torres, supongo —dice el que va delante cuando llegan hasta nosotros. Tiene un acento británico tan marcado que suena como si acabara de salir de una película de James Bond, y una expresión que sugiere que preferiría estar haciendo literalmente cualquier otra cosa—. Soy el Inspector Thompson, de la Seguridad Personal de Su Majestad.

—¿Dónde está la princesa? —pregunto sin preámbulos, porque no tengo tiempo para formalidades cuando ya puedo sentir que algo va mal. Es como esa sensación que tienes un segundo antes de que estalle una bomba: todo está demasiado tranquilo, demasiado perfecto.

Thompson intercambia una mirada con sus compañeros que me hace querer estamparle la cabeza contra la pared más cercana.

—Tenemos una… situación —dice finalmente, y su voz suena como si acabara de tragar cristales—. Su Alteza Real ha… desaparecido.

Durante un segundo, creo que le he escuchado mal. Porque no hay manera de que tres profesionales entrenados hayan perdido a una princesa en un aeropuerto público. Eso solo pasa en las películas malas, no en la vida real.

—¿Perdón? —pregunto, y mi voz sale más alta de lo que pretendía—. ¿Me estás diciendo que habéis perdido a una princesa?

—La Princesa Arabella dijo que se sentía indispuesta tras el vuelo —explica Thompson, y puedo ver gotas de sudor formándose en su frente a pesar del aire acondicionado—. Pidió utilizar las instalaciones para refrescarse un momento. Hace veinte minutos que entró en el baño de señoras y no ha salido.

Weston se quita las gafas de sol, y puedo ver sus ojos oscuros escaneando el área con esa precisión láser que me pone los pelos de punta incluso a mí.

—¿Habéis comprobado si sigue ahí dentro? —pregunta con esa voz baja y peligrosa que usa cuando está a punto de perder la paciencia.

—Por supuesto que hemos… —empieza Thompson, pero Weston lo corta con una mirada que podría derretir acero.

—Easton —dice sin apartar los ojos de los británicos—. Ve a comprobar el baño. Yo voy a echar un vistazo por los alrededores.

Y sin esperar respuesta, se aleja con esa forma suya de moverse que hace que las multitudes se abran ante él como el Mar Rojo. Weston tiene ese don: cuando decide que necesita espacio, la gente simplemente se aparta, probablemente sin darse cuenta de por qué.

Me dirijo hacia el baño de señoras con Thompson pisándome los talones como un perro nervioso, sintiendo cómo la irritación me bulle en el estómago como ácido. Esto no puede estar pasando. No podemos haber perdido a nuestra protegida antes de haberla conocido siquiera.

—Disculpe, señora —le digo a una mujer mayor que sale del baño —. ¿Ha visto a una joven de pelo rojizo ahí dentro? Británica, veintiséis años, probablemente vestida de forma elegante.

La mujer me mira como si acabara de preguntarle si ha visto a Papá Noel.

—No, cielo. Solo había un par de chicas jóvenes, pero ninguna con esa descripción.

El estómago se me cae hasta los pies. Me giro hacia Thompson, que ha pasado del color sudor al color ceniza en cuestión de segundos.

—¿Me estás vacilando? —le pregunto, y mi voz suena peligrosa incluso para mis propios oídos—. ¿En serio me estás diciendo que tres profesionales de élite han perdido a una princesa en un puto baño público?

—Señor Reid, le aseguro que…

—No me asegures una mierda —le corto—. ¿Cómo coño se pierde a una princesa? ¿Se ha esfumado? ¿Ha utilizado magia? ¿O simplemente sois tan incompetentes que una mujer de metro setenta ha conseguido escabullirse delante de vuestras narices?

Thompson abre la boca para responder, pero le hago un gesto para que se calle porque mi auricular ha cobrado vida con la voz de Weston.

—East —su voz suena calmada, pero hay algo en su tono que me pone en alerta máxima—. Tenemos movimiento.

WESTON

La veo antes de que mi cerebro procese completamente lo que estoy viendo.

Es una mancha de color en mi visión periférica, algo que no encaja con el patrón del aeropuerto. Una mujer joven con una gorra de béisbol verde oliva calada hasta las cejas, vaqueros oscuros y una sudadera demasiado grande que intenta ocultar sus formas. Se mueve con propósito por la terminal, pero no demasiado rápido, no lo suficiente como para llamar la atención.

Casi lo consigue. Casi.

Pero hay mechones de pelo castaño rojizo escapándose por debajo de la gorra, del color exacto que esperaba ver. Y aunque lleva gafas de sol que le cubren media cara, hay algo en la forma en que mantiene los hombros altos, en cómo inclina ligeramente la cabeza cuando pasa junto a otros pasajeros, que me resulta familiar aunque nunca la haya visto en persona.

Parece una princesa intentando pasar por plebeya. Y joder, si no fuera por mi entrenamiento, probablemente lo habría conseguido.

La observo durante treinta segundos, catalogando cada detalle. La forma en que evita las cámaras de seguridad sin parecer que lo hace conscientemente. Cómo se detiene a comprobar su teléfono justo en el momento adecuado para dejar que un grupo de turistas ruidosos pase entre ella y la zona donde están Thompson y sus incompetentes colegas.

Esta mujer sabe exactamente lo que hace. Y eso me excita de una forma completamente inapropiada para la situación.

—East —murmuro al micrófono—. Tenemos movimiento.

—¿La tienes? —su voz suena tensa pero aliviada.

—Objetivo avistado dirigiéndose hacia la salida este. Gorra verde oliva, vaqueros oscuros. Parece que nuestra princesita ha decidido hacer turismo ella solita.

Echo a andar tras ella, manteniendo distancia suficiente para no alertarla pero lo bastante cerca para actuar si es necesario. Se mueve bien, tengo que reconocerlo. No como alguien que huye, sino como alguien que simplemente tiene prisa por llegar a algún sitio. Si

no supiera que es una princesa fugada, pensaría que es una estudiante universitaria normal dirigiéndose a casa.

Lo cual, supongo, es exactamente la imagen que quiere proyectar.

La adrenalina me corre por las venas como mercurio líquido, esa familiar mezcla de concentración absoluta y anticipación que siempre siento cuando estoy rastreando. Es la misma sensación que tenía en Afganistán cuando seguía insurgentes por las montañas, excepto que esta vez mi objetivo es una mujer de metro setenta con ojos de tormenta y actitud rebelde.

Mucho mejor que insurgentes, la verdad.

Se detiene junto a una máquina expendedora, fingiendo estudiar las opciones, pero puedo ver por el movimiento de su cabeza que está escaneando el área reflejada en el cristal. Inteligente. Muy inteligente. Está comprobando si alguien la sigue.

Por un momento, nuestras miradas se cruzan en el reflejo y juraría que puede verme. Hay algo en la forma en que se queda muy quieta, como un ciervo que ha olido a un depredador pero aún no está seguro de en qué dirección correr.

Luego se gira y echa a caminar hacia la salida con paso decidido, y yo sonrío por primera vez en todo el día.

La caza ha comenzado.

CAPÍTULO 4

ARABELLA

—Me temo que el vuelo me ha sentado fatal —murmuro con voz débil, llevándome una mano al pecho en un gesto que he perfeccionado durante años de actuaciones—. ¿Podría usar las instalaciones un momento? Solo para refrescarme.

Thompson, el guardaespaldas principal que lleva siguiéndome como una sombra desde Heathrow, me mira con esa expresión de preocupación paternalista que todos ponen cuando una princesa dice que se encuentra mal. Como si fuera de cristal soplado y fuera a desmayarme en cualquier momento.

—Por supuesto, Su Alteza —dice, señalando hacia los baños de señoras—. La esperaremos aquí mismo.

Perfecto. Exactamente como esperaba.

Camino hacia el baño con pasos delicados y vacilantes, fingiendo esa fragilidad que todo el mundo espera ver en una dama de la realeza. Es nauseabundo lo fácil que es manipular las expectativas de la gente cuando creen que saben lo que eres: una muñequita decorativa que no puede ni sonarse la nariz sin ayuda.

Si supieran que corrí una media maratón el mes pasado o que puedo desarmar a un hombre en menos de treinta segundos (gracias a las clases de defensa personal que tomé en secreto), probablemente se les caería la mandíbula al suelo.

El baño de señoras huele a desinfectante industrial y a esa mezcla particular de perfumes baratos y caros que solo encuentras en los aeropuertos internacionales. Me dirijo directamente al cubículo más grande, el que tiene espacio suficiente para lo que tengo que hacer, y cierro el pestillo con un clic que suena como libertad.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que se oye en todo el aeropuerto, pero no es de nervios. Es de pura euforia. Por primera vez en meses, tengo el control absoluto de la situación.

Saco la mochila pequeña que llevaba escondida en el bolso de mano y empiezo mi transformación. Fuera el vestido de punto burdeos que grita «princesa en viaje oficial». Fuera los zapatos de tacón que me han estado torturando los pies durante todo el vuelo. Fuera las joyas discretas pero caras que mamá insistió en que llevara.

En su lugar me pongo unos vaqueros oscuros que se me pegan a las piernas como una segunda piel, una sudadera gris enorme que compré online y que me hace parecer una estudiante universitaria, y unas zapatillas Converse que han visto días mejores. Meto todo mi pelo —que papá insiste en que mantenga largo porque «es más femenino»— debajo de una gorra de béisbol verde oliva.

Las gafas de sol oscuras son el toque final. Cuando me miro al espejo del cubículo, veo exactamente lo que quería: una chica normal de veintiséis años que podría ser cualquiera.

No hay ni rastro de la Princesa Arabella Victoria Mountbatten-Wessmore en el reflejo que me devuelve la mirada. Solo Bella. Solo yo.

La sensación es tan embriagadora que tengo que apoyarme contra la pared del cubículo un momento. Libertad. Sin guardaespaldas respirándome en la nuca, sin protocolos que seguir, sin sonrisas falsas que mantener.

Solo yo y Nueva York esperándome al otro lado de esas puertas.

Solo quiero ganarme unos días de libertad. ¿Es tanto lo que pido?

No quiero tener que ir con mis nuevos guardaespaldas a que no me permitan hacer nada.

Guardo mi ropa de princesa en la mochila y la oculto detrás de la cisterna del cuarto de baño. Con suerte, nadie la encontrará hasta que sea demasiado tarde. Para entonces, ya estaré perdida en algún lugar de Manhattan, viviendo la vida que siempre he querido vivir.

Salgo del cubículo y me dirijo al lavabo, fingiendo lavarme las manos mientras observo por el rabillo del ojo a las otras mujeres que entran y salen. Una ejecutiva con tacones que repican contra el

suelo como un metrónomo, una madre joven cargada de bolsas y con cara de agotamiento, un par de adolescentes que se retocan el maquillaje riéndose de algo en sus móviles.

Gente normal. Gente real. Gente que no tiene que fingir ser alguien que no es cada segundo del día.

Espero el momento perfecto —cuando entra un grupo grande de turistas japoneses que llenan el baño de risas y charla—, y me escabullo entre ellas hacia la salida.

Thompson y sus dos compañeros siguen exactamente donde los dejé, mirando hacia la puerta del baño con esa paciencia militar que reconocería en cualquier parte. No me ven pasar. ¿Por qué iban a hacerlo? Para ellos, soy invisible. Solo una chica más en un aeropuerto lleno de gente.

La adrenalina me corre por las venas como fuego líquido mientras camino hacia la salida, forzándome a mantener un ritmo normal cuando lo que realmente quiero es echar a correr. Cada paso que doy me aleja más de mi vida anterior y me acerca más a la libertad que he estado soñando desde que me monté en el avión.

Paso junto a una máquina expendedora y me detengo un momento, fingiendo estudiar las opciones mientras uso el cristal como espejo para comprobar si alguien me sigue. El reflejo me devuelve la imagen de la terminal a mi espalda: familias arrastrando maletas, ejecutivos hablando por teléfono, turistas consultando mapas.

Nada fuera de lo normal. Nadie que parezca estar prestándome atención.

Excepto...

Hay un hombre al fondo, cerca de donde dejé a Thompson. Alto, muy alto, con una camiseta negra que marca cada músculo de su torso y unos vaqueros que le quedan como si hubieran sido hechos para él. Algo en su postura me resulta familiar de una forma que no logro identificar.

Me obligo a apartar la mirada y sigo caminando hacia la salida, pero la sensación de estar siendo observada me cosquillea entre los omóplatos como una caricia invisible. Es ridículo. Es solo la paranoia

post-escape. Es normal sentirse un poco perseguida cuando acabas de huir de tus guardaespaldas.

¿Verdad?

El aire de Nueva York me golpea en la cara como una bofetada cálida cuando cruzo las puertas automáticas del aeropuerto. Huele a gases de escape, comida callejera, humanidad concentrada, y millones de posibilidades. Huele a libertad.

Sonrío por primera vez en días, una sonrisa real que me duele en las mejillas porque hace demasiado tiempo que no uso esos músculos. Lo he conseguido. Realmente lo he conseguido. Soy libre.

—Hola, princesa.

La voz aparece junto a mi oído como un susurro de terciopelo negro, tan cerca que siento el calor de su respiración contra mi cuello. Un brazo de acero me rodea la cintura antes de que pueda procesar completamente lo que está pasando, y de repente estoy apresada contra un pecho que se siente como una pared de músculo sólido.

—¿Qué habrías hecho si esto hubiera sido un ataque real?

El pánico me explota en las venas como mercurio líquido.

—¿Qué cojones...?

—Tranquila, princesa —dice la voz, y hay algo en su tono que me hace saber inmediatamente que el juego se ha acabado—. Soy tu nuevo guardaespaldas. No voy a hacerte daño. Pero tampoco voy a dejarte escapar.

Intento pegarle un pisotón con todas mis fuerzas, apuntando a donde calculo que debe tener el pie, pero es como intentar dañar a una estatua de mármol. En lugar de soltarme, me aprieta más fuerte contra él, y de repente soy dolorosamente consciente de cada centímetro de su cuerpo pegado al mío.

Es el hombre que he visto en el reflejo de la máquina expendedora. Estoy segura.

Es enorme. Más alto de lo que parecía desde lejos, más ancho, más sólido. Huele a algo oscuro y masculino que no puedo identificar pero que hace que mi cerebro se desconecte por un segundo.

—Princesa Arabella de Wessmore —dice, y su voz tiene un acento americano con un deje que podría ser sureño—. Es un placer conocerla finalmente.

La sangre se congela en mis venas.

—No sé de quién hablas —miento, pero mi voz sale demasiado aguda, demasiado nerviosa—. Me has confundido con otra persona.

Se ríe, y es un sonido bajo y áspero que me hace cosquillas en lugares donde no debería.

—Claro. Una chica cualquiera que casualmente tiene el mismo color de pelo que una princesa desaparecida, la misma altura…

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—East —dice de repente, y me doy cuenta de que está hablando por algún tipo de micrófono—. Voy a buscarte.

Hay una pausa, y luego:

—He cazado una pantera.

CAPÍTULO 5

ARABELLA

El trayecto de vuelta a la zona de llegadas internacionales se me hace eterno, principalmente porque el hombre que me tiene sujeta del brazo como si fuera una delincuente juvenil no ha dicho ni una palabra desde que me atrapó. Solo camina a mi lado con una confianza silenciosa que hace que todo el mundo se aparte de nuestro camino sin saber muy bien por qué.

Es desconcertante, la verdad. Estoy acostumbrada a guardaespaldas que parlotean sobre protocolos y que me tratan como si fuera una muñeca de porcelana que podría romperse si la miran mal. Este hombre me trata como si fuera… peligrosa. Como si respetara mi capacidad para crear problemas.

No sé si sentirme insultada o halagada.

—¿Vas a decirme tu nombre, o tengo que seguir pensando en ti como «el capullo que me ha pillado»? —le pregunto finalmente, porque el silencio está empezando a ponerme nerviosa.

Me mira de reojo, y por un momento veo algo que podría ser diversión en esos ojos oscuros.

—Weston Torres —dice con esa voz grave que me hace cosquillas en lugares inapropiados—. Y no soy un capullo. Solo hago mi trabajo.

—Sí, bueno, tu trabajo consiste en joderme la vida, así que la diferencia es mínima.

Esta vez definitivamente se está aguantando una sonrisa. Lo veo en la forma en que se le tensa ligeramente la comisura de la boca. No parece lo más mínimo escandalizado de que una princesa acabe de soltar una palabrota.

Llegamos a la zona donde dejé a Thompson y a sus compañeros, que siguen allí de pie como soldaditos de plomo, sudando a través de sus trajes caros. Pero ahora hay un cuarto hombre con ellos, y este… Dios mío.

Si Weston es sombras y silencio peligroso, este hombre es luz solar concentrada. Tiene el pelo rubio que parece haberse peinado con los dedos, sonrisa fácil que probablemente ha derretido ovarios desde que tenía dieciséis años, y una forma de moverse que grita confianza sin arrogancia. Lleva una camisa azul claro que realza el color de sus ojos, y cuando me ve acercarme, esa sonrisa se ensancha hasta convertirse en algo devastador.

—Bueno, bueno —dice, y su voz tiene un acento sureño que podría hacer que una monja se replanteara sus votos—. Por fin conocemos a la famosa princesa fugitiva.

Mierda. Es oficial. Estoy jodida.

No porque me hayan pillado. Eso ya me lo esperaba, aunque la verdad es que pensaba que iban a tardar mucho más. Sino porque estos dos hombres no se parecen en nada a los guardaespaldas aburridos y predecibles que esperaba. Son... Dios, son exactamente el tipo de hombres sobre los que he leído en las novelas románticas que me esfuerzo en esconder para que nadie las vea.

Y eso los convierte en un problema. Un problema grande, musculoso y peligrosamente atractivo.

—Soy Easton Reid, tú nuevo guardaespaldas —dice el rubio, extendiendo una mano que acepto automáticamente—. Es un placer, Alteza.

Su mano es cálida y callosa, y me da un apretón firme que me hace saber que él tampoco me ve como a una muñequita frágil. Cuando me suelta, siento una pérdida extraña que intento ignorar.

—Soy solo Arabella —digo, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que mi madre detesta—. O Bella. Y no, no es un placer. Para ninguno de nosotros.

Easton se ríe, y es un sonido cálido y genuino que me llega hasta los dedos de los pies.

—Me gusta —le dice a Weston—. Tiene carácter.

—Demasiado carácter —murmura Thompson, acercándose con una carpeta que probablemente contiene todo lo necesario para hacerme la vida imposible—. Señores Reid y Torres, aquí tienen toda la documentación. Códigos de acceso al ático, protocolos de seguridad, números de contacto de emergencia…

Mientras Thompson suelta su discurso aburrido, me dedico a estudiar a mis nuevos carceleros. Porque eso es lo que son, por muy atractivos que sean. Carceleros pagados por mi padre para asegurarse de que no haga nada remotamente parecido a vivir mi vida.

Weston está a mi izquierda, tan inmóvil como una estatua, pero puedo sentir su presencia como un campo de fuerza. Todo en él grita disciplina militar: la forma en que mantiene los hombros, cómo escanea constantemente el área que nos rodea, la manera en que se coloca para tener una visión clara de todas las salidas. Es el tipo de hombre que planifica tres movimientos por delante y que probablemente duerme con un ojo abierto.

Easton, por el contrario, parece más relajado, más accesible. Se apoya contra la pared con esa elegancia casual que algunos hombres tienen de forma natural, y de vez en cuando me mira con esos ojos color miel que parecen estar riéndose de algún chiste privado. Pero hay algo en la forma en que se mueve, algo en la manera en que sus ojos nunca dejan de observar, que me dice que su relajación es solo una fachada. Este hombre es tan letal como Weston, solo que lo oculta mejor.

—… y por supuesto, Su Alteza deberá seguir todos los protocolos de seguridad sin excepción —está diciendo Thompson, y me obligo a prestar atención.

—¿Perdón? —pregunto, pestañeando con esa expresión de dulce confusión que he perfeccionado a lo largo de los años—. ¿Protocolos?

Thompson suspira como si fuera un profesor explicándole matemáticas básicas a un estudiante especialmente lento.

—Nada de salir sola. Nada de cambios de planes de última hora. Nada de… aventuras improvisadas como la de hoy. Los señores Reid

y Torres tienen autoridad completa para tomar cualquier decisión que consideren necesaria para su seguridad.

El estómago se me cae hasta los pies. Autoridad completa. Eso significa que estos dos van a controlar cada aspecto de mi vida durante los próximos meses. Cada lugar al que vaya, cada persona con la que hable, cada respiración que tome.

—Entendido —dice Weston, aceptando las llaves del ático y guardándoselas en el bolsillo como si fueran las llaves de mi celda. Lo cual, técnicamente, lo son.

—Perfecto —dice Thompson con un alivio tan obvio que resulta insultante. Está deseando largarse y perderme de vista—. En ese caso, nosotros nos marchamos. Ha sido un placer, Su Alteza.

Y sin más, los tres guardaespaldas británicos se largan como si les hubieran prendido fuego, dejándome sola con mis dos nuevos carceleros-modelos.

El silencio se alarga durante unos segundos y aprovecho para estudiar más detenidamente a los hombres que van a hacer que mi vida sea un infierno durante los próximos meses.

Weston sigue en modo estatua-observadora, pero ahora que estamos solos puedo verlo mejor. Es más alto de lo que pensaba, probablemente metro noventa y tantos, con esos hombros anchos que llenan la camiseta negra de una forma que debería estar prohibida en lugares públicos. Su pelo oscuro está perfectamente cortado y tiene una mandíbula cuadrada que parece esculpida en mármol. Pero son sus ojos lo que me desarman: oscuros, intensos, y tan penetrantes que siento que puede ver cada uno de mis secretos.

Easton es un poco más bajo, pero no menos imponente. Su físico es más ágil, más elegante, como el de un bailarín o un nadador. El pelo rubio le cae sobre la frente de una forma que probablemente consigue sin esfuerzo, y esos ojos color miel brillan con una inteligencia que me hace sospechar que su sonrisa fácil oculta una mente muy afilada. Hay algo en él que me recuerda al sol después de una tormenta: cálido, brillante, pero con el poder de derretir glaciares.

—Bueno —dice finalmente Easton, rompiendo el silencio—. ¿Qué te parece si nos vamos a casa? Estoy seguro de que estás cansada

después de tu pequeña aventura de esta tarde.

La palabra «casa» me sienta como una bofetada. No es mi casa. Es una prisión dorada pagada por mi padre para asegurarse de que no pueda hacer nada interesante con mi vida.

—No estoy cansada —miento, porque admitir cualquier tipo de debilidad delante de estos dos sería como enseñarle la garganta a un par de lobos—. Y no ha sido una aventura. Ha sido una declaración de independencia.

—Una declaración que ha durado exactamente cuarenta y cinco minutos —señala Weston con esa voz grave que me pone la piel de gallina—. Impresionante.

El sarcasmo me hierve en las venas como ácido.

—La próxima vez será más difícil pillarme —digo, alzando la barbilla en un gesto de desafío que sé que va a molestarlos.

—La próxima vez —dice Easton, y su sonrisa se vuelve un poco más afilada—, estaremos preparados.

—No habrá próxima vez —añade Weston, y hay algo en su tono que hace que se me erice el vello de los brazos—. No mientras trabajemos para ti.

La forma en que dice «para ti» me hace sospechar que en realidad quiere decir «vigilándote», pero me muerdo la lengua. Por ahora.

Mientras caminamos hacia la salida del aeropuerto, flanqueada por mis dos nuevos guardaespaldas, no puedo evitar sentir una mezcla tóxica de atracción y resentimiento. Porque, aunque odio admitirlo, estos hombres son exactamente el tipo de fantasía masculina que he estado leyendo en secreto durante años.

El problema es que también son exactamente el tipo de hombres que van a hacer que vivir mi vida sea imposible.

Y mientras Weston me abre la puerta del SUV negro que nos espera, con esa cortesía fría que no esconde el hecho de que es una orden, me prometo a mí misma que voy a encontrar la forma de quitármelos de encima.

Por muy atractivos que sean.

Por muy bien que huelan.

Por muy mucho que mi estúpido cerebro esté ya fantaseando con lo que sería estar entre esos dos cuerpos musculosos.

Mierda. Estoy en problemas. Problemas muy, muy grandes.

CAPÍTULO 6

EASTON

El ascensor sube hasta el piso treinta y dos en un silencio que podría cortarse con un cuchillo, pero no es incómodo. Es expectante. Como el momento antes de que explote una tormenta de verano, cuando el aire se espesa y cada terminación nerviosa se pone alerta.

Arabella está apoyada contra la pared del fondo, con los brazos cruzados y una expresión que podría congelar el infierno. Sigue llevando esa gorra que oculta la mayor parte de su pelo, las gafas de sol a pesar de estar dentro del edificio y esa sudadera gigante que no consigue disimular las curvas que hay debajo. Está intentando parecer invisible, pero el efecto es completamente opuesto.

Es imposible no mirarla.

Y Weston lo está haciendo. Joder, sí lo está haciendo.

Mi mejor amigo, el hombre que puede permanecer inmóvil durante horas en una misión de reconocimiento, no puede dejar de lanzar miradas furtivas hacia la princesa cada diez segundos. Cree que es sutil, pero conozco a este hombre desde hace más de una década. Reconozco los signos: la forma en que tensa la mandíbula cuando ella se mueve, cómo se coloca instintivamente entre ella y la puerta del ascensor, la manera en que sus ojos la recorren de arriba abajo cuando ella no lo está mirando.

Weston Torres, francotirador de élite y hombre que nunca pierde el control, está completamente fascinado por nuestra pequeña princesa rebelde.

Y eso me pone más caliente que un adolescente viendo porno por primera vez.

Las puertas del ascensor se abren con un suave «ding», revelando un pasillo elegante con una sola puerta al final. El ático.

Nuestro hogar temporal. Nuestro territorio compartido con la mujer que podría cambiar todo.

Tengo ese presentimiento desde la primera vez que vi su fotografía. Siento que ella es… especial.

Weston saca las llaves que le dio Thompson y abre la puerta, manteniendo una mano en la parte baja de la espalda de Arabella mientras la guía hacia el interior. Es un gesto protector e íntimo que probablemente ni siquiera se da cuenta de que está haciendo, pero ella sí. Veo cómo se tensa ligeramente bajo su toque, aunque no se aparta.

Interesante.

El ático es impresionante, tengo que reconocerlo. Ventanales del suelo al techo que ofrecen vistas panorámicas de Manhattan, una cocina moderna con una isla central que hace que se me haga la boca agua, y un salón amplio con sofás que parecen lo suficientemente cómodos para perderse en ellos durante días. Todo en tonos neutros y elegantes que gritan «dinero» sin ser ostentoso.

Pero lo que realmente capta mi atención es la distribución. Hay tres habitaciones: una principal que obviamente es para Arabella, y dos más pequeñas que supongo están destinadas para nosotros. Aunque algo me dice que esa división no va a durar mucho.

—Muy bien —dice Arabella, girándose para enfrentarnos con esa actitud desafiante que me excita demasiado—. Supongo que esto es lo que hay. Vosotros dos podéis quedaros con las habitaciones del fondo. Yo me quedo con la principal. Y antes de que digáis nada, necesito descansar, así que no quiero que me molestéis hasta mañana. ¿Entendido?

Weston abre la boca, probablemente para objetar algo sobre protocolos de seguridad, pero yo me adelanto.

—Por supuesto, princesa —digo con mi sonrisa más encantadora —. Que descanses bien.

Me lanza una mirada suspicaz, como si esperara más resistencia, pero finalmente se encoge de hombros y se dirige hacia su habitación. Justo antes de cerrar la puerta, se gira y nos mira por encima del hombro.

—Y no me llaméis princesa —dice—. Ya os he dicho que soy Bella.

La puerta se cierra con un golpe seco que resuena por todo el ático, y yo no puedo evitar reírme.

—Joder, me encanta —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. ¿Has visto esa actitud? ¿Esa pasión? Va a ser divertidísimo vivir con ella.

Weston no responde, pero veo cómo sus ojos se quedan fijos en la puerta cerrada durante unos segundos más de lo necesario.

—Vamos a revisar el lugar —dice finalmente, sacudiendo la cabeza como si quisiera despejarse—. Tenemos que familiarizarnos con cada salida, cada punto de acceso, cada…

—Wes —le interrumpo, poniéndole una mano en el hombro—. Respira. El lugar es seguro. Lo han revisado antes de que llegáramos.

Me mira con esos ojos oscuros que no revelan nada, pero puedo sentir la tensión radiando de él como calor.

—Exacto. Por eso voy a revisarlo yo personalmente. No me fio de ninguno de esos incompetentes que tiene el rey en nómina.

Y así sin más, se aleja hacia la zona de estar, sacando su teléfono y empezando a comprobar la aplicación de seguridad. Siempre igual: cuando Weston está nervioso o excitado, se refugia en el trabajo. Es su forma de procesar las emociones sin tener que admitir que las tiene.

Yo, por el contrario, siempre he sido más de enfrentar las cosas de cara. Y ahora mismo lo que tengo delante es una cocina que está pidiendo a gritos que alguien la use.

Me dirijo hacia la isla central, pasando las manos por la superficie de mármol frío y sintiendo cómo todos mis instintos culinarios se activan. Abro los armarios y encuentro lo básico: platos, vasos, algunos utensilios de cocina decentes. Pero la nevera está prácticamente vacía, y la despensa no tiene mucho más que sal y algunas especias básicas.

Eso no puede ser.

Durante los próximos meses, esta va a ser nuestra casa. El lugar donde los tres vamos a compartir comidas, conversaciones y, si tengo suerte, mucho más. No voy a permitir que comamos comida para llevar todas las noches cuando puedo crear algo mejor.

Saco mi teléfono y abro la aplicación de uno de esos servicios de entrega de productos gourmet. Si voy a alimentar a una princesa y a mi mejor amigo, voy a hacerlo bien. Filetes de ternera, salmón fresco, verduras orgánicas, hierbas aromáticas, buenos vinos, todo lo necesario para convertir este lugar en un hogar de verdad.

Estoy añadiendo quesos artesanales al carrito cuando siento la presencia de Weston a mi espalda. No hace ruido al moverse —nunca lo hace—, pero llevo tanto tiempo con este hombre que puedo sentir su energía antes de verlo.

—¿Todo bien con la seguridad? —pregunto sin darme la vuelta, concentrado en elegir entre un brie francés y un manchego curado.

—Todo perfecto —responde, y puedo oír en su voz que está más relajado—. El sistema es de última generación. Hay cámaras en todas las entradas, sensores de movimiento, acceso controlado por códigos que cambian cada doce horas.

—Genial. ¿Ya has decidido en qué habitación vamos a dormir?

Hay una pausa, y cuando me giro para mirarlo, veo algo que me hace sonreír. Weston está estudiando el pasillo que lleva a las habitaciones con esa expresión concentrada que pone cuando está calculando ángulos de tiro. Se siente muy atraído por la princesa.

—Sí —dice finalmente—. La habitación del fondo tiene mejor vista de las escaleras de emergencia. Y comparte una pared con la de ella.

Arqueo una ceja. Por supuesto que ha elegido la habitación que nos permite estar lo más cerca posible de Arabella sin parecer acosadores. Bueno, sin parecerlo demasiado.

—Perfecto —digo, añadiendo chocolate negro al carrito porque algo me dice que nuestra princesa es de las que disfrutan de los pequeños placeres—. ¿Crees que la cama es lo suficientemente grande para los tres?

El silencio que sigue a mi pregunta es tan denso que casi resulta asfixiante. Weston se queda completamente inmóvil, y puedo ver el momento exacto en que mis palabras impactan en su cerebro y se extienden como ondas concéntricas.

—East —dice finalmente, y su voz suena como si acabara de tragar gravilla—. Deja de soñar con eso.

—¿Con qué? —pregunto con mi mejor cara de inocencia, aunque estoy seguro de que no me cree ni por un segundo—. Solo estoy siendo práctico. Si vamos a compartir habitación, es lógico preguntarse si el mobiliario es adecuado para…

—No va a pasar —me corta, pero hay algo en su tono que me dice lo contrario—. No crees en serio que ella vaya a ser tan abierta de mente.

Me río, porque no puedo evitarlo. Weston está intentando convencerse a sí mismo tanto como a mí, y ambos sabemos que está perdiendo la batalla.

—Ya veremos —digo, cerrando la aplicación y guardándome el teléfono en el bolsillo—. Voy a subir el resto de las maletas del coche. Este lugar no se va a montar solo.

Me dirijo hacia la puerta, pero justo cuando pongo la mano en el pomo, la voz de Weston me detiene.

—East.

Me giro para mirarlo, y hay algo en su expresión que hace que se me acelere el pulso.

—Sí, la cama es lo suficientemente grande.

Sonrío tan ampliamente que me duelen las mejillas, y salgo del ático silbando una melodía que no logro identificar pero que suena a posibilidades infinitas.

Esto promete. Joder, si promete.

CAPÍTULO 7

ARABELLA

Me despierto con el olor a café recién hecho y algo que huele a canela y mantequilla, una combinación que hace que mi estómago proteste ruidosamente. Durante un segundo, olvido dónde estoy. El olor me recuerda a las cocinas del castillo, a casa, a algo cálido y acogedor que no esperaba encontrar aquí.

Luego la realidad me golpea como una bofetada fría. No estoy en el castillo. Estoy en una prisión de lujo con dos guardaespaldas que parecen sacados de mis novelas favoritas y que van a hacer que mi vida sea un infierno durante los próximos meses.

Me incorporo en la cama y miro por los enormes ventanales que dominan una pared de mi habitación. Manhattan se extiende ante mí como un tablero de ajedrez gigante, lleno de posibilidades y aventuras que estos dos hombres van a intentar negarme.

No lo harán si puedo evitarlo.

Me ducho rápidamente y me pongo unos vaqueros ajustados y una camiseta de rayas que resalta el color de mis ojos. Si voy a pasar el día luchando por mi libertad, al menos voy a estar cómoda haciéndolo.

Cuando salgo de mi habitación, el olor que me despertó se intensifica hasta convertirse en algo que podría clasificarse como pornografía culinaria. Sigo el rastro hasta la cocina y me detengo en seco al ver la escena que me espera.

Easton está de pie junto a los fogones, removiendo algo en una sartén que chisporrotea tentadoramente, mientras canturrea una melodía que no reconozco pero que suena increíblemente alegre. Lleva unos vaqueros gastados que se le pegan al culo de una forma que debería estar prohibida y una camiseta de manga corta que deja

ver los músculos de sus brazos moverse mientras cocina. El pelo dorado le cae sobre la frente, y tiene esa concentración relajada de alguien que disfruta genuinamente de lo que está haciendo.

Es doméstico. Es encantador. Y es completamente inesperado.

—Buenos días, princesa —dice sin darse la vuelta, como si hubiera sentido mi presencia—. Espero que tengas hambre, porque he hecho suficientes tortitas para alimentar a un regimiento.

El estómago me hace ruido otra vez, traicionándome completamente.

No puedo negar que me muero por comer lo que está cocinando.

—Buenos días —respondo, acercándome con cautela—. ¿Dónde está Weston?

—Revisando los sistemas de seguridad por quinta vez —dice Easton, girándose para sonreírme con esos ojos color miel que brillan con diversión—. Es muy meticuloso con estas cosas. Obsesivo, diría yo.

Coloca un plato delante de mí que hace que se me haga la boca agua: tortitas perfectamente doradas con arándanos frescos, una cucharada de nata montada que parece una nube, y un hilillo de sirope de arce que gotea por los bordes como miel líquida.

—¿Has hecho esto para mí? —pregunto, y odio lo sorprendida que sueno.

—Para nosotros —corrige, sirviéndose su propio plato—. Cocinar para una sola persona es deprimente. Y sí, antes de que preguntes, sé lo que hago en la cocina. Mi madre se aseguró de que todos sus hijos supieran valerse por sí mismos.

Me siento en uno de los taburetes de la isla y pruebo un bocado. El sabor explota en mi boca: dulce pero no empalagoso, esponjoso, con el toque perfecto de vainilla y los arándanos añadiendo esa acidez que equilibra todo. Es, sin lugar a dudas, la mejor tortita que he probado en mi vida.

—Joder —murmuro sin poder evitarlo—. Esto está increíble.

Easton sonríe tan ampliamente que parece que le va a doler la cara.

—Ese lenguaje, princesa —me toma el pelo, sentándose en el taburete de al lado—. ¿Qué diría tu padre si te oyera?

—Mi padre diría muchas cosas —respondo, atacando las tortitas con más entusiasmo del que debería—. Pero no está aquí, ¿verdad?

—No, no lo está —dice Easton, y hay algo en su tono que me hace mirarlo—. Aquí solo estamos nosotros. Y puedes ser quien quieras ser.

Hay algo en la forma en que lo dice, con un tono genuino y cálido, que hace que se me encoja algo en el pecho. Pero no puedo permitirme caer en la trampa. Por muy bien que cocine, por muy encantador que sea, por muy tremendo que esté, sigue siendo mi carcelero.

—Muy bien —digo, dejando el tenedor y mirándolo directamente —. En ese caso, quiero salir. Ahora mismo. No me voy a pasar el día encerrada en este lugar por muy bonito que sea.

Espero que oponga resistencia, que recite argumentos sobre seguridad, la típica cantinela sobre protocolos. En su lugar, Easton asiente como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Por supuesto. ¿Adónde quieres ir?

Su aceptación tan fácil me desarma completamente.

—¿En serio? ¿Así sin más?

—Así sin más —confirma, terminándose su café—. Pero voy contigo. Por supuesto eso no es negociable.

Muy bien. Si quiere acompañarme, voy a asegurarme de que se arrepienta de haberse ofrecido. Voy a llevarlo a todos los sitios que han hecho que mis guardaespaldas anteriores se quejen, protesten y al final rueguen que regresemos a casa.

—Vale —digo, esbozando mi sonrisa más dulce—. Vamos.

La primera parada es una librería independiente en el Village que huele a café, papel viejo y posibilidades infinitas. Es uno de mis lugares favoritos en todo Nueva York, un laberinto de estanterías que llegan hasta el techo repletas de historias esperando a ser descubiertas.

—Bonito sitio —comenta Easton, mirando a su alrededor con curiosidad genuina—. ¿Te gustan las librerías?

—Mucho —respondo, dirigiéndome directamente hacia la sección que siempre hace que mis guardaespaldas se pongan incómodos y empiecen a dar vueltas por ahí como si estuvieran en territorio enemigo.

Romance.

Me planto delante de las estanterías llenas de portadas con hombres sin camisa y mujeres en poses dramáticas, y espero la reacción incómoda habitual. Los carraspeos, las miradas hacia otro lado, las sugerencias no tan sutiles de que quizás deberíamos mirar otra sección.

En lugar de eso, Easton se coloca directamente a mi lado y coge un libro al azar.

—«El duque pecaminoso y la solterona» —lee en voz alta—. Vaya título. ¿De qué irá?

Lo miro como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿En serio quieres saberlo?

—Por supuesto. Siempre he tenido curiosidad por entender qué es lo que las mujeres encuentran tan irresistible en estas historias.

Durante los siguientes veinte minutos, Easton me hace preguntas sobre argumentos, personajes y diferencias entre subgéneros con una curiosidad tan genuina que me olvido completamente de estar enfadada. Incluso me hace reír cuando señala una portada particularmente ridícula.

—¿En serio creen que esta posición es anatómicamente posible? —pregunta, estudiando una portada donde los protagonistas parecen estar desafiando varias leyes de la física—. Porque a mí me parece que alguien se va a hacer daño en la espalda.

Me echo a reír tan fuerte que tengo que taparme la boca.

—Es artística —digo entre risas—. No se supone que tiene que ser realista.

—Ah, claro. Como cuando ponen explosiones en las películas de acción que no tienen sentido pero quedan geniales.

—Exactamente.

Cuando salimos de la librería con una bolsa llena de libros (que él insiste en cargar), estoy de un humor peligrosamente bueno. Que es exactamente el problema.

La segunda parada debería acabar con su buena disposición de una vez por todas. Le digo que quiero ir a una cafetería que descubrí la última vez que estuve en Nueva York, omitiendo convenientemente mencionar que es tan rosa que parece que ha explotado un unicornio dentro.

«Sweet Dreams Café» es exactamente lo que su nombre indica: un paraíso pastel de tonos rosas, dorados y blancos, con tazas de porcelana delicada, sillas tapizadas en terciopelo rosa pálido y suficientes flores que parece un invernadero. Es el tipo de sitio que hace que los hombres heterosexuales salgan corriendo en dirección contraria.

Easton entra, mira a su alrededor y sonríe como si acabara de encontrar el tesoro perdido de los piratas.

—Joder, este sitio es increíble —dice, dirigiéndose directamente al mostrador donde una variedad impresionante de pasteles rosas, dorados y cubiertos de purpurina esperan detrás del cristal—. ¿Podemos probarlo todo?

La camarera, una chica con el pelo rosa chicle a juego con la decoración, se ilumina como si Easton fuera la mejor cosa que ha visto en toda su vida.

Y la verdad es que puede que lo sea. Estoy empezando a pensar que este hombre no es normal.

—Por supuesto, guapo. ¿Por dónde empezamos?

Veinte minutos después, estamos sentados en una mesita junto a la ventana, rodeados de suficientes dulces para alimentar a una convención de niños en un subidón de azúcar. Easton bebe de una taza de té tan delicada que parece que va a romperse en sus manos enormes, y tiene una expresión de concentración absoluta mientras prueba un *cupcake* rosa con flores comestibles.

—Esto está buenísimo —dice, y parece genuinamente sorprendido —. ¿Qué tiene la cobertura?

—Creo que es buttercream con esencia de rosas —respondo, observándolo con fascinación morbosa mientras devora un macaron dorado—. ¿No te parece… demasiado femenino?

Me mira como si acabara de decir algo completamente absurdo.

—¿Por qué iba a parecerme demasiado femenino? Es comida. Buenísima comida. ¿Acaso la comida tiene género?

Y ahí está otra vez esa sinceridad que me desarma completamente. No hay postureo, no hay incomodidad masculina frágil. Solo un hombre que disfruta genuinamente de las cosas buenas de la vida, sin importar el color del envoltorio.

Me lo estoy pasando bien. Demasiado bien. Y eso es un problema.

Porque empieza a gustarme este hombre. Su humor fácil, su curiosidad genuina, la forma en que me trata como si mis opiniones importaran en lugar de como si fuera un objeto decorativo que hay que proteger. Es peligroso, porque hace que me olvide de por qué tengo que escaparme.

Que es exactamente la razón por la que tengo que hacerlo.

—Perdona —digo, levantándome bruscamente—. Necesito ir al baño.

—Por supuesto —dice Easton sin apartar la vista de un *éclair* rosa que está examinando como si fuera una obra de arte—. Yo voy a terminar de probar estas maravillas.

El baño está en la parte trasera del local, y cuando veo la ventana alta que da al callejón, sé que es mi oportunidad. No es la primera vez que uso una ruta de escape similar, aunque admito que suele ser más fácil cuando no llevo vaqueros ajustados.

Me las arreglo para trepar hasta la ventana, no sin cierta dificultad y unos cuantos tacos creativos, y me escurro al callejón trasero. La adrenalina de la libertad me recorre las venas como champán, y echo a andar hacia la calle principal con una sonrisa triunfal.

Lo he conseguido. Por fin he conseguido…

—¿Nos vamos ya a casa, princesa?

Me paro en seco. Easton está apoyado contra la esquina del edificio, con mi bolso colgado del brazo y mi chaqueta en la mano, tendiéndomela con una sonrisa que podría iluminar todo Manhattan.

Por un momento, no sé si reírme o llorar. ¿Cómo coño se ha dado cuenta de lo que iba a hacer?

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunto, aceptando mi chaqueta con lo que espero que sea algo parecido a la dignidad.

—El suficiente —responde, y su sonrisa se vuelve un poco más traviesa—. Bonita técnica de escalada, por cierto. Aunque creo que el té rosa se ha enfriado mientras esperaba.

Quizás no va a ser tan fácil escaparse de estos dos como lo ha sido en el pasado de mis otros guardaespaldas.

Y por alguna razón que no quiero analizar demasiado, ese descubrimiento no me molesta tanto como debería.

CAPÍTULO 8

ARABELLA

Las llamas de la chimenea proyectan sombras danzantes sobre las páginas de mi libro, pero llevo diez minutos leyendo la misma frase una y otra vez sin procesarla. No es culpa del autor —es una de esas novelas románticas con el tipo de alfas que me hacen suspirar—, sino que mi cerebro está demasiado ocupado procesando algo que he descubierto hace una hora.

Easton y Weston duermen en la misma habitación.

En la misma cama, para ser específicos.

Lo he descubierto por accidente cuando he entrado a buscar una manta extra y he visto el interior de la habitación del fondo: una sola cama king size, perfectamente hecha, con dos mesitas de noche y dos tipos diferentes de libros (uno de cocina de Easton y algo que parece ser un manual táctico de Weston). Ni rastro de sofá, silla plegable o cualquier otra superficie para dormir. He entrado a la otra habitación solo para descubrir que está completamente vacía.

Lo cual me lleva a la conclusión obvia: son pareja.

Y esa posibilidad me está molestando más de lo que debería.

Porque la verdad es que ambos me resultan tremendamente atractivos. Easton con esa sonrisa que podría derretir glaciares y esa forma de tratarme como si fuera la cosa más fascinante del mundo. Y Weston con esa intensidad silenciosa que hace que se me erice la piel cada vez que me mira.

Pero si están juntos… bueno, eso explicaría muchas cosas. Su sincronización perfecta, la forma en que se comunican sin palabras, cómo parecen completarse el uno al otro.

Lo cual está bien. Perfecto, incluso. Será más fácil mantener las distancias si sé que no hay ninguna posibilidad de complicaciones.

No es que piense que podrían sentirse atraídos por mí.

Entonces, ¿por qué me siento tan… decepcionada?

—¿Todo bien, princesa? —La voz cálida de Easton me saca de mis pensamientos deprimentes—. Parece que ese libro no te está gustando mucho.

Levanto la vista hacia la cocina, donde Easton está de pie junto a los fogones removiendo algo que huele a gloria pura. Lleva una camisa gris claro que se le pega al pecho de forma pecaminosa y unos vaqueros que le marcan el culo de una manera que debería estar prohibida por ley. Se ha recogido las mangas hasta los codos, dejando ver los músculos de sus antebrazos mientras trabaja, y tiene una concentración en el rostro que me recuerda que este hombre es mucho más que una cara bonita.

—El libro está bien —miento, cerrándolo y dejándolo en la mesita de café—. ¿Qué estás haciendo? Huele increíble.

Su sonrisa se ensancha hasta convertirse en algo devastador.

—Risotto con setas y trufa. He pensado que te merecías algo especial después del día que hemos tenido.

Se gira para abrir el horno, y aprovecho el momento para estudiar la línea de sus hombros, la forma en que se mueve con esa gracia natural que tienen algunos hombres sin ser conscientes de ello. Es... joder, es perfecto. Y está completamente fuera de mi alcance.

—¿Dónde está Weston? —pregunto, aunque una parte de mí no quiere saber la respuesta.

—Ha salido a correr —dice Easton sin darse la vuelta—. Dice que necesita quemar energía, aunque creo que en realidad lo que necesita es procesar. Es su forma de gestionar el estrés.

Antes de que pueda preguntarle qué tipo de estrés podría estar teniendo Weston, el sonido de la puerta principal abriéndose me paraliza. Se escuchan pasos pesados en el pasillo, y entonces aparece él.

Y joder. Joder, joder, joder.

Weston entra en el salón como si fuera dueño del espacio, pero hay algo diferente en él. Está... desaliñado. Despeinado. Su camiseta negra se le pega al cuerpo empapada en sudor, marcando cada músculo, cada línea de su torso. Tiene la cara ligeramente

enrojecida por el ejercicio, el pelo húmedo pegado a la frente, y cuando respira puedo ver cómo su pecho sube y baja con ese ritmo ligeramente acelerado de alguien que acaba de exigirse al máximo.

Es la cosa más sexy que he visto en mi vida.

Pasa por delante del sofá donde estoy sentada, y por un momento nuestras miradas se cruzan. No dice nada —Weston nunca dice mucho—, solo me da un asentimiento de cabeza a modo de saludo. Pero hay algo en la forma en que me mira, algo intenso y penetrante que hace que se me seque la boca.

Me mira como si pudiera ver a través de mi ropa. Como si pudiera leer cada pensamiento pecaminoso que se me está pasando por la cabeza ahora mismo.

Y luego sigue caminando hacia el pasillo, dejándome con el corazón latiendo como un tambor de guerra y una humedad entre las piernas que no debería estar ahí.

Es solo atracción física, me digo. Es normal. Los dos son hombres increíblemente atractivos, y yo llevo demasiado tiempo sin... bueno, sin nada. Es una reacción completamente natural.

Que estén juntos no significa que no pueda apreciar la vista.

Weston desaparece por el pasillo, y oigo el sonido del agua corriendo en el baño. Sin pensar realmente en lo que estoy haciendo, me impulso hacia atrás en el sofá, cambiando de posición hasta quedar lo suficientemente reclinada para poder ver el baño.

Y oh. Dios. Mío.

Desde este ángulo, puedo ver un trozo del espejo del baño a través de la puerta entreabierta. Y Weston está ahí, ajeno a mi presencia, empezando a quitarse la ropa.

Debería apartar la vista. Debería cerrar los ojos, concentrarme en mi libro, fingir que esto no está pasando. Pero no puedo. Estoy clavada al sofá como si hubiera echado raíces, observando fascinada mientras Weston tira de la parte trasera de su camiseta y se la quita con un movimiento fluido por encima de la cabeza.

Y joder, si no es la cosa más erótica que he visto jamás.

Su torso es una obra de arte esculpida en músculo y piel bronceada. Hombros anchos que se estrechan hasta una cintura estrecha, abdominales que parecen tallados en mármol y esa línea

de vello que desaparece bajo la cinturilla de sus pantalones de deporte como una invitación al pecado.

Se pasa las manos por el cuello, luego por el pecho, bajando lentamente hasta la cintura del pantalón en un gesto que probablemente es completamente inocente pero que me está volviendo loca. Sus manos son enormes, callosas, y algo en mi cerebro primitivo se pregunta cómo se sentirían esas manos sobre mi piel.

Los pantalones son lo siguiente en caer, y tengo que morderme el labio para no gemir en voz alta. Sus piernas son tan perfectas como el resto de él: muslos gruesos y poderosos, pantorrillas definidas, y cuando se gira ligeramente para colgar la ropa…

Me quedo sin respiración.

Lleva unos calzoncillos negros que se le pegan al cuerpo como una segunda piel, y la forma en que marcan su paquete es demencial. Dios santo. Está claro que Weston Torres está generosamente dotado en todos los aspectos.

Sus manos van hacia la cinturilla de los calzoncillos, y por un momento me debato entre el impulso civilizado de apartar la vista y el deseo primitivo de ver cada centímetro de este hombre. La curiosidad gana, porque aparentemente mi capacidad para tomar decisiones sensatas se ha ido a la mierda.

Y entonces sus ojos se clavan en los míos a través del espejo.

Se me escapa una exclamación por el susto.

Nos quedamos así, completamente inmóviles, durante lo que se siente como una eternidad, pero probablemente son solo unos segundos. Él sabe que lo estoy mirando. Ha sabido todo el tiempo que lo estaba mirando.

Y por la forma en que una comisura de su boca se eleva ligeramente, diría que le hace gracia la situación.

Aparto la vista tan rápido que casi me doy un latigazo cervical, con la cara ardiendo como si me hubiera quemado. Cojo el libro y finjo estar completamente absorta en la lectura, aunque las palabras danzan delante de mis ojos como jeroglíficos que no entiendo.

—¿Todo bien por ahí, Bella? —pregunta Easton desde la cocina, sobresaltándome de nuevo, y puedo oír la diversión en su voz—.

Pareces un poco acalorada.

—Perfectamente —respondo con una voz que sale demasiado aguda—. Solo… es que hace calor aquí.

Se ríe, y es un sonido cálido que me envuelve como miel.

—Puede que tengas que quitarte algo de ropa entonces —dice, y juraría que hay doble sentido en sus palabras.

Después de un rato, Weston aparece en el pasillo, ahora con una camiseta limpia y unos vaqueros que le quedan tan bien que deberían ser ilegales. Su pelo está húmedo por la ducha, y cuando pasa por delante del sofá, puedo oler su champú mezclado con algo que es puramente él.

Me mira de nuevo cuando pasa, y esta vez hay algo diferente en su expresión. Algo que me hace pensar que tal vez, solo tal vez, los dos no son tan gays como pensaba.

Y esa posibilidad me aterroriza y me excita a partes iguales.

Porque una cosa está clara: estos dos hombres me están volviendo completamente loca, y solo llevo dos días con ellos.

Esto va a ser un problema. Un problema muy, muy grande.

CAPÍTULO 9

ARABELLA

Me despierto con el estómago hecho un nudo y las mejillas ardiendo solo de pensar en lo que pasó anoche. O, mejor dicho, en lo que casi pasó. O en lo que definitivamente pasó, pero que voy a fingir que no pasó.

Que no me quedé mirando a Weston como si quisiera lamerlo de arriba a abajo y él no me pilló haciéndolo.

Dios. Esto es un desastre.

Me incorporo en la cama y me paso las manos por la cara, intentando borrar la imagen de Weston quitándose la ropa de mi cerebro. Pero es inútil. Cada vez que cierro los ojos, veo esos músculos definidos, esas manos enormes deslizándose por su piel, esa mirada intensa cuando se dio cuenta de que lo estaba observando.

Y esa media sonrisa que sugería que sabía exactamente lo que estaba haciendo conmigo.

El olor a café y tostadas llega hasta mi habitación, recordándome que no puedo quedarme escondida aquí para siempre. Tengo que enfrentarme a él en algún momento. Preferiblemente después de que se me baje el rubor de las mejillas y consiga actuar como una persona adulta y civilizada en lugar de como una adolescente pillada viendo porno.

Me ducho, me visto con unos vaqueros y una blusa blanca que me hace sentir más segura de mí misma, y me dirijo hacia la cocina con la esperanza de encontrar solo a Easton preparando el desayuno. Pero no tengo esa suerte.

Weston está sentado en la isla de la cocina, con una taza de café humeante entre sus manos enormes y los ojos fijos en la pantalla de

su portátil. Lleva una camiseta gris oscuro que marca cada línea de su torso y unos vaqueros negros que le quedan como si hubieran sido hechos para él. Su pelo está perfectamente peinado, su postura es relajada pero alerta, y cuando levanta la vista para mirarme, no hay ni rastro de diversión en sus ojos.

Solo esa intensidad que me pone la piel de gallina.

—Buenos días —dice con esa voz grave que me hace cosquillas en lugares inapropiados.

—Buenos días —respondo, dirigiéndome directamente hacia la cafetera sin mirarlo. Porque si lo miro, probablemente me ponga como un tomate otra vez y él se dé cuenta de que sigo pensando en lo de anoche.

El silencio se alarga durante unos segundos que se sienten como una eternidad, y empiezo a preguntarme si debería decir algo. ¿Debería disculparme por haberlo estado mirando como si fuera mi programa de televisión favorito? ¿Fingir que no pasó nada? ¿Huir gritando hacia mi habitación?

—Hoy vamos a Columbia nosotros —dice finalmente, salvándome de tomar esa decisión—. Easton tiene que revisar unos contratos con Grayson, así que te toca conmigo.

Se me tensa el estómago de una forma que no tiene nada que ver con los nervios y mucho con la anticipación. Voy a pasar un día entero con Weston. Solo nosotros dos.

Esto va a ser una tortura.

—Perfecto —digo, sirviéndome café e intentando sonar casual—. Necesito familiarizarme con el campus antes de que empiecen las clases mañana.

—Mmm —es todo lo que dice, pero puedo sentir su mirada sobre mí como una caricia física.

Me giro para mirarlo, preparada para recibir algún comentario sobre lo de anoche, alguna broma o insinuación que me haga saber que no se ha olvidado. Pero su expresión es completamente neutra, profesional. Como si fuera cualquier otro día, cualquier otra misión.

Y eso me molesta más de lo que debería.

¿En serio va a fingir que no pasó nada? ¿Que no me pilló prácticamente babeando mientras lo miraba desnudarse? ¿Que no vi

esa sonrisa que sugería que sabía exactamente el efecto que tenía sobre mí?

La rabia me bulle en el estómago como ácido. No sé si estoy enfadada porque una parte de mí quería que me lo echase en cara. Lo cual es una estupidez, porque, ¿qué esperaba? ¿Que me dijera que le había gustado que le mirase? ¿Que me invitara a repetirlo?

Él es gay. Están juntos. Y yo soy una princesa con demasiada imaginación y muy pocas neuronas funcionando.

—¿Lista? —pregunta, cerrando el portátil y levantándose de la silla.

—Lista —respondo, aunque por dentro soy un caos de emociones contradictorias.

El campus de Columbia en directo es todavía más bonito que en todas las imágenes que he devorado, tengo que reconocerlo. Edificios de ladrillo rojo que respiran historia, árboles que están empezando a cambiar de color con el otoño que se acerca, y estudiantes por todas partes cargados con mochilas y esa expresión de concentración que reconozco de mis años en Oxford.

Me siento como en casa por primera vez desde que llegué a Nueva York.

Weston camina a mi lado en silencio, pero puedo sentir su presencia como un campo de fuerza. Sus ojos escanean constantemente el área que nos rodea, catalogando cada cara, cada movimiento, cada posible amenaza. Es como tener a mi lado a un depredador perfectamente entrenado que se hace pasar por humano.

Y madre mía si no es la cosa más atractiva del mundo.

—¿Hay algún sitio en particular que quieras ver? —pregunta cuando llegamos al centro del campus.

—La biblioteca, los edificios donde van a ser mis clases, puede que el gimnasio… —enumero, pero mi cerebro ya está trabajando en otra cosa completamente diferente.

Porque de camino hacia aquí, he notado algo importante: Weston no se pega a mí como una lapa como hacían mis guardaespaldas anteriores. Mantiene una distancia respetuosa muy grande, camina a mi lado en lugar de detrás, y no me interrumpe cada dos segundos para recordarme los protocolos de seguridad.

Lo cual me da una idea.

Una idea terrible y brillante a la vez.

—Voy a echar un vistazo a esa zona de estudio al aire libre —digo, señalando hacia un grupo de bancos bajo los árboles—. Puede que me siente ahí a leer un rato.

Weston asiente y se queda donde está, dándome mi espacio, apoyándose contra una pared con esa elegancia casual que hace que las estudiantes que pasan lo miren como si fuera el protagonista de una película. No las culpo, puede que Weston sea el hombre más atractivo que he visto en mi vida, con ese aura oscura y protectora que hace que las rodillas te tiemblen. No me sigue, no protesta, no me da sermones sobre mantenerme a la vista.

Perfecto.

Me dirijo hacia los bancos, saco un libro de mi bolso, y finjo estar completamente absorta en la lectura. Pero por el rabillo del ojo, estoy observando a Weston. Estudia el área durante unos minutos, habla brevemente por su teléfono, y luego se relaja en su posición.

Es mi oportunidad.

Me levanto como si fuera a cambiar de banco, pero en lugar de eso, echo a caminar hacia el otro lado del campus. Despacio al principio, luego más rápido cuando veo que no me sigue. El corazón me late como un tambor, pero es de emoción, no de miedo.

Por primera vez desde que llegué, estoy sola. Realmente sola.

La sensación es embriagadora. Camino entre los estudiantes como una más, nadie me mira dos veces, nadie susurra sobre quién soy o qué estoy haciendo. Solo soy Bella, una chica más que va a empezar un máster. Voy de un lado a otro disfrutando de mi soledad.

Llego hasta la entrada principal del campus, y por un momento me debato entre seguir adelante o volver. Si salgo ahora, podría perderme en Nueva York durante horas antes de que me encuentre.

Podría ir a una librería, tomarme un café en algún sitio donde nadie sepa quién soy, puede que incluso ir de compras...

Pongo un pie fuera del campus, saboreando la libertad que se extiende ante mí como un océano infinito.

Y entonces una mano firme se cierra alrededor de mi brazo.

—¿En serio creías que iba a dejarte escapar tan fácilmente?

La voz de Weston aparece junto a mi oído, tan cerca que siento su aliento caliente contra mi cuello. Su mano no me hace daño, pero el agarre es firme, implacable. Como él.

Me giro para mirarlo, y hay algo en sus ojos que hace que se me seque la boca. No está enfadado. Parece… divertido. Como si hubiera estado jugando conmigo todo este tiempo.

—¿Has sabido todo el rato dónde estaba? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Sus ojos se oscurecen hasta volverse casi negros.

—Siempre sé dónde estás, aunque decida dejarte tener tu espacio —dice con esa intensidad que hace que se me doblen las rodillas—. No vas a poder librarte de nosotros, princesa. Desiste de una vez de intentar escaparte.

La forma en que dice «princesa» hace que algo se remueva en mi estómago. No es condescendiente como cuando lo dicen otros. Es posesivo. Íntimo. Como si fuera suya.

Y hace que se me acelere el pulso.

—No soy tuya —digo, pero mi voz sale más débil de lo que pretendía.

Se acerca un paso más, y de repente soy consciente de cada centímetro de su cuerpo. Su altura, su fuerza, esa presencia magnética que hace que todo lo demás desaparezca.

—¿No? —pregunta, y hay algo en su tono que hace que se me erice el vello de los brazos—. Entonces, ¿por qué cada vez que intentas huir, una parte de ti espera que te alcancemos?

No tengo respuesta para eso. Principalmente porque tiene razón, y ambos lo sabemos.

—Vamos a casa, Arabella —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre hace que algo se derrita en mi interior—. Creo que ya hemos jugado bastante por hoy.

Mientras caminamos de vuelta hacia el SUV, con su mano aún en mi brazo, no puedo evitar preguntarme si realmente estoy intentando huir de ellos.

O si, en el fondo, solo estoy esperando que me alcancen.

¿Qué demonios me está pasando con estos dos hombres?

CAPÍTULO 10

WESTON

—No puedo más —digo, pasándome una mano por el pelo completamente frustrado.

Easton levanta la vista de los informes que está revisando en la mesa del comedor, y puedo ver en su expresión que está de acuerdo conmigo, aunque su método para solucionarlo probablemente sea diferente del mío.

—Lo sé —dice, dejando los papeles a un lado—. Pero mira las cosas desde su perspectiva, Wes. Ha pasado de tener guardaespaldas incompetentes que perdía en cinco minutos a tenernos a nosotros. Debe de ser frustrante.

—¿Frustrante? —repito, girándome para mirarlo—. East, ayer intentó salir por la ventana del baño de Starbucks. Del segundo piso. Podría haberse roto el cuello.

La irritación me bulle en las venas como ácido. No es solo que esté intentando escaparse constantemente. Es que cada vez que lo hace, cada vez que desaparece de mi vista aunque sea por un segundo, algo primario y visceral se activa en mi pecho. Una necesidad de encontrarla, de asegurarme de que está bien, que es mucho más intensa de lo que debería ser para una simple misión de protección.

—Tenemos que hablar con ella —continúo—. Como personas civilizadas. Sentarnos los tres y aclarar las cosas de una vez.

Easton arquea una ceja, y hay algo en su expresión que me dice que no va a gustarme lo que viene a continuación.

—¿Personas civilizadas? —dice, levantándose y acercándose hasta estar directamente frente a mí—. Wes, llevas tres días prácticamente

gruñendo cada vez que ella respira. No creo que «civilizado» sea exactamente la palabra que usaría para describir tu estado actual.

Tiene razón, y eso me jode. Pero no puedo evitarlo. Hay algo en Arabella que me saca de quicio y me fascina a partes iguales. Su determinación, su inteligencia, esa pasión que esconde tras esa fachada de princesa correcta. Es… joder, es exactamente el tipo de mujer que he estado buscando sin saber que la estaba buscando.

Y eso me aterroriza.

—Voy a hablar con ella —digo, dirigiéndome hacia el pasillo antes de perder la determinación.

—Weston —me llama Easton, pero ya estoy en movimiento.

No me detengo hasta llegar a su puerta. No llamo. No espero a qye me dé permiso. Simplemente giro el pomo y entro.

ARABELLA

El sonido de mi puerta abriéndose sin previo aviso hace que salte del escritorio donde estaba revisando los horarios de clase para mañana. Mi corazón se dispara como un motor revolucionado cuando veo a Weston llenando el marco de la puerta con esa presencia intimidante suya.

—¿Qué narices haces? —le espeto, levantándome tan bruscamente que la silla chirría contra el suelo—. ¿Ahora tampoco piensas respetar mi privacidad dentro de casa?

Sus ojos oscuros me escanean desde la cabeza a los pies, y hay algo en su mirada que hace que se me erice la piel. No es la evaluación fría y profesional que esperaría de un guardaespaldas. Es más personal. Más intensa.

—Tenemos que hablar —dice con esa voz grave que me pone los nervios de punta—. Y estoy harto de perseguirte por medio Manhattan cada vez que quiero tener una conversación.

La rabia me explota en el pecho como fuegos artificiales.

—¡Pues a lo mejor es porque yo no quiero tener una conversación! —le grito, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que sé que lo irrita—. ¡A lo mejor es porque estoy cansada de que controléis cada segundo de mi vida!

—¿Controlar? —Su voz sube de volumen, y de repente está cruzando la habitación hacia mí con esa forma de moverse que me recuerda que podría aplastarme como una mosca si quisiera—. ¿Crees que esto es control? Princesa, no tienes ni idea de lo que es el control.

Se detiene justo delante de mí, tan cerca que puedo oler esa mezcla de colonia cara y algo puramente masculino que hace que mi cerebro se desconecte por un segundo. Sus ojos están tan oscuros que parecen negros, y hay una tensión en su mandíbula que sugiere que está luchando por mantener el control.

—No me llames princesa —digo, aunque mi voz sale más débil de lo que pretendía—. Y retrocede. Estás invadiendo mi espacio personal.

Se ríe, y es un sonido áspero que no tiene nada de diversión.

—¿Tu espacio personal? ¿En serio? ¿El mismo espacio personal que violaste cuando me estuviste observando mientras me desnudaba?

El calor me sube por el cuello como una llamarada, y sé que me estoy poniendo del color de un tomate maduro. Mierda. Pensaba que no iba a hablar de ello.

—No sé de qué hablas —miento descaradamente, retrocediendo hasta chocar con el escritorio.

—Claro que lo sabes —dice, acercándose otro paso hasta que prácticamente me está arrinconando—. Y sabes que me di cuenta desde el primer segundo. ¿De verdad crees que no sé cuándo me están mirando?

Antes de que pueda responder, de que pueda pensar en alguna excusa medio creíble, Easton se acerca a nosotros.

—Weston —dice, y hay una advertencia en su voz—. Retrocede. Ya.

Por un momento, creo que Weston va a ignorarlo. Sus ojos siguen fijos en los míos, y hay algo en su expresión que hace que mi corazón lata como si acabara de correr un maratón. Pero entonces retrocede medio paso, aunque su presencia sigue llenando toda la habitación.

Easton se acerca y se coloca entre nosotros, dirigiéndome esa sonrisa calmante que probablemente ha estado practicando desde la adolescencia.

—Lo que Weston quiere decir —dice, lanzándole una mirada de advertencia a su compañero— es que tu actitud es peligrosa. No queremos que te pongas en peligro. Queremos estar bien contigo, Bella. Queremos entender qué te pasa, qué necesitas. Pero no podemos hacer nuestro trabajo si sigues huyendo cada vez que nos damos la vuelta.

Y ahí está otra vez esa sinceridad que me desarma completamente. La forma en que me mira como si realmente le importara mi opinión, como si yo fuera más que un trabajo que tiene que completar.

Pero ya estoy demasiado cabreada, demasiado frustrada, demasiado harta de todo como para que sus palabras bonitas me calmen.

—¡Lo único que quiero es poder ser normal! —exploto, y mi voz sale tan alta que probablemente se oye en todo el edificio—. ¡Quiero poder hacer cosas divertidas, vivir, experimentar! ¡No quiero tener que estar todo el día comportándome como una muñeca de porcelana que no tiene gustos, ni ganas de explorar, ni emociones! ¡Quiero vivir la jodida vida!

El silencio que sigue a mi arrebato es tan denso que podría cortarlo con un cuchillo. Easton me mira con esos ojos color miel que ahora brillan con algo que podría ser comprensión, mientras que Weston me mira como si acabara de decir algo que ha cambiado completamente su perspectiva.

—Me parece perfecto —dice Easton finalmente, y su voz es tan tranquila y razonable que me quedo sin palabras—. No pides mucho, la verdad.

Me quedo mirándolo como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Qué?

—Quieres vivir experiencias —continúa, cruzándose de brazos—. Quieres hacer cosas divertidas. Quieres ser normal. Son deseos completamente razonables para una mujer de veintiséis años.

—Pero… —balbuceo, porque esta no es la reacción que esperaba —. Pero seguro que mi padre os ha dado instrucciones específicas. Seguro que os ha dicho que no puedo hacer nada que sea escandaloso, o inapropiado, o…

—Tu padre no está aquí —me interrumpe Weston, y hay algo definitivo en su tono que hace que se me pare el corazón—. Tienes hasta mañana para entregarnos una lista de las cosas que quieres hacer. Y nosotros seremos los que te acompañemos y organicemos el planing para poder protegerte mientras lo haces.

Me quedo con la boca abierta, mirándolo como si acabara de hablar en un idioma extraterrestre.

—¿Lo estáis diciendo en serio? —consigo articular finalmente.

Pero Weston ya se está dirigiendo hacia la puerta, parándose solo el tiempo suficiente para mirarme por encima del hombro.

—La quiero para mañana, Arabella. Y que sea una buena lista.

Y se va, dejándome sola con Easton, que me está sonriendo con una expresión que solo puede describirse como traviesa.

—¿Está hablando en serio? —le pregunto, porque todavía no puedo procesar lo que acaba de pasar.

—Completamente —responde Easton, y su sonrisa se ensancha hasta convertirse en algo devastador—. Espero que tengas buena imaginación, princesa. Porque algo me dice que esto va a ser muy, muy interesante.

Cuando se va y me quedo sola en mi habitación, me siento en el borde de la cama con las piernas temblorosas, intentando procesar lo que acaba de pasar.

Me han dado carta blanca para hacer lo que quiera. Para vivir las experiencias que siempre he soñado. Para ser normal por primera vez en mi vida.

Y de repente, me doy cuenta de que no tengo ni idea de por dónde empezar.

Pero mientras saco un papel y un bolígrafo para empezar mi lista, una sonrisa traviesa se extiende por mi cara.

Voy a volverlos locos.

CAPÍTULO 11

ARABELLA

Me quedo despierta hasta las dos de la madrugada, mirando la hoja en blanco que tengo delante como si fuera a escribirse sola. No puedo creer que realmente vayan a dejarme hacer lo que quiera. Tiene que ser un farol. Seguro que es una forma de conseguir que me comporte bien diciéndome que sí a todo para luego negarme las cosas que realmente quiero.

Así que voy a poner a prueba esa teoría.

Si van a fingir que me van a dar libertad, yo voy a pedirles cosas que harán que se echen atrás inmediatamente. Cosas que ningún guardaespaldas profesional permitiría jamás que hiciera una princesa.

Empiezo con algo relativamente suave: *Ir a una discoteca normal, no a un club privado para ricachones aburridos*.

Luego añado algo más atrevido: *Practicar tiro al blanco*. Porque estoy segura de que la idea de darme un arma les va a dar un ataque.

Después algo que haría que mi madre se desmayara: *Hacer puenting*. Porque ¿qué hay más peligroso que tirarse desde una altura considerable con solo una cuerda impidiendo que te estrelles?

Y luego… bueno, luego se me ocurre algo que me hace sonrojar solo de pensarlo, pero que estoy segura va a hacer que me digan que no inmediatamente.

Escribo las palabras con la cara ardiendo: *Visitar un club de sexo*.

En cuanto lo escribo, casi tacho la línea. Es ridículo. Es inapropiado. Es exactamente el tipo de cosa que haría que cualquier guardaespaldas respetable dimitiera en el acto.

Pero no lo tacho. Porque una parte de mí, una parte pequeña y perversa, quiere ver sus caras cuando lo lean.

A la mañana siguiente, voy a desayunar con la lista doblada y guardada en el bolsillo trasero de mi pantalón, el estómago hecho un nudo de nervios y anticipación. Easton está en la cocina haciendo tortitas otra vez (porque aparentemente es un dios culinario además de estar tremendo), mientras que Weston está sentado en la isla con su portátil y esa expresión concentrada que pone cuando está trabajando.

Los dos levantan la vista cuando entro, y hay algo en la forma en que me miran que me pone nerviosa. Como si estuvieran esperando precisamente a que yo llegase.

—Buenos días, princesa —dice Easton con esa sonrisa devastadora—. ¿Has dormido bien?

—Como un bebé —miento, sirviéndome café con manos que tiemblan ligeramente—. Y ya os he dicho que no me llaméis princesa.

—Bella —corrige Weston, cerrando el portátil y dedicándome toda su atención—. ¿Has hecho la lista?

El estómago me da un vuelco. Ha llegado el momento de la verdad.

—Sí —digo, sacando el papel arrugado del bolsillo—. Pero estoy segura de que no vais a aprobar nada de lo que pido.

Easton se acerca y extiende la mano con una sonrisa expectante.

—Veamos qué tienes ahí.

Le doy la lista con el corazón latiendo a mil por hora. Los veo leerla en silencio, sus expresiones son completamente neutras, y el silencio se alarga hasta volverse insoportable.

—¿Y? —pregunto finalmente, cuando ya no puedo aguantar más la tensión—. ¿Os parece demasiado extremo?

Easton intercambia una mirada con Weston que no sé cómo interpretar.

—¿Extremo? —dice Easton, y su sonrisa se vuelve más amplia—. Me parece una lista perfectamente razonable para alguien que quiere vivir experiencias.

Me quedo con la boca abierta.

—¿En serio? —consigo articular—. ¿Incluso lo último?

Por un momento, veo algo que podría ser deseo en los ojos de Weston.

—Especialmente lo último —dice con esa voz grave que me hace cosquillas por toda la columna—. Será… educativo.

—¿Educativo? —repito, porque mi cerebro se ha quedado en blanco.

—Bella —dice Easton, doblando cuidadosamente la lista y guardándosela en el bolsillo—. Creo que te vas a sorprender de lo mucho que puedes llegar a disfrutar explorando nuevas experiencias.

Hay algo en la forma en que dice «explorando» que hace que se me seque la boca.

—Empezaremos lo más pronto posible —añade Weston—. Espero que estés preparada.

Y sin más, los dos se van hacia el salón, dejándome sola en la cocina con una taza de café que se enfría en mis manos temblorosas.

¿En qué demonios me he metido?

EASTON

—Joder, Weston —digo en cuanto estamos solos en el salón, pasándome una mano por el pelo—. ¿Has visto esa lista?

Weston se deja caer en el sofá con esa elegancia controlada suya, pero puedo ver la tensión en sus hombros.

—La he visto —responde, y hay algo en su voz que me dice que está tan afectado como yo.

—Un club de sexo, tío —continuo, empezando a caminar de un lado a otro porque necesito mover la energía que me está corriendo por las venas—. Nuestra pequeña princesa quiere ir a un jodido club de sexo.

—No es tan pequeña —dice Weston, y hay algo posesivo en su tono que activa cada terminación nerviosa de mi cuerpo—. Es una mujer adulta que sabe lo que quiere.

Me detengo y lo miro, porque hay algo en su expresión que no había visto antes. Algo oscuro y hambriento.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? —le pregunto, sentándome en el borde de la mesita de café para estar frente a él —. No está pidiendo ir de compras o a museos. Está pidiendo experiencias. Está pidiendo…

—Aventuras —termina Weston—. Está pidiendo que la ayudemos a descubrir quién es realmente cuando nadie la está juzgando.

—Exacto —digo, sintiendo cómo la excitación me bulle en el pecho y en la polla—. Y joder, Wes, cada cosa que ha puesto en esa lista… es como si hubiera diseñado el plan perfecto para que los tres terminemos...

No termino la frase, pero no hace falta. Weston sabe exactamente lo que estoy pensando.

—¿Crees que sabe lo que está haciendo? —pregunta—. ¿Crees que se da cuenta de las implicaciones?

Me río, porque es una pregunta ridícula.

—¿La has visto? Se ha puesto roja como un tomate cuando ha mencionado el club. Por supuesto que no se da cuenta. Pero eso es lo que la hace perfecta, ¿no? No está jugando. No está manipulando. Solo está siendo honesta sobre lo que quiere.

Weston asiente lentamente, y puedo ver las ruedas girando en su cabeza.

—Vamos a tener que ser muy cuidadosos —dice—. No podemos asustarla. No podemos presionar demasiado rápido.

—Lo sé —respondo—. Pero joder, Weston, por primera vez en años tengo esperanza. Tengo esperanza de que hayamos encontrado a alguien que nos entienda. A los dos.

Se queda en silencio durante unos segundos, y luego me mira con esos ojos oscuros que ahora brillan con una determinación que reconozco.

—Vamos a darle exactamente lo que ha pedido —dice—. Cada cosa de esa lista. Y vamos a asegurarnos de que disfrute cada

segundo.

La sonrisa que se extiende por mi cara es tan amplia que me duele.

—Esto va a ser jodidamente increíble.

CAPÍTULO 12

ARABELLA

Dos días después, cuando salimos de mi última clase de orientación en Columbia, Easton me detiene con una sonrisa que podría iluminar toda Nueva York.

—Tenemos una sorpresa para ti —dice, y hay algo travieso en sus ojos color miel que me hace sospechar inmediatamente.

—¿Qué tipo de sorpresa? —pregunto con cautela, porque ya he aprendido que cuando estos dos sonríen así, significa que estoy a punto de salir de mi zona de confort de una forma espectacular.

Y es todo lo que he querido siempre.

—Vamos a ir al campo de tiro —dice Weston desde detrás de mí, y su voz grave me provoca un escalofrío que me recorre toda la espalda—. Tenemos reservadas dos horas.

Me giro tan rápido que casi pierdo el equilibrio, el corazón latiéndome como si acabara de correr un maratón.

—¿Lo estás diciendo en serio? —Mi voz sale más aguda de lo que pretendía—. ¿Vais a dejarme disparar un arma de verdad?

La sonrisa de Easton se ensancha hasta convertirse en algo devastador.

—Princesa, te vamos a enseñar a disparar como si tu vida dependiera de ello.

Dios, jamás he estado más excitada en mi vida.

Estos dos me van a volver completamente loca.

El campo de tiro huele a pólvora, metal y a concentración masculina. Hay algo primitivo en el ambiente que me acelera el pulso de una forma que no esperaba. Los sonidos amortiguados de disparos

lejanos resuenan como un tambor constante, y el aire está cargado de esa energía contenida que solo encuentras en lugares donde la precisión significa supervivencia.

Observo fascinada cómo Easton y Weston se transforman en cuanto cruzan la puerta. Es como si hubieran entrado en su hábitat natural. Se mueven con una fluidez y seguridad que hace que se me seque la boca, intercambiando miradas que comunican más que las palabras. Weston inspecciona el equipamiento con esos dedos largos y hábiles, revisando cada arma con una precisión que me pone la piel de gallina, mientras Easton configura nuestro carril con movimientos tan gráciles que parece una danza letal.

Cuando Easton coge su pistola y la revisa con esa familiaridad íntima de quien ha dependido de un arma para sobrevivir, algo caliente y líquido se extiende por mi vientre. Hay algo devastadoramente atractivo en ver a un hombre completamente en control de algo tan peligroso, en esa confianza silenciosa que irradia cuando sabe exactamente lo que hace.

Weston se coloca a unos metros de distancia, y aunque no dice nada, puedo sentir cómo nos vigila. No es una vigilancia incómoda; es protectora, territorial, como si él fuera responsable de nuestra seguridad. Cuando se cruza de brazos y esos músculos se marcan bajo la camiseta, tengo que recordarme que debo respirar.

Estos hombres son letales. Y eso los hace irresistiblemente atractivos.

—Muy bien, princesa —dice Easton, colocándose tan cerca de mí que puedo sentir el calor de su cuerpo como una caricia—. Primer paso: la postura.

Sus manos se posan en mis hombros, ajustándome la posición con esa seguridad natural que hace que mi cerebro se desconecte por completo. Su toque es firme pero gentil, y cuando sus dedos rozan mi cuello al mover mi pelo hacia un lado, tengo que morderme el labio para no gemir.

—Pies separados hasta el ancho de los hombros —murmura cerca de mi oído, y su aliento cálido me provoca una descarga eléctrica que va directa a mi estómago—. Eso es. Ahora inclínate ligeramente hacia adelante, como si fueras a enfrentarte a una tormenta.

Obedezco, y siento cómo su cuerpo se alinea detrás del mío, tan cerca que prácticamente me está abrazando. Huele a esa colonia que me vuelve loca mezclada con algo puramente masculino que hace que se me seque la boca.

—Perfecto —dice, y hay algo en su voz que suena más íntimo de lo que debería para una clase de tiro—. Ahora vamos con el arma.

Coloca la pistola en mis manos, sus dedos entrelazándose con los míos para mostrarme el agarre correcto. Es más pesada de lo que esperaba, fría y sólida, con una presencia que demanda respeto.

—¿Nerviosa? —pregunta Easton, y puedo oír la sonrisa en su voz.

—¿Debería estarlo? —respondo, intentando sonar más segura de lo que me siento.

—Solo si no confías en mí —dice, y hay algo serio en su tono que me hace mirarlo por encima del hombro.

Sus ojos están fijos en los míos, tan cerca que puedo ver las motas doradas que los salpican como estrellas. Hay algo en su expresión que me roba el aliento: intenso, protector, pero también hambriento.

—Confío en ti —susurro, y es la verdad más honesta que he dicho en años.

Su sonrisa se suaviza hasta convertirse en algo que me llega hasta los dedos de los pies.

—Bien. Ahora, levanta el arma. Brazos extendidos, pero no rígidos. Imagina que estás sosteniendo algo precioso que no quieres romper.

Sigo sus instrucciones, sintiendo cómo sus manos cubren las mías, guiándome con esa paciencia infinita que no esperaba de un hombre que sé que es letal.

—Mira a través de la mira —continúa, su voz es ahora un murmullo grave que me vibra contra la espalda—. Alinea las dos rayas con el blanco. Respira profundo, mantén y aprieta el gatillo cuando exhales.

El disparo resuena como un trueno, y el retroceso me empuja hacia atrás, directamente contra el pecho de Easton. Sus brazos se cierran alrededor de mí instintivamente, estabilizándome, y por un momento nos quedamos así: yo pegada a él, sintiendo cómo su

corazón late contra mi espalda con un ritmo acelerado que coincide perfectamente con el mío.

—Madre mía —murmuro, mirando el blanco donde mi disparo ha dado justo en el borde del centro—. Eso ha sido…

—Increíble —termina Easton, y cuando me giro en sus brazos, veo una expresión en sus ojos que me corta la respiración: orgullo —. Eres increíble.

Estamos demasiado cerca. Puedo ver cada detalle de su cara: las pequeñas arrugas de expresión alrededor de sus ojos, la cicatriz casi imperceptible en su ceja izquierda, la forma en que sus labios se entreabren ligeramente como si fuera a decir algo pero las palabras se hubieran perdido en el camino.

El tiempo se ralentiza como en las películas. Su mano sube hasta mi mejilla, el pulgar acariciando mi pómulo con una ternura que contrasta brutalmente con el entorno de violencia controlada que nos rodea.

—Bella —dice mi nombre como una oración, y antes de que pueda procesar lo que está pasando, sus labios están sobre los míos.

Es como tocar un cable eléctrico. La descarga me recorre desde la punta de los dedos hasta la raíz del pelo, y de repente mi cuerpo cobra vida de una forma que no había experimentado jamás. Sus labios son suaves pero demandantes, moviéndose contra los míos con una seguridad que me derrite completamente.

Me oigo gemir contra su boca, y es como si ese sonido hubiera roto algún tipo de barrera entre nosotros. Sus brazos me aprietan contra él hasta que no queda ni un centímetro de espacio entre nosotros, y yo paso las manos por su pelo, tirando ligeramente de los mechones dorados hasta que gruñe contra mis labios.

Sabe a café y a algo dulce, a menta y a posibilidades infinitas. Su lengua roza la mía tentadoramente, y cuando profundiza el beso, siento como si estuviera desintegrándome de la mejor forma posible.

Podría quedarme así para siempre, perdida en el calor de su boca, en la solidez de sus brazos, en la forma en que me hace sentir como si fuera la cosa más preciosa del mundo. Pero entonces una sensación extraña me cosquillea en la nuca, esa sensación primitiva de estar siendo observada.

Abro los ojos y me separo de Easton lo suficiente para mirar por encima de su hombro.

Weston está ahí, de pie junto al mostrador de munición, con los ojos fijos en nosotros. Pero no hay sorpresa en su expresión, ni molestia, ni celos. Solo una intensidad que me llega hasta los huesos, como si estuviera viendo exactamente lo que esperaba ver.

Como si estuviera… disfrutándolo.

Me separo de Easton bruscamente, el calor subiéndome por el cuello como una llamarada. El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que se oye en todo el campo de tiro.

—Yo… lo siento —balbuceo, aunque no estoy segura de por qué me disculpo—. No debería haber…

—¿Por qué? —pregunta Easton, y su voz suena más ronca de lo normal—. ¿Por qué no deberías?

Miro hacia Weston otra vez, esperando ver algún tipo de emoción en su cara. Enfado, celos, algo que me diga que le importa que acabe de besar a su… ¿novio? ¿Compañero? No sé qué son el uno para el otro, pero está claro que son algo.

Pero Weston simplemente asiente hacia nosotros y sigue revisando el equipo como si nada hubiera pasado. Como si no le importase lo más mínimo que haya besado a otro hombre.

Y eso me duele más de lo que debería.

Esa noche, después de una cena silenciosa donde yo no podía parar de pensar en el beso y ellos actuaban como si no hubiera pasado nada, me encierro en mi habitación con un libro que no consigo leer.

¿Qué me pasa? ¿Cómo puedo estar sintiendo esto por dos hombres al mismo tiempo?

Es imposible. Las mujeres normales no se sienten atraídas por dos personas a la vez. Y definitivamente no se fijan en dos hombres que obviamente están juntos y que simplemente me toleran como parte de su trabajo.

Porque eso es lo que soy para ellos, ¿verdad? Un trabajo. Una responsabilidad. Y si Weston no tuvo ningún problema en verme besar a Easton, es porque no siente nada por mí. Para él,

probablemente solo soy la princesa problemática que tienen que mantener a salvo.

El problema es que no puedo dejar de pensar en ambos. En la forma en que Easton me besó como si fuera lo único que necesitara en el mundo. Y en la forma en que Weston me mira como si pudiera ver mi alma. Y en lo mucho que deseaba que él también me besase.

Estoy jodida. Completamente, irremediablemente jodida.

EASTON

—¿En serio no tienes nada que decir sobre lo que ha pasado esta tarde? —le pregunto a Weston mientras revisamos los informes de seguridad en el salón.

Weston levanta la vista del portátil, y hay algo en sus ojos que no logro interpretar. Algo que se parece peligrosamente a la vulnerabilidad.

—¿Sobre qué? ¿Sobre que besaste a Arabella?

—Sobre que besé a Arabella y tú nos estabas mirando como si fuera exactamente lo que esperabas que pasara.

Se queda en silencio durante unos segundos, y luego cierra el portátil despacio. Cuando me mira, veo algo que rara vez aparece en el rostro de Weston Torres: inseguridad.

—Estaba claro —dice finalmente, pero hay algo tenso en su voz—. Era obvio que iba a pasar. Ella te quiere a ti, East.

Me quedo mirándolo, procesando lo que acaba de decir.

—¿Me quiere a mí? ¿Solo a mí?

—¿Has visto cómo te mira? —dice, levantándose y empezando a caminar por el salón como un león enjaulado—. Se derrite cuando le sonríes. Se ríe con todo lo que dices. Contigo es diferente. Cercana.

—Weston.

—Conmigo apenas habla —continúa, y hay algo amargo en su tono—. Me mira como si fuera un problema que tiene que soportar. Como si fuera demasiado serio, demasiado intimidante, demasiado frío.

Me levanto y me acerco hasta estar frente a él, porque ahora entiendo lo que está pasando por su cabeza.

—¿Estás de coña? —le digo, y mi voz sale más alta de lo que pretendía—. Wes, ¿de verdad no ves cómo te mira?

Se detiene y me mira con el ceño fruncido.

—¿Cómo me mira?

—Como si fueses un pastel —respondo, y veo el momento exacto en que mis palabras impactan en él—. Joder, tío, ayer en el campus, cuando te acercaste a ella para ayudarla, pensé que ibas a besarla ahí mismo delante de todo el mundo.

—Eso no significa que ella sienta lo mismo.

—¿En serio? —Me río, porque es ridículo que un hombre tan observador pueda estar tan ciego cuando se trata de sí mismo—. Weston, cuando te vio llegar sudado de correr el otro día, se puso tan roja que pensé que le iba a dar algo. ¿Tengo que recordarte que luego se quedó mirando cómo te desnudabas? Tú mismo me lo contaste.

Sus ojos se oscurecen al recordar ese momento.

—Eso era curiosidad. Nada más.

—Era lujuria, hermano —le corrijo—. Lujuria pura y dura. Y cuando se dio cuenta de que estabas mirando hoy, no estaba avergonzada porque me hubiera besado. Estaba avergonzada porque había esperado que te molestaras. Porque quería que te molestaras.

Weston se queda muy quieto, y puedo ver cómo procesa lo que le digo en su cabeza.

—¿Crees que...?

—Creo que nuestra princesita se siente atraída por los dos —digo, sintiendo cómo la certeza se asienta en mi pecho—. Creo que se está volviendo loca porque piensa que no puede tenernos. Y creo que cuando se dé cuenta de que sí puede, de que la queremos los dos, va a ser la cosa más hermosa del mundo.

Por primera vez en días, veo algo que podría ser esperanza en los ojos de Weston.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy seguro —respondo—. Solo tenemos que demostrarle que estaba equivocada. Que lo que queremos es tenerla entre nosotros. Que no tiene que elegir.

CAPÍTULO 13

ARABELLA

La videollamada con mi padre me ha dejado con un dolor de cabeza que me pulsa en las sienes como un tambor insistente. Tres minutos de conversación han sido suficientes para recordarme por qué necesitaba alejarme de toda esa perfección del protocolo real.

—Necesito que recojas unos documentos del bufete Hartwell & Associates —ha dicho con esa voz fría que usa cuando me está dando órdenes disfrazadas de peticiones—. Es un asunto delicado relacionado con las propiedades de la Corona en Estados Unidos.

Genial. Otra vez haciendo de mensajera real, como si no fuera más que una secretaria de la corona. Es exactamente el tipo de tarea que odio: oficial, pero sin importancia, necesaria pero degradante. El tipo de encargo que me recuerda que, para mi padre, soy útil solo como extensión de su autoridad. Que la carrera que he estudiado le trae sin cuidado.

—¿Lista para nuestra misión? —pregunta Easton desde el pasillo, y su voz tiene esa calidez familiar que hace que algo se derrita en mi pecho.

—Lista —respondo, cogiendo mi bolso e intentando no mirar demasiado tiempo la forma en que los vaqueros se le pegan a esas piernas largas.

Todavía no me acostumbro a que ellos vayan vestidos de forma tan informal, aunque no puedo negar que me vuelve loca.

El vestíbulo del edificio Hartwell bulle de actividad cuando llegamos. Hay hombres trajeados que hablan por el móvil como si el mundo fuera a acabarse, mujeres con tacones que repican contra el mármol como metrónomos de guerra, y el murmullo constante de

voces que se mezclan con el sonido de los ascensores abriéndose y cerrándose.

—El edificio tiene veintisiete plantas —dice Weston mientras nos dirigimos hacia los ascensores—. Las oficinas están en la veinticinco.

Cuando las puertas del ascensor se abren, veo que ya hay algunas personas dentro, pero nada preocupante. Subimos los tres, y por un momento el espacio se siente cómodo, manejable.

Entonces el ascensor se detiene en la segunda planta.

Entran dos personas más.

En la cuarta planta: una mujer con un perfume tan fuerte que me hace arder la garganta.

Sexta planta: tres personas que charlan animadamente sobre una reunión.

Con cada parada, el espacio se vuelve más pequeño, más claustrofóbico. El murmullo de las conversaciones se intensifica, mezclándose con el sonido de móviles y el roce de telas. El aire se espesa con perfumes y colonias que se mezclan en una combinación nauseabunda.

Décima planta: dos hombres más que hablan de cifras de ventas en voces demasiado altas para el espacio cerrado.

Y de repente me doy cuenta de que estoy apretada contra desconocidos por todos lados.

Mi respiración se acelera, y no de la manera bonita. El corazón se me dispara como si acabara de echar a correr, pero es el pánico lo que me está invadiendo. Hay demasiada gente, demasiado cerca, demasiados cuerpos desconocidos rozándome sin permiso.

Siempre he odiado esto. Las multitudes, los espacios pequeños llenos de extraños. Demasiados años de eventos oficiales donde la gente se acerca como si mi espacio personal fuera de dominio público, donde me tocan y me empujan como si fuera un objeto en lugar de una persona.

Un hombre a mi izquierda se inclina para alcanzar los botones y su brazo me roza el hombro. Una mujer detrás de mí se acerca más para hacer sitio a alguien y siento su bolso presionándome la espalda. El aire se vuelve espeso, difícil de respirar.

Sin pensarlo conscientemente, me muevo hacia delante, buscando aire, espacio, cualquier cosa que no sea este agobio. Mi cuerpo choca contra algo sólido y familiar: el pecho de Weston.

Al mismo tiempo, siento la presencia cálida de Easton detrás de mí, tan cerca que puedo oler su colonia mezclada con algo puramente suyo.

De repente, estoy completamente rodeada por ellos. Protegida. Escondida del resto del mundo en un capullo de seguridad masculina.

Y por primera vez desde que el ascensor se llenó, puedo respirar.

—Mírame —dice Weston en voz baja, y cuando levanto la vista veo sus ojos oscuros fijos en los míos con una intensidad que me corta la respiración—. Solo a mí. Respira. Estás con nosotros. Nadie te va a hacer nada.

Su voz tiene esa cualidad grave que me vibra por toda la columna vertebral, calmante pero también increíblemente masculina. Hay algo en su mirada que es puramente protector, como si fuera personalmente responsable de mi bienestar.

—Respira conmigo —continúa, y puedo ver cómo su pecho sube y baja con cada inhalación controlada—. Dentro... fuera. Eso es.

Obedezco, sincronizando mi respiración con la suya, y poco a poco el nudo de ansiedad en mi pecho se va desatando. Easton no dice nada, pero siento su presencia sólida a mi espalda, una barrera entre yo y el resto del mundo. Entre los dos han creado una burbuja de seguridad alrededor de mí sin que tuviera que pedírselo.

—Gracias —susurro, y mi voz sale más temblorosa de lo que pretendía.

Pero entonces, cuando mi pánico se calma, empiezo a ser consciente de otras cosas.

Como, por ejemplo, de lo cerca que están.

Como el calor que irradia el cuerpo de Weston a escasos centímetros del mío.

Como la forma en que puedo sentir cada movimiento de Easton detrás de mí, su respiración rozándome el cuello como una caricia.

Como el olor de ambos me envuelve: colonia cara mezclada con algo puramente masculino que me hace la boca agua.

El ascensor se detiene en la planta quince, varias personas salen, hay más espacio ahora. Pero ninguno de los dos se mueve. Si acaso, la intensidad en los ojos de Weston aumenta, como si pudiera leer cada pensamiento que se me está pasando por la cabeza.

Mi respiración se acelera, pero esta vez no es por la ansiedad. Es por la forma en que el calor de sus cuerpos me envuelve como un capullo. Por cómo me siento pequeña y protegida entre estos dos hombres enormes. Por la manera en que Easton se inclina ligeramente hacia delante, lo suficiente para que sienta su aliento en mi oreja.

—¿Mejor? —pregunta Weston en voz baja, y hay algo en su tono que hace que se me erice la piel.

Asiento, aunque «mejor» se queda corto para describir lo que estoy sintiendo. Estoy excitada. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo está alerta, hiperconsciente de cada punto donde estamos casi tocándonos. La solidez del pecho de Weston a centímetros del mío, el calor que irradia Easton a mi espalda.

El ascensor continúa subiendo. Planta veinte, veintiuno, veintidós…

Y ninguno se mueve.

Cierro los ojos e intento concentrarme en algo que no sea la forma en que mi cuerpo está reaccionando a su proximidad. Pero es inútil. Puedo sentir el latido de mi pulso acelerándose, el calor que se extiende por mi vientre como miel caliente. La necesidad traicionera que me está creciendo entre las piernas, despertada por nada más que la sensación de estar completamente protegida y rodeada por estos dos hombres.

—Planta veinticinco —anuncia la voz automática del ascensor, y el sonido me sobresalta como si me hubieran despertado de un sueño.

Las puertas se abren, y de repente la burbuja se rompe. Easton se aparta, ofreciéndome su brazo con esa cortesía natural suya. Weston da un paso atrás, creando espacio entre nosotros.

Salgo del ascensor con las piernas que me tiemblan como si acabara de correr, cuando lo único que he hecho es estar de pie entre dos hombres durante dos minutos.

Pero han sido los dos minutos más intensos de mi vida.

Mientras caminamos por el pasillo hacia las oficinas del bufete, me doy cuenta de algo que me aterroriza y me emociona a partes iguales: ya no puedo seguir negándomelo a mí misma.

Les deseo a los dos.

EASTON

Observo a Bella mientras firma los documentos en la recepción del bufete, estudiando cada microexpresión de su cara. Hay algo diferente en ella desde que salimos del ascensor, algo que me pone la piel de gallina de la mejor manera posible.

Está más callada de lo normal, pero no es el silencio enfurruñado que usaba como arma contra nosotros al principio. Es algo más consciente, más despierto. Como si algo hubiera hecho clic en su cabeza.

Y creo que sé exactamente qué ha sido.

La forma en que se pegó a nosotros en el ascensor, cómo su respiración cambió cuando estuvimos tan cerca. No era solo alivio por la protección. Era excitación. Pura y simple.

Cuando terminamos con los documentos y volvemos al ascensor, me acerco a Weston para que solo él pueda escucharme.

—¿Lo has visto? —murmuro mientras esperamos.

—¿El qué? —pregunta, pero hay algo en su voz que me dice que lo sabe perfectamente.

—Cómo nos miraba ahí dentro. Cómo reaccionó cuando estuvimos cerca.

Weston me mira de reojo, y por primera vez en días veo algo que podría ser esperanza en sus ojos.

—¿Crees que…?

—Creo que nuestra princesa acaba de darse cuenta de que nos quiere a los dos —digo con una sonrisa que no puedo contener—. Y creo que eso la está volviendo loca.

El ascensor llega, y esta vez va vacío. Bella se sube sin mirarnos, pero puedo ver el rubor en sus mejillas, la forma en que evita estar demasiado cerca de nosotros.

Como si no se fiara de sí misma.

Joder, esto va a ser divertidísimo.

CAPÍTULO 14

ARABELLA

Me despierto con el olor a mantequilla y azúcar glass flotando por todo el ático, una combinación que me hace sonreír antes de abrir completamente los ojos. Es sábado por la mañana, lo que significa que no hay clases, no hay obligaciones oficiales, solo un día lleno de… posibilidades.

Cuando salgo de mi habitación, me encuentro la mesa del comedor convertida en una pequeña explosión de color rosa y dorado. Easton está de pie junto a ella con una sonrisa que podría competir con el sol de la mañana, y delante de él hay una colección de cajas de la cafetería más bonita de Manhattan.

Sweet Dreams Café. El sitio rosa donde pensé que se sentiría incómodo y donde terminó enamorándose de cada pastel como si fuera una obra de arte.

—Buenos días, princesa —dice, y la diversión en su voz me hace saber inmediatamente que están tramando algo—. He pensado que te merecías empezar el día con algo especial.

El corazón se me acelera, no solo por el detalle, sino por la forma en que me mira. Como si hubiera estado esperando a que me despertara para poder sorprenderme. Como si mi felicidad fuera genuinamente importante para él.

—¿Qué es todo esto? —pregunto, acercándome a la mesa donde las cajas desprenden ese aroma a mantequilla y vainilla que me hace la boca agua.

—Es el desayuno de los campeones —dice Weston desde la cocina, apareciendo con una taza de café que huele a gloria pura—. Vas a necesitar energía para lo que tenemos planeado para hoy.

Se me tensa el estómago con anticipación. Durante la última semana he aprendido que cuando estos dos tienen esa expresión, significa que mi zona de confort está a punto de ser pulverizada.

—¿Qué tenéis planeado? —pregunto, completamente emocionada.

Easton abre la primera caja, revelando unos cupcakes con cobertura rosa y flores comestibles que parecen joyas. La segunda contiene macarons dorados que brillan como pequeños soles.

—¿Habéis comprado toda la cafetería? —pregunto, riéndome a pesar de mí misma.

—Solo lo mejor para nuestra aventurera favorita —dice Easton, guiñándome un ojo—. Porque después del desayuno, nos vamos a hacer puenting.

Se me para el corazón durante un segundo completo.

—¿Puenting? —Mi voz sale como un chillido—. ¿En serio?

Weston se acerca y coloca la taza de café entre mis manos; sus dedos rozan los míos durante una fracción de segundo que me envía descargas eléctricas por todo el brazo.

—En serio —responde con esa voz grave que me hace cosquillas por toda la columna—. ¿No era eso lo que querías? ¿Vivir aventuras?

Sí, eso era exactamente lo que quería. Lo que puse en mi lista con la esperanza secreta de que me dijeran que no, de que fuera demasiado peligroso, demasiado extremo. Pero aquí estoy, con dos hombres que aparentemente están dispuestos a cumplir cada una de mis fantasías más salvajes.

Y eso me aterroriza tanto como me emociona.

Tres horas después, estoy de pie en una plataforma a sesenta metros de altura, con el viento azotándome el pelo y el estómago hecho un nudo de nervios que no tiene nada que ver con las alturas.

El paisaje que se extiende bajo nosotros es impresionante: un valle verde salpicado de árboles que parecen juguetes desde esta altura, un río que serpentea como una cinta plateada y el cielo más azul que he visto jamás. Debería estar disfrutando de las vistas, pero

mi cerebro está concentrado en el arnés que me está ajustando el instructor.

—Relájate, cariño —dice el instructor, un hombre de mediana edad con acento sureño y manos expertas—. Es como volar, pero mejor.

—No quiero volar —murmuro, sintiendo cómo las correas se ajustan alrededor de mis muslos y cintura—. Los humanos no están hechos para volar.

—Eso díselo a los Wright Brothers —dice Easton desde detrás de mí, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Vas a estar bien, Bella. Es pura adrenalina.

Es fácil de decir para él, que está ahí de pie como si estuviéramos a punto de dar un paseo por el parque en lugar de lanzarnos al vacío con solo una cuerda impidiendo que nos estampemos contra el suelo.

—Muy bien, señorita —dice el instructor, dando un último tirón a las correas—. Todo ajustado. ¿Estás lista?

—No —respondo automáticamente, mirando hacia abajo al vacío que se abre bajo mis pies.

De repente, el aire parece más fino, la plataforma más pequeña. Las rodillas me tiemblan como si tuviera fiebre, y el corazón me late tan fuerte que estoy segura de que se oye por todo el valle.

¿En qué demonios estaba pensando cuando puse esto en mi lista?

—Ey —la voz grave de Weston aparece justo a mi lado, y cuando me giro veo que se está ajustando su propio arnés con movimientos precisos y seguros—. ¿Todo bien?

—Perfectamente —miento, porque admitir que estoy aterrorizada delante de estos dos hombres que probablemente han hecho cosas mil veces más peligrosas es humillante.

Y mucho más después de ser yo la que propuso hacer esta locura en primer lugar.

Pero algo en mi expresión debe delatarme, porque Weston se acerca al instructor.

—¿Podéis atarnos juntos? —pregunta, señalándonos a los dos—. Es su primera vez.

El estómago se me cae hasta los pies.

—¿Crees que soy una cagada? —le espeto, la vergüenza convirtiéndose en rabia en cuestión de segundos—. ¿Crees que no puedo hacerlo sola?

Weston me mira con esos ojos oscuros que parecen ver todo, incluyendo la mentira que acaba de salir de mi boca.

—Creo que eres la mujer más valiente que conozco —dice con una calma que contrasta brutalmente con mi histeria creciente—. Y creo que tienes miedo. Y está bien tener miedo, Arabella.

La forma en que dice mi nombre, con esa intensidad grave que me llega hasta los huesos, hace que algo se quiebre en mi pecho. De repente, todas las emociones que he estado reprimiendo durante días explotan como una bomba.

—¿Bien? —Mi voz sale más alta de lo que pretendía—. ¿Está bien tener miedo cuando llevo años fingiendo que no tengo miedo de nada? ¿Está bien tener miedo cuando se supone que soy una mujer independiente que puede con todo? ¿Está bien tener miedo cuando vosotros probablemente habéis saltado de aviones y…?

Las palabras mueren en mi garganta porque de repente Weston está directamente frente a mí, tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos casi negros. Hay algo en su expresión que me roba el aliento: feroz, protector, y completamente concentrado en mí.

—Arabella —dice mi nombre como una advertencia, y antes de que pueda procesar lo que está pasando, sus manos están en mi cara y sus labios sobre los míos.

El mundo desaparece.

No hay plataforma, no hay altura, no hay miedo. Solo la presión firme de sus labios contra los míos, el sabor a café y menta y algo puramente masculino que me hace gemir contra su boca. Es diferente al beso de Easton: donde Easton era calor y dulzura, Weston es pura intensidad contenida, como si hubiera estado esperando este momento durante años.

Sus manos se deslizan desde mi cara hasta mi pelo, los dedos enredándose en los mechones cobrizos mientras profundiza el beso con una desesperación que me llega hasta los dedos de los pies. Sin

pensarlo, mis propias manos se aferran a su camisa, tirando de él hacia mí como si fuera lo único que me mantiene con vida.

Sabe a promesas oscuras y a seguridad absoluta. A todo lo que he estado buscando sin saber que lo estaba buscando. Cuando su lengua roza la mía, una descarga eléctrica me recorre desde la coronilla hasta la punta de los dedos, y de repente entiendo por qué la gente escribe canciones sobre los besos.

No quiero que termine. Podría quedarme aquí para siempre, perdida en el calor de su boca, en la solidez de sus brazos, en la forma en que me hace sentir como si fuera la única mujer en el mundo.

Pero entonces el sonido de alguien carraspeando nos devuelve a la realidad.

Weston se separa lentamente, pero no se aleja. Sus manos siguen en mi pelo, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me hace temblar las piernas.

—¿Mejor? —pregunta, y su voz sale más ronca de lo normal.

Solo entonces me doy cuenta de que mi respiración se ha calmado, que mi corazón late deprisa, pero por razones completamente diferentes ahora. El pánico ha desaparecido, reemplazado por algo mucho más cálido y líquido.

—Sí —susurro, porque es la verdad.

Una sonrisa lenta se extiende por su cara, transformando completamente sus rasgos.

—Bien. Porque ahora que ya estás más calmada —dice, asegurando el último mosquetón que nos conecta juntos—, tenemos que tirarnos, princesa.

La forma en que dice «princesa» hace que se me derritan las rodillas. No es condescendiente. Es posesivo. Íntimo. Como si fuera completamente suya.

—Confía en mí —añade, y hay algo en su voz que hace que sepa, sin lugar a dudas, que lo hago—. Jamás voy a dejar que te suceda nada malo.

Y antes de que pueda pensarlo demasiado, antes de que el miedo pueda volver a apoderarse de mí, estamos cayendo.

El viento nos azota como una fuerza viva, robándome el aliento y haciendo que se me salga el corazón por la garganta. Por un segundo aterrador, siento como si estuviéramos cayendo sin control, como si la cuerda fuera a romperse y fuéramos a estrellarnos contra el suelo.

Pero entonces los brazos de Weston se cierran alrededor de mí, tan firmes y seguros como los cables de acero que nos sostienen, y de repente no es terror lo que siento.

Es libertad pura.

El mundo pasa volando a nuestro lado en una explosión de color y velocidad. El viento me roba los gritos de euforia que no sabía que podía hacer. La adrenalina me corre por las venas como mercurio líquido, haciendo que cada terminación nerviosa de mi cuerpo cobre vida.

Y durante todo el tiempo, Weston está ahí. Sólido, implacable, completamente en control. Sus brazos son mi ancla en el caos, su respiración constante contra mi cuello mi recordatorio de que estoy a salvo.

Cuando finalmente nos detenemos, suspendidos sobre el valle como pájaros, me doy cuenta de que me estoy riendo. Una risa incontrolable, eufórica, que sale de algún lugar profundo de mi cuerpo.

—Dios —jadeo, girándome en sus brazos para mirarlo—. Eso ha sido...

—Increíble —termina, y hay algo en sus ojos que me hace saber que no está hablando solo del salto.

Estamos suspendidos en el aire, balanceándonos suavemente, y por un momento el resto del mundo desaparece. Solo existimos nosotros dos, envueltos en arneses y adrenalina y algo que se siente peligrosamente parecido a la felicidad.

—Gracias —susurro, y no es solo por el puenting.

Es por hacerme sentir valiente. Por besarme cuando más lo necesitaba. Por estar ahí, sólido e implacable, cuando pensé que me iba a caer.

Su sonrisa es lenta y devastadora.

—De nada, princesa. Aunque algo me dice que esto es solo el principio.

Y mientras nos izan de vuelta hacia la plataforma, con el corazón aun latiendo a toda velocidad y el sabor de Weston todavía en mis labios, me doy cuenta de que tiene razón.

Esto es solo el principio.

Y por primera vez en mi vida, no puedo esperar a ver qué viene después.

CAPÍTULO 15

ARABELLA

La adrenalina me corre por las venas como champán burbujeante, haciendo que cada paso que doy por el sendero de montaña se sienta como si estuviera flotando. Todavía no puedo creer que lo haya hecho. Que realmente me haya tirado desde sesenta metros de altura y haya vivido para contarlo.

Mejor aún: que me haya encantado.

El aire fresco de la montaña me llena los pulmones con cada respiración, llevándose consigo los últimos restos del miedo que sentía hace una hora. Los árboles que nos rodean parecen más verdes, el cielo más azul, como si alguien hubiera ajustado el brillo del mundo después de mi salto.

—No puedo creer que quiera hacerlo otra vez —digo, prácticamente rebotando mientras caminamos de vuelta hacia la plataforma—. Es como… es como si hubiera descubierto algo que no sabía que amaba.

Easton se ríe desde mi izquierda, y el sonido me envuelve como miel cálida.

—Esa es la magia de vivir al límite, princesa. Una vez que pruebas esa sensación de estar completamente viva, todo lo demás parece poco.

Asiento con entusiasmo, porque es exactamente eso. Durante esos segundos de caída libre, no había espacio en mi cerebro para preocuparse por protocolos o expectativas o lo que diría la prensa si me viera. Solo existía el momento puro, cristalino, de estar completamente presente en mi propio cuerpo.

Aunque si soy honesta conmigo misma, no estoy segura de si lo que me tiene tan alterada es el puenting en sí o lo que pasó justo

antes.

El recuerdo del beso de Weston me golpea como una ola de calor que me recorre desde la nuca hasta la punta de los dedos de los pies. La forma en que sus labios se movieron contra los míos con esa intensidad contenida, como si hubiera estado esperando ese momento durante años. El sabor a café y promesas oscuras que aún puedo sentir en mi lengua cuando paso la punta por el labio inferior.

Dios. Me vuelve completamente loca.

Miro hacia él por el rabillo del ojo, estudiando el perfil de su cara mientras camina a mi derecha con esa elegancia controlada que me hace pensar en depredadores grandes. Hay algo diferente en él desde el salto, algo más relajado en la línea de sus hombros, como si hubiera resuelto alguna ecuación complicada en su cabeza.

Y tal vez la haya resuelto. Porque ahora tengo la certeza absoluta de que lo que siento por él no es solo atracción física. Es algo más profundo, más complicado. Es la forma en que me mira como si pudiera ver directamente a mi alma. La manera en que su voz puede calmar mis miedos con solo susurrar mi nombre. Cómo me hace sentir protegida y vista al mismo tiempo.

El problema es que siento exactamente lo mismo por Easton.

Y eso me hace sentirme como una persona horrible.

¿Qué tipo de mujer se siente atraída por dos hombres al mismo tiempo? ¿Qué tipo de mujer besa a uno y luego fantasea con besar al otro? En todas las novelas que he leído, las heroínas tienen que elegir entre dos pretendientes. Nunca hay una opción donde puedas tenerlos a los dos.

Porque eso sería codicia, ¿verdad?

Estoy tan perdida en mis pensamientos contradictorios que no veo la piedra suelta en el sendero hasta que es demasiado tarde. Mi pie derecho la pisa en el ángulo exacto que hace que se deslice, y de repente mi tobillo se dobla de una forma que definitivamente no es natural.

El dolor me atraviesa la pierna como un rayo eléctrico, tan intenso y repentino que me roba el aliento. Me tambaleo hacia delante, los brazos agitándose inútilmente mientras trato de mantener el

equilibrio, pero el mundo se inclina de una forma que no tiene nada que ver con las alturas.

Antes de que pueda caerme, dos pares de brazos me sostienen desde ambos lados.

—Joder, Bella —dice Easton, su voz perdiendo toda la diversión anterior—. ¿Estás bien?

No puedo responder inmediatamente porque el dolor me está subiendo por la pierna como fuego líquido. Cuando intento poner peso en el pie derecho, una nueva oleada de agonía me hace jadear.

—Mi tobillo —consigo articular entre dientes apretados—. Creo que me lo he torcido.

Weston no dice nada, pero puedo sentir cómo su cuerpo se tensa contra mi lado izquierdo. Antes de que pueda protestar, se agacha y me coge en brazos como si no pesara más que una pluma, manteniéndome contra su pecho con esos brazos que podrían levantar un coche.

—Nos vamos al médico —dice con esa voz autoritaria que no admite discusión—. Ahora.

El trayecto hasta las instalaciones médicas del complejo se me hace eterno, no solo por el dolor punzante que me late en el tobillo, sino por la forma en que estar en los brazos de Weston me hace sentir cosas que definitivamente no debería estar sintiendo mientras estoy lesionada.

Es imposible no ser consciente de cada punto donde mi cuerpo toca el suyo: el pecho sólido contra mi costado, los brazos fuertes que me mantienen segura, el olor a su colonia mezclado con el ligero sudor del ejercicio que hace que mi cerebro se desconecte de formas inapropiadas.

—Puedo caminar —miento, porque la verdad es que probablemente me desmayaría del dolor si intentara apoyar el pie.

—No —dice simplemente, y hay algo definitivo en su tono que me dice que no vale la pena discutir.

Así que simplemente me dejo cuidar.

La doctora del centro médico es una mujer de mediana edad con manos suaves y una sonrisa tranquilizadora que me recuerda a las enfermeras del palacio. Después de un examen que implica mucho

movimiento del tobillo en direcciones que me hacen ver las estrellas, anuncia su veredicto.

—Tienes un esguince de grado dos —dice, empezando a envolver mi pie con una venda elástica que huele a antiséptico—. No hay nada roto, pero vas a necesitar reposo absoluto durante al menos tres días. Nada de caminar a menos que sea estrictamente necesario.

El corazón se me cae hasta los pies. Tres días de reposo absoluto. Tres días pegada al sofá como una inválida mientras estos dos me vigilan como si fuera de cristal soplado.

—¿Tres días? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta—. ¿No hay algo que pueda hacer para acelerarlo?

—Nada —me interrumpe la doctora con esa firmeza amable que tienen los profesionales médicos—. Si intentas forzarlo, lo único que conseguirás es que la lesión tarde el doble en curarse. Necesitas descanso, hielo y mantenerlo elevado. Esa es la receta.

Cuando salimos del centro médico, con Weston cargándome otra vez como si fuera su trabajo de tiempo completo y lo disfrutase, no puedo evitar que la frustración me bulla en el pecho.

—Ni se os ocurra decirme que ahora, porque me haya torcido un estúpido tobillo, me vais a volver a meter en una jaula dorada —digo, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que sale automáticamente cuando me siento vulnerable—. No voy a vivir a partir de ahora como si fuera una muñeca rota.

Easton intercambia una mirada con Weston que no sé cómo interpretar.

—La vida tiene riesgos —dice finalmente, y hay algo serio en su voz que no había oído antes—. Y tú eres demasiado dura como para que una simple torcedura acabe contigo, princesa. No te vamos a tratar entre algodones.

La forma en que dice las palabras, con esa confianza absoluta en mi fuerza, hace que algo cálido y líquido se extienda por mi pecho. No es lástima lo que veo en sus ojos, ni esa condescendencia paternalista que estoy acostumbrada a recibir cuando algo va mal. Es respeto. Genuino, sólido respeto por mi capacidad de manejar las consecuencias de mis decisiones.

—Pero —continúa Weston, y puedo sentir el «pero» llegando como un tren de carga—, vas a hacer reposo como ha dicho la doctora. Sin discusión.

—¿Y si no quiero? —pregunto, porque aparentemente mi cerebro ha decidido ser desafiante incluso cuando estoy siendo literalmente cargada como un saco de patatas.

La sonrisa que se extiende por la cara de Weston es lenta y completamente predatoria.

—Entonces te vamos a hacer compañía las veinticuatro horas del día hasta que puedas caminar otra vez —dice con esa voz grave que me hace cosquillas por toda la columna—. Y algo me dice que tres días pegada al sofá con nosotros dos va a ser mucho más interesante de lo que te imaginas.

La forma en que dice «interesante» hace que se me seque la boca y que una corriente eléctrica me recorra desde la nuca hasta los dedos de los pies.

Mientras Weston me lleva hacia el coche, con Easton caminando a nuestro lado y esa sonrisa traviesa que significa problemas, me doy cuenta de que tal vez estar lesionada no va a ser tan malo como pensaba.

De hecho, algo me dice que los próximos tres días van a cambiar todo entre nosotros.

Y por primera vez desde que me torcí el tobillo, esa posibilidad me emociona más de lo que me asusta.

CAPÍTULO 16

ARABELLA

Los últimos tres días han sido los mejores de mi vida adulta, y eso debería preocuparme mucho más de lo que lo hace.

Estoy tumbada en el sofá principal del salón, con el tobillo vendado descansando sobre varios cojines y una manta de cachemira que Easton insistió en comprar porque «una princesa herida merece las mejores telas». Mi libro favorito está abierto en mi regazo, pero llevo diez minutos leyendo la misma página porque mi cerebro está demasiado ocupado procesando lo surrealista que ha sido todo esto.

Porque estos hombres, estos dos guardaespaldas que se suponía que iban a hacer mi vida imposible, se han convertido en los compañeros más atentos que he tenido jamás.

Easton está en la cocina preparando lo que ha anunciado como «el almuerzo perfecto para una princesa en recuperación», que probablemente significa alguna creación culinaria que va a saber a gloria pura. Durante los últimos tres días ha cocinado como si fuera su misión personal asegurarse de que no me falte ni un nutriente. Tortitas para desayunar, sopas caseras para almorzar, guisos que huelen tan bien que me hacen salivar desde el sofá.

Y Weston… Dios, Weston se ha revelado como el compañero de juegos más competitivo y divertido del mundo. ¿Quién iba a decir que un francotirador de élite sería absolutamente despiadado en el Monopoly? Me ha ganado dos veces, ha perdido una (y sospecho que me dejó ganar), y ahora tenemos una revancha pendiente al Scrabble que promete ser épica.

—¿Cómo va esa novela? —pregunta Easton desde la cocina, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Llevas un rato haciendo ruidos.

—Bien —miento, cerrando el libro y dejándolo en la mesita de café—. Aunque estaba pensando que podríamos ver una película esta tarde.

—Perfecto —dice Weston, apareciendo desde el pasillo con esa elegancia silenciosa suya—. ¿Cuál te apetece ver?

Aquí es donde normalmente cualquier hombre, incluido mi hermano, habría puesto esa cara de resignación dolorosa que significa «Por favor, que no sea una comedia romántica». Pero estos dos han visto conmigo tres películas de Nicholas Sparks sin quejarse ni una sola vez. Más aún: han hecho comentarios inteligentes sobre el desarrollo de los personajes, se han reído en los momentos apropiados, y Easton incluso se emocionó visiblemente durante la escena final de «El diario de Noa».

—Podemos ver alguna de acción si queréis —digo, porque empiezo a sentirme culpable por haberlos sometido a mi maratón de romance—. Algo con explosiones y persecuciones de coches.

Easton sale de la cocina con una expresión de sorpresa genuina.

—¿Estás segura? Pensaba que habías dicho que querías ver «El lago azul» esta tarde.

Lo he dicho. Y había estado esperando con ganas ver esa película clásica romántica sobre dos náufragos que se enamoran en una isla paradisíaca. Pero también he estado observando a estos hombres durante tres días, viendo cómo se adaptan a mis gustos sin una sola queja, y algo en mi pecho se contrae con una emoción que no sé identificar.

—Estaba pensando que —empiezo, pero Weston me interrumpe con una mirada que me corta la respiración.

—Bella —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre hace que se me erice la piel—. Si quieres ver «El lago azul», vamos a ver «El lago azul». No tienes que hacer concesiones por nosotros.

La sinceridad en su voz hace que algo se derrita en mi pecho. Durante toda mi vida, he estado acostumbrada a ceder, a adaptar mis gustos para hacer que otros se sintieran cómodos. Pero estos hombres parecen genuinamente interesados en lo que me hace feliz.

—¿En serio no os importa? —pregunto, porque todavía no puedo creerlo del todo.

—Princesa —dice Easton, acercándose al sofá con esa sonrisa devastadora—, tu felicidad es lo único que nos importa en este momento.

Dos horas después, estoy acurrucada entre los dos en el sofá más grande, con mi tobillo vendado descansando sobre las piernas de Weston y la cabeza apoyada contra el hombro de Easton, viendo a Brooke Shields y Christopher Atkins descubrir el amor en una playa paradisíaca.

Es la cosa más hogareña y perfecta que he experimentado jamás.

Puedo sentir el calor del cuerpo de Easton irradiando a través de su camiseta, el aroma de su colonia mezclado con algo puramente masculino que me hace querer acurrucarme más contra él. Su brazo está alrededor de mis hombros, no de forma posesiva sino protectora, como si fuera lo más natural del mundo.

Weston tiene una mano descansando suavemente sobre mi tobillo vendado, sus dedos trazando círculos inconscientes sobre la venda en un gesto que es probablemente automático, pero que me está mandando descargas eléctricas directamente a lugares que no debería estar pensando mientras veo una película.

—¿Te duele? —pregunta en voz baja cuando me muevo ligeramente para encontrar una posición más cómoda.

—No —susurro, porque la verdad es que el dolor del tobillo ha pasado a segundo plano desde que estoy tan cerca de ambos—. Está bien.

Pero no está bien. Nada de esto está bien, en el sentido de que debería sentirme culpable por estar disfrutando tanto de esta situación. Debería estar preocupada por lo mucho que me gusta estar entre estos dos hombres. Debería estar cuestionándome por qué me siento tan en casa, tan completa cuando estoy con ambos.

En lugar de eso, lo único que puedo pensar es en lo mucho que no quiero que estos tres días terminen.

En la pantalla, los protagonistas se están besando bajo la cascada, y puedo sentir cómo el corazón se me acelera de una forma que no tiene nada que ver con la película. Es por la forma en que el brazo de Easton se tensa ligeramente alrededor de mis hombros, como si él también fuera consciente de la tensión que se

está construyendo entre nosotros. Es por la manera en que la mano de Weston se detiene en sus caricias circulares, sus dedos presionando ligeramente contra mi piel a través de la venda.

Cuando los créditos empiezan a rodar, ninguno de nosotros se mueve. El silencio se alarga, no incómodo sino cargado de algo que no sé identificar pero que me hace sentir como si estuviera al borde de un precipicio.

—Debería llevarte a tu cama. Es tarde —dice Easton finalmente, y hay algo en su voz que suena más ronco de lo normal—. Mañana puedes volver a caminar, y necesitas descansar.

No quiero ir a mi cama. No quiero que termine este momento perfecto donde estoy rodeada del calor y la seguridad de estos dos hombres. Pero asiento porque es lo que se supone que debo hacer.

Easton se mueve con cuidado para no hacer daño a mi tobillo, luego me coge en brazos con esa facilidad que hace que me sienta pequeña y protegida. Sus brazos son sólidos alrededor de mí, y aprovecho el trayecto hasta mi habitación para memorizar la sensación: el calor de su pecho contra mi costado, el olor a su champú cuando apoyo la cabeza contra su cuello, la forma en que sus músculos se flexionan bajo mi peso.

Cuando llegamos a mi habitación, espero que me deposite en la cama y se vaya. En su lugar, se detiene junto a la puerta y me mira con esos ojos color miel que ahora brillan con algo que hace que se me seque la boca.

—¿Te apetece ver una última película? —pregunta, y hay algo tentativo en su tono que me sorprende—. Aquí, en tu cama. Más cómodo para tu tobillo.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—¿En serio? —Mi voz sale más ahogada de lo que pretendía.

—Solo si quieres —dice rápidamente, como si pensara que podría rechazarlo—. Podemos poner algo en la televisión de tu habitación, así cuando te duermas nos podemos ir.

—Sí —lo interrumpo antes de que pueda cambiar de opinión—. Me encantaría.

Su sonrisa es tan brillante que podría competir con el sol.

—Perfecto. Déjame que busque a Weston.

Me deposita suavemente en mi cama, ajustando las almohadas detrás de mi espalda y colocando cuidadosamente mi tobillo sobre un cojín. Luego sale al pasillo, y oigo su voz llamando a Weston.

Durante los cinco minutos que tardan en volver, mi cerebro funciona a mil por hora. Van a estar aquí. En mi cama. Los dos. Conmigo.

Es absolutamente inocente, me digo. Solo vamos a ver una película. Como amigos. Como… lo que sea que somos. Es lo mismo que llevamos haciendo durante tres días en el sofá. No hay nada diferente.

Pero cuando vuelven, Weston cargado con mantas extras y Easton con un cuenco enorme de palomitas, y cuando se colocan uno a cada lado de mí en la cama king-size, con cuidado de no tocar mi tobillo lesionado, siento que esto es cualquier cosa menos inocente.

Es íntimo. Es perfecto. Y es exactamente donde quiero estar.

—¿Qué vamos a ver? —pregunta Weston, cogiendo el mando a distancia y navegando por las opciones.

—Lo que queráis —respondo, porque la verdad es que no me importa lo más mínimo qué pongamos. Solo me importa que están aquí, flanqueándome en mi cama como si fuera el lugar más natural del mundo.

Easton elige una comedia romántica que he visto mil veces, y mientras el logo de la productora aparece en pantalla, me acurruco entre ellos con una sensación de bienestar tan completa que me da miedo.

Porque esto no puede durar para siempre. Mañana mi tobillo estará mejor, y volveremos a la normalidad. Volveré a ser su trabajo, y ellos volverán a ser mis guardaespaldas.

Pero por esta noche, por estas pocas horas preciosas, puedo fingir que esto es real. Que pertenezco aquí, entre estos dos hombres extraordinarios que me hacen sentir como si fuera la cosa más preciosa del mundo.

Y mientras la película empieza y siento el calor de sus cuerpos a ambos lados del mío, me permito creer, solo por un momento, que

tal vez esto no tiene por qué terminar nunca.

CAPÍTULO 17

WESTON

La luz dorada del amanecer se filtra a través de las cortinas, creando patrones danzantes en las paredes de la habitación de Arabella. Es lo primero que veo cuando abro los ojos, pero eso no es lo que capta completamente mi atención.

Es ella.

Arabella está acurrucada contra mi pecho, con la cabeza apoyada en el hueco de mi hombro y una mano descansando sobre mi corazón. Su pelo castaño rojizo se derrama como seda líquida sobre mi brazo, y puedo sentir cada una de sus respiraciones suaves contra mi cuello. Huele a esa mezcla embriagadora de champú de vainilla y algo puramente femenino que hace que mi cuerpo despierte de formas que definitivamente no debería cuando estoy compartiendo cama con la mujer que se supone que debo proteger.

Me quedo completamente inmóvil, memorizando cada detalle de este momento. La forma en que sus pestañas proyectan sombras delicadas sobre sus mejillas, cómo sus labios están ligeramente entreabiertos en el sueño, la manera en que su cuerpo se amolda perfectamente al mío como si hubiéramos sido diseñados para encajar así.

Es cuando levanto la vista me encuentro con los ojos color miel de Easton fijos en mí desde el otro lado de la cama.

Está despierto. Probablemente lleva despierto el mismo tiempo que yo, observándonos con esa intensidad que reconozco inmediatamente. Sus pupilas están completamente dilatadas, oscureciendo el dorado hasta convertirlo en algo más primitivo, más hambriento.

—¿Te queda alguna duda de que es perfecta para nosotros? —susurra tan bajito que apenas puedo oírle, pero cada palabra me llega directa al pecho como una descarga eléctrica.

No puedo negármelo. No cuando la tengo entre mis brazos, cálida y confiada, durmiendo como si este fuera el lugar más seguro del mundo. No cuando cada fibra de mi ser está gritando que esta mujer nos pertenece tanto como nosotros le pertenecemos a ella.

—No —respondo en el mismo tono bajo, y mi voz sale más ronca de lo normal—. Ninguna.

Easton sonríe, y hay algo devastadoramente íntimo en esa expresión. Es la sonrisa que reserva solo para mí, la que me dice que estamos pensando exactamente lo mismo. Que después de tantos años de búsqueda, finalmente hemos encontrado lo que no sabíamos que necesitábamos.

Entonces Arabella se mueve entre nosotros.

Es un movimiento pequeño al principio, apenas un cambio de posición mientras sueña. Pero luego sus caderas se mecen ligeramente, presionando contra mi muslo con una presión que me roba el aliento. Un gemido suave escapa de sus labios entreabiertos, y el sonido va directo a mi entrepierna como un puñetazo.

Joder.

La observo con una fascinación que roza la obsesión mientras su cuerpo busca inconscientemente más contacto. Sus mejillas se tiñen de un rosa delicado, y su respiración se acelera, aunque sigue dormida. Se gira ligeramente hacia Easton, y cuando su pecho roza su brazo, él se queda tan rígido como yo.

—Está soñando —murmullo, pero mi voz suena tensa incluso a mis propios oídos.

—Sí —responde Easton, y puedo ver cómo traga saliva—. Y parece un sueño muy interesante.

Arabella vuelve a moverse, esta vez con más intención, aunque siga inconsciente. Sus caderas se mecen contra mi pierna con un ritmo que hace que mi autocontrol se tambalee peligrosamente. Una de sus manos se desliza por mi pecho, los dedos curvándose ligeramente como si fuera a agarrarse a mi camiseta.

Es cuando se gira hacia Easton y presiona su espalda contra mi pecho que pierdo completamente la capacidad de pensar con claridad. Puedo sentir cada curva de su cuerpo a través de la fina tela de su pijama, la forma en que su culo se presiona contra mi entrepierna ya endurecida, cómo sus hombros encajan perfectamente bajo mi barbilla.

Y entonces se frota contra los dos a la vez.

El gemido que escapa de mi garganta es puramente involuntario, grave y necesitado de una forma que hace que Easton me mire con los ojos completamente oscuros. Arabella se mueve otra vez, más decididamente esta vez, como si su cuerpo supiera exactamente lo que quiere incluso en sueños.

Es cuando abre los ojos que todo cambia.

ARABELLA

Me despierto gradualmente, como si estuviera emergiendo de un sueño particularmente vívido que no quiero que termine. Pero entonces la realidad se asienta sobre mí como una manta pesada: no estoy en mi cama sola. Estoy literalmente hecha un sándwich entre dos cuerpos masculinos que irradian calor como hornos.

Y no solo eso. Estoy… Dios mío, estoy prácticamente moliéndome contra ellos como una gata en celo.

El pánico me explota en el pecho como fuegos artificiales. Mi espalda está pegada al pecho de Weston, puedo sentir cada músculo definido a través de su camiseta, y mis caderas están presionadas contra algo que definitivamente no es su muslo. Es su erección. Por delante, Easton está tan cerca que puedo sentir su respiración contra mi frente, y cuando bajo la mirada veo que mi mano está descansando peligrosamente cerca de la cinturilla de sus pantalones de pijama.

—Buenos días, princesa —dice Easton en voz baja, y su voz tiene esa cualidad ronca de recién despierto que me hace cosquillas por toda la columna vertebral.

—Yo… —empiezo, pero las palabras se me atascan en la garganta cuando Weston se mueve detrás de mí, su brazo apretándose ligeramente alrededor de mi cintura.

—¿Has dormido bien? —pregunta Weston, y puedo sentir las vibraciones de su voz contra mi espalda.

La pregunta es inocente, pero hay algo en su tono que hace que se me acelere el pulso. Algo que sugiere que saben exactamente lo que estaba haciendo mientras dormía.

—Perfectamente —miento, aunque mi voz sale ahogada.

El silencio que sigue está cargado de una tensión que podría cortarse con un cuchillo. Puedo sentir cómo mis mejillas se incendian con un rubor que probablemente se extiende hasta mi cuello. Mi cuerpo sigue vibrando con los restos del sueño que estaba teniendo, un sueño en el que estos dos hombres me tocaban de formas que harían que mi madre se desmayara.

Y la parte más aterradora es que no quiero que pare.

—¿Necesitas alivio?

La pregunta de Easton aparece junto a mi oído como un susurro de terciopelo negro, tan bajita que casi pienso que me la he imaginado. Pero cuando levanto la vista hacia sus ojos, veo una intensidad que me corta la respiración. No hay diversión en su expresión, no tiene esa sonrisa fácil que normalmente esboza. Solo una pregunta honesta que hace que se me seque la boca.

Asiento con la cabeza porque no puedo confiar en mi voz para articular palabras coherentes. Es apenas un movimiento, pero es suficiente.

La sonrisa que se extiende por la cara de Easton es lenta y completamente depredadora.

—Bien —dice, y su mano se desliza hasta mi cara, el pulgar trazando la línea de mi mejilla con una ternura que contrasta brutalmente con el hambre en sus ojos—. Porque vamos a cuidarte muy, muy bien.

Su mano baja desde mi cara hasta mi cuello, los dedos trazando patrones que me hacen temblar. Cuando llega al borde de mi camiseta de pijama, se detiene, sus ojos fijos en los míos con una pregunta silenciosa.

—Sí —susurro, porque es lo único que mi cerebro es capaz de procesar ahora mismo.

Su mano se desliza bajo la tela, y cuando sus dedos tocan la piel desnuda de mi vientre, tengo que morderme el labio para no gemir en voz alta. Sus manos son cálidas y callosas, y la forma en que me toca es reverente pero decidida, como si hubiera estado esperando este momento durante años.

—Weston —dice Easton sin apartar los ojos de los míos—. Bájale los pantalones. Despacio.

El corazón se me para durante un segundo completo. Luego se dispara como si acabara de echar a correr. Siento las manos de Weston moverse hacia la cinturilla de mis pantalones de pijama, sus dedos rozando la piel justo por encima de la tela.

—¿Estás segura? —pregunta Weston, y su voz suena tan tensa que apenas la reconozco.

—Sí —respondo automáticamente, y cuando las yemas de sus dedos se deslizan bajo la tela, todo mi cuerpo cobra vida de una forma que no había experimentado jamás.

Weston empieza a bajar mis pantalones con una lentitud tortuosa, dándome tiempo para cambiar de opinión, para detenerlo si quiero. Pero no quiero. Cada centímetro de piel que expone se siente como una liberación, como si estuviera quitándome una armadura que llevaba demasiado tiempo.

Y entonces, sin pensarlo conscientemente, me muelo contra él. Contra la dureza que puedo sentir presionando contra mi espalda baja.

El sonido que sale de la garganta de Weston es puramente masculino, un gruñido grave que me atraviesa como un rayo. Sus manos se detienen en mis pantalones, y por un momento creo que va a parar.

En su lugar, tira de la tela hacia abajo de un movimiento rápido y decidido que me hace jadear. Antes de que pueda procesar completamente lo que está pasando, sus manos se cierran alrededor de mis caderas con una firmeza que me dice que no va a dejarme ir a ninguna parte.

—Quédate quieta —dice contra mi oído, y su voz tiene una autoridad que hace que algo líquido y caliente se extienda por mi vientre—. Deja que Easton se encargue de ti.

Y entonces las manos de Easton están sobre mi centro, moviéndose con una precisión que sugiere que sabe exactamente lo que está haciendo. Cuando encuentra ese lugar donde todas mis terminaciones nerviosas convergen, tengo que ahogar un grito contra su cuello.

—Joder, Bella —susurra Easton, y hay algo reverente en su voz—. Eres perfecta. Tan receptiva.

Las sensaciones se construyen una sobre otra como ondas concéntricas, cada toque de Easton amplificado por la forma en que Weston me mantiene exactamente donde quiere y se frota contra mí. Es demasiado y no es suficiente al mismo tiempo, una tortura deliciosa que me hace retorcerme entre ellos hasta que el orgasmo me golpea como un tsunami, robándome el aliento y haciendo que todo mi cuerpo se tense como un cable de alta tensión. Grito contra su cuello, las manos agarrándose a las sábanas como si fueran lo único que me mantiene con vida.

Y durante todo el tiempo, sus manos están en mí, sosteniéndome, manteniéndome segura mientras me desintegro completamente entre ellos.

Cuando finalmente vuelvo a la tierra, estoy temblando como una hoja. Easton está trazando círculos suaves en mi vientre, tranquilizándome con susurros que no logro entender. Weston mantiene sus manos en mis caderas, firmes pero gentiles, como si supiera que necesito ese ancla para no flotar demasiado lejos.

—¿Estás bien? —pregunta Easton, apartando el pelo de mi cara para poder mirarme a los ojos.

Solo puedo asentir, porque mi capacidad para formar palabras coherentes ha desaparecido completamente. Lo que acaba de pasar entre nosotros ha cambiado todo, y no hay forma de volver atrás.

Y la verdad aterrorizante es que no quiero hacerlo.

CAPÍTULO 18

ARABELLA

Paso el día entero como un fantasma atormentado, vagando por el ático con el estómago hecho un nudo y la mente dándole vueltas obsesivamente a lo que ha pasado esta mañana. Cada vez que cierro los ojos, puedo sentir las manos de Easton en mi piel, oír el gruñido grave de Weston contra mi oído, recordar la forma en que mi cuerpo se desintegró completamente entre ellos.

No puedo parar de pensar en ello. En cómo me han tocado con esa reverencia que me ha llegado hasta los huesos. En cómo Weston me ha sujetado con esa firmeza posesiva mientras Easton me llevaba al límite. En la sensación de pertenencia absoluta que he sentido mientras me desmoronaba entre sus brazos.

¿De verdad puede ser tan sencillo? ¿De verdad pueden quererme los dos? ¿O solo ha sido… qué? ¿Caridad hacia la princesa reprimida?

La duda me roe las entrañas como ácido mientras finjo leer en el sofá, con el libro abierto en una página que llevo media hora mirando sin procesar ni una sola palabra. Cada vez que oigo pasos en el pasillo, el corazón me da un brinco que me deja sin respiración. Cuando Easton aparece en la cocina para preparar el almuerzo, me escabullo hacia mi habitación con la excusa de una ducha que no necesito. Cuando Weston pasa por el salón para revisar los sistemas de seguridad, finjo estar dormida en el sofá hasta que se aleja.

Soy una cobarde. Una cobarde absoluta que no sabe cómo mirar a los ojos a los hombres que acaban de darle el mejor orgasmo de su vida.

Porque ha sido el mejor. Sin competencia posible. Y eso me aterroriza tanto como me excita.

A las cuatro de la tarde, cuando ya no puedo seguir evitándolos sin parecer completamente loca, aparece Easton en la puerta de mi habitación con una expresión que reconozco inmediatamente: problemas.

—Bella —dice, y hay algo formal en su tono que me pone inmediatamente en guardia—. Tenemos un evento esta noche. Nos acaban de avisar.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Qué tipo de evento? —pregunto, aunque ya sé que no va a gustarme la respuesta.

—Una gala benéfica. En representación de la Corona. Tu padre insiste en que hagas acto de presencia.

Las palabras me caen como piedras en el estómago. Una gala benéfica significa vestido de protocolo, sonrisas falsas, conversaciones vacías con gente que solo me habla porque tengo un título delante del nombre. Significa fingir ser la princesa perfecta durante horas, mientras por dentro me muero de ansiedad.

—¿No puedo enviar un donativo generoso en su lugar? —pregunto sin demasiada esperanza.

La sonrisa de Easton es comprensiva pero firme.

—Me temo que no, princesa. Ya está confirmado. El Rey me ha dicho que se va a comunicar contigo para contarte los detalles. Estaremos tres horas, máximo. Te prometo que nos iremos en cuanto sea educadamente posible.

Tres horas. Solo tres horas fingiendo ser alguien que no soy, sonriendo hasta que me duela la cara, teniendo conversaciones superficiales sobre temas que no me importan con gente que no me conoce realmente.

Puedo hacerlo. He sobrevivido a cosas peores.

Varias horas después, estoy de pie delante del espejo de mi habitación, intentando reconocerme en el reflejo. El vestido que llevo

es precioso, no puedo negarlo: seda azul marino que se me ciñe al cuerpo como una segunda piel y luego cae en ondas elegantes hasta el suelo. Las mangas largas de encaje me cubren hasta las muñecas y el escote es lo suficientemente conservador como para que mi madre no tenga un ataque pero lo bastante favorecedor como para que no parezca una monja.

Pero mirándome en el espejo, solo veo a la Princesa Arabella Victoria Mountbatten-Wessmore. No veo a Bella. No veo a la mujer que esta mañana se ha despertado entre dos hombres extraordinarios y ha descubierto cosas de su cuerpo que no sabía.

Veo a la muñeca real vestida para una función.

El maquillaje está perfecto: natural pero pulido, con los labios en un tono rosa suave que no ofende a nadie y los ojos marcados lo justo para no parecer demasiado dramática. El pelo está recogido en un moño bajo impecable que no se moverá ni aunque me dé la vuelta al revés. Los zapatos de tacón me añaden diez centímetros de altura y probablemente me van a matar los pies antes de que termine la noche.

Estoy lista para interpretar mi papel. El problema es que ya no estoy segura de querer hacerlo.

Cuando salgo del dormitorio, dispuesta a enfrentarme a la noche, me quedo paralizada en el umbral del salón.

Weston y Easton están esperándome junto a la puerta, y madre mía, están absolutamente devastadores.

Weston lleva un esmoquin negro que le sienta como si hubiera sido cortado específicamente para su cuerpo. La chaqueta marca cada línea de sus hombros anchos, y la camisa blanca contrasta de forma espectacular con su piel bronceada. Se ha peinado el pelo hacia atrás, dejando al descubierto la línea fuerte de su mandíbula y esos ojos oscuros que ahora me miran con una intensidad que me roba el aliento. Está para comérselo.

Y Easton… Dios santo. Su esmoquin es del mismo corte perfecto, pero en él tiene un efecto completamente diferente. Realza esa elegancia natural que tiene, esa gracia relajada que hace que parezca cómodo en cualquier situación. El pelo dorado le cae sobre la frente con esa despreocupación estudiada que probablemente

consigue sin esfuerzo, y cuando me sonríe, esos hoyuelos devastadores aparecen como si fuera su misión personal hacerme perder la compostura.

Los dos están tan elegantes, tan increíblemente masculinos en sus trajes formales, que por un momento me olvido de respirar. Parecen hombres que pertenecen a este mundo de galas y protocolo, que han nacido para moverse entre la élite como si fuera su hábitat natural.

Y yo soy solo la carga que tienen que proteger.

—Estás preciosa —dice Easton, y hay algo en su voz que suena absolutamente sincero.

—Impresionante —añade Weston, y la forma en que me mira hace que algo cálido se extienda por mi pecho.

—Vosotros también —respondo, y mi voz sale más ahogada de lo que pretendía—. Estáis… Dios, estáis increíbles.

La sonrisa de Easton se ensancha hasta volverse completamente devastadora.

—Gracias, princesa. ¿Lista para brillar esta noche?

No. No estoy lista. No quiero brillar, no quiero sonreír, no quiero fingir ser la perfecta representante de la Corona cuando lo único que quiero es quedarme aquí con ellos, viendo películas en pijama y descubriendo cosas nuevas sobre mi cuerpo y mis sentimientos.

Pero asiento, porque es lo que se espera de mí.

—Lista.

El hotel donde se celebra la gala es uno de esos lugares que gritan dinero viejo y tradición: mármol por todas partes, cristales que cuelgan del techo como lágrimas congeladas, y alfombras tan gruesas que mis tacones se hunden en ellas como si caminara sobre nubes. El salón principal bulle de actividad: mujeres con vestidos que cuestan más que el salario anual de la mayoría de la gente, hombres con esmóquines perfectamente cortados, y el murmullo constante de conversaciones que parecen importantes pero que en realidad no van a cambiar nada.

Es exactamente el tipo de evento que me pone de los nervios.

La ansiedad me trepa por la garganta como dedos fríos en cuanto cruzo la puerta. Es esa sensación familiar y odiada: la certeza de que todos me están mirando, evaluando cada gesto, cada palabra, cada expresión de mi cara. El peso de las expectativas se asienta sobre mis hombros como un manto de plomo, recordándome que no puedo permitirme ni un momento de naturalidad.

Aquí soy la princesa. Solo la princesa. Y la princesa no puede relajarse, ni cometer errores, ni ser humana.

—Su Alteza Real, es un honor —dice una mujer de mediana edad acercándose con esa sonrisa demasiado brillante que reconozco inmediatamente. Es la presidenta de la fundación benéfica, una de esas mujeres que han convertido la caridad en un trabajo de tiempo completo y que hablan de ayudar a los necesitados mientras llevan joyas que podrían financiar un hospital entero.

—El honor es mío —respondo automáticamente, activando esa versión de mí misma que funciona como un piloto automático. Sonrisa educada, postura perfecta, palabras amables que no comprometen a nada.

Durante los siguientes treinta minutos, desfilan delante de mí una procesión interminable de caras sonrientes y manos que estrechar. Empresarios que quieren que sepa lo mucho que admiran la labor de la Corona. Socialités que buscan que las vean hablando conmigo para subir su estatus social. Políticos que aprovechan cualquier oportunidad para quedar bien con la realeza.

Todos me hablan, pero ninguno me ve realmente. Solo soy un símbolo para ellos, no una persona.

El aire del salón se vuelve más espeso con cada minuto que pasa. Los perfumes caros se mezclan con el olor de las flores elaboradamente dispuestas y el champán fluye como agua, creando una mezcla asfixiante que me oprime el pecho. El ruido de las conversaciones se intensifica hasta convertirse en un zumbido constante que me martillea las sienes.

Necesito aire. Necesito un momento para respirar, para recordar quién soy debajo de este vestido y este maquillaje perfecto.

Me disculpo educadamente de la conversación aburrida sobre políticas fiscales que estaba manteniendo con un banquero cuyo nombre ya he olvidado, y me dirijo hacia una de las terrazas laterales del hotel. Mis tacones repican contra el mármol con un sonido que me resulta ensordecedor, y cuando por fin salgo al aire fresco de la noche, siento como si hubiera estado conteniendo la respiración durante horas.

La terraza está desierta, iluminada solo por las luces de la ciudad que se extiende bajo nosotros como un mar de estrellas artificiales. Me apoyo contra la barandilla, aspirando bocanadas de aire fresco que me saben a libertad después del ambiente enrarecido del interior.

—¿Te escondes, princesa?

La voz cálida de Easton aparece detrás de mí, seguida inmediatamente por la presencia silenciosa de Weston. No me giro para mirarlos, porque estoy segura de que mi cara va a delatarme. Va a dejar claro lo agobiada que me siento, lo mucho que detesto estos eventos, lo falsa que me hace sentir toda esta parafernalia.

—Solo necesitaba un momento —digo, manteniendo la vista fija en las luces de la ciudad.

—Los eventos sociales pueden ser asfixiantes —dice Weston, y hay algo en su tono que me hace girarme para mirarlo. No hay juicio en su expresión, solo comprensión—. Especialmente cuando sientes que estás interpretando un papel en lugar de siendo tú misma.

La precisión de sus palabras me golpea como un puñetazo. Es exactamente lo que estoy sintiendo, expresado con una claridad que me corta la respiración.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, y mi voz sale más vulnerable de lo que pretendía.

Easton se acerca hasta situarse a mi lado, sus ojos fijos en mi cara con esa intensidad que hace que me sienta vista de verdad.

—Porque a nosotros nos pasaba lo mismo en el ejército —dice—. Especialmente en los eventos oficiales, cuando teníamos que representar al país. Te pones el uniforme, sonríes para las fotos, dices las palabras correctas, pero por dentro sabes que la persona que están viendo no eres realmente tú.

—Es agotador —añade Weston, y hay algo en su voz que sugiere que habla por experiencia—. Esa sensación constante de estar siendo evaluado, de que cualquier error va a reflejarse no solo en ti sino en algo más grande que tú.

Asiento, porque es exactamente eso. La presión constante de ser perfecta, no por mí misma sino por lo que represento. La imposibilidad de relajarme, de cometer errores, de ser humana.

—¿Cómo lo llevabais? —pregunto, porque genuinamente necesito saber que hay una forma de sobrevivir a esto sin perder completamente la cordura.

—Recordando quiénes éramos debajo del uniforme —responde Easton—. Y encontrando momentos para ser nosotros mismos, lejos de las expectativas y los protocolos.

—Como ahora —dice Weston, y cuando me mira hay algo cálido en sus ojos que hace que el nudo de ansiedad en mi pecho se afloje ligeramente—. Aquí, contigo, en esta terraza. No hay princesas ni soldados ni roles que interpretar. Solo somos nosotros.

Tiene razón. Por primera vez en toda la noche, siento que puedo respirar realmente. No hay ojos juzgándome, no hay conversaciones forzadas, no hay expectativas que cumplir. Solo estos dos hombres extraordinarios que me ven como Bella, no como Su Alteza Real.

—Gracias —susurro, y espero que entiendan que no es solo por este momento sino por todo. Por hacerme sentir normal. Por verme realmente. Por estar aquí cuando necesito recordar quién soy.

La sonrisa de Easton es suave y completamente sincera.

—De nada, preciosa. ¿Lista para volver ahí dentro? Solo una hora más, y luego nos vamos.

Asiento, sintiendo cómo la fuerza vuelve a mis piernas. Puedo hacer esto. Puedo sobrevivir una hora más, especialmente sabiendo que ellos van a estar ahí, recordándome quién soy realmente debajo de toda esta parafernalia.

Dos horas después, cuando por fin escapamos del hotel y sus sonrisas falsas, Easton me sorprende dirigiéndose hacia una zona de

la ciudad que definitivamente no es donde se esperaría encontrar a una princesa a estas horas de la noche.

—¿Dónde vamos? —pregunto, mirando por la ventanilla del SUV las luces de neón y los locales que tienen un aspecto decididamente poco elegante.

—A cenar comida de verdad —dice con una sonrisa traviesa que me llega hasta los dedos de los pies—. Porque estoy seguro de que esas cinco cosas que has picoteado en la gala no constituyen una cena.

Tiene razón. He pasado la mayor parte de la velada sonriendo y hablando, fingiendo comer esos canapés diminutos que saben a cartón decorativo y que están diseñados más para impresionar que para alimentar.

Nos detenemos delante de un puesto callejero que huele a gloria pura: aceite caliente, cebolla frita, y esa mezcla de especias que hace que se me haga la boca agua instantáneamente. Hay una cola de gente que parece haber salido directamente de sus trabajos nocturnos, todos esperando pacientemente su turno para pedir.

—¿Perritos calientes? —pregunto, sin poder contener una sonrisa genuina que me duele en las mejillas después de horas de sonrisas falsas.

—Los mejores de Nueva York —confirma Weston, y hay algo en su expresión que me dice que esto es importante para ellos. No es solo comida; es una forma de mostrarme algo real, algo auténtico después de una noche de artificialidad.

Pedimos tres perritos calientes con todo: cebolla caramelizada, mostaza picante, kétchup, y una salsa especial que el vendedor describe como «el secreto de la familia». Nos los comemos de pie junto al puesto, con la elegancia de la gala completamente olvidada, riéndonos cuando la mostaza se me escapa por la comisura de la boca y Easton me la limpia con una servilleta mientras Weston me sujeta el pelo para que no se manche.

Es perfecto. Es real. Es exactamente lo que necesitaba después de horas fingiendo ser alguien que no soy.

—Esto está mil veces mejor que todos los canapés de la gala juntos —digo con la boca llena, sin importarme lo poco elegante que

sueno.

—La comida callejera siempre sabe mejor —coincide Easton—. Tiene alma. Tiene historia. No está diseñada para impresionar a nadie, solo para alimentar.

Es cuando llegamos de vuelta al ático, con el estómago lleno y el corazón más ligero de lo que ha estado en semanas, que me doy cuenta de algo que me aterroriza y me emociona a partes iguales.

Me estoy enamorando de estos hombres.

No es solo atracción física, aunque Dios sabe que la hay. No es solo gratitud por cómo me cuidan, aunque eso también está ahí. Es algo más profundo, más complicado. Es la forma en que Weston me conoce lo suficiente para saber cuándo necesito aire fresco. Es cómo Easton puede hacerme reír incluso cuando me siento como si me estuviera ahogando en expectativas.

Es la sensación de pertenencia que tengo cuando estoy con ellos. Como si, por primera vez en mi vida, hubiera encontrado mi lugar en el mundo.

Y eso me da un miedo de muerte.

Porque ¿cómo puedes enamorarte de dos personas a la vez? ¿Cómo puedes querer a dos hombres que probablemente te ven como un trabajo, como una responsabilidad, como algo temporal que van a dejar atrás en cuanto termine su contrato?

Me acuesto esa noche con el sabor de los perritos calientes aún en los labios y el recuerdo de esta mañana quemándome bajo la piel, sabiendo que estoy completamente jodida.

Porque me he enamorado de mis guardaespaldas.

De los dos.

Y no tengo ni idea de qué hacer con eso.

CAPÍTULO 19

EASTON

Observo a Bella desde la cocina mientras finge estar concentrada en sus apuntes de Relaciones Internacionales, pero puedo ver la tensión que le marca los hombros y la forma en que tamborilea los dedos contra la mesa sin darse cuenta. Lleva tres días así: estudiando hasta altas horas, evitando mirarme directamente a los ojos, poniéndose colorada cada vez que Weston entra en la misma habitación que ella.

Es adorable, pero también frustrante como el infierno.

—Está agobiada —murmuro, acercándome a Weston, que está revisando los informes de seguridad en el sofá—. Mírala. Parece que no ha dormido en días.

Weston levanta la vista de su portátil y estudia a Bella con esa intensidad silenciosa suya. Puedo ver el momento exacto en que llega a la misma conclusión que yo: nuestra princesa necesita una distracción. Algo que la saque de su cabeza y la devuelva al presente.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunto, y la sonrisa que se extiende por su cara me confirma que sí.

—La discoteca —dice simplemente, cerrando el portátil—. Era una de las cosas de su lista.

Exacto. La famosa lista donde pidió ir a una discoteca normal, no un club privado para ricachones aburridos. Algo real, algo donde pueda perderse entre la gente normal y recordar qué se siente al ser solo Bella, no Su Alteza Real.

—¿Crees que estará lista? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Después de lo que pasó entre los tres hace unos días, después de

cómo nos miraba durante la gala benéfica, sé que está lista para más. Solo necesita que alguien le dé el empujón necesario.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dice Weston, levantándose con esa gracia controlada que hace que mi pulso se acelere incluso después de todos estos años.

ARABELLA

—¿Una discoteca? —repito, convencida de que no he oído bien—. ¿Esta noche?

Easton está apoyado contra el marco de la puerta de mi habitación con esa sonrisa devastadora que hace que se me olvide cómo respirar, mientras Weston permanece ligeramente detrás de él con esa presencia silenciosa que me pone nerviosa de la mejor manera posible.

—Esta noche —confirma Easton—. Pensamos que necesitas salir de aquí. Despejar la mente. Divertirte un poco.

El corazón me da un vuelco de emoción pura. Durante días he estado volviéndome loca repasando cada segundo de lo que pasó entre nosotros, analizando cada mirada, cada roce casual, cada sonrisa hasta convertirlo en algo que probablemente no significaba nada. La idea de salir, de moverme, de sentir la música corriendo por mis venas como electricidad, es exactamente lo que necesito.

—¿En serio? —No puedo ocultar la emoción en mi voz—. ¿No vais a decirme que es demasiado peligroso o que no es apropiado para una princesa?

La sonrisa de Weston es lenta.

—Princesa, creo que ya hemos establecido que no somos como tus guardaespaldas anteriores.

Tiene razón. Estos hombres no son como nadie que haya conocido antes. Y la forma en que me miran, como si fuera una mujer de verdad con deseos reales en lugar de una muñeca decorativa, hace que algo cálido y líquido se extienda por mi vientre.

—Dadme un par de horas para arreglarme —digo, prácticamente rebotando hacia mi armario.

—Tómate el tiempo que necesites —dice Easton—. Nosotros estaremos esperando.

Cuando se van, me quedo mirando mi reflejo en el espejo durante un momento, viendo por primera vez en días algo que se parece a la emoción brillando en mis ojos. Esta noche voy a ser normal. Esta noche voy a bailar, y beber, y sentirme viva.

Y tal vez, solo tal vez, voy a descubrir qué está pasando realmente entre nosotros tres.

Un par de horas después, estoy de pie delante del espejo de cuerpo entero de mi habitación, apenas reconociéndome. He elegido un vestido negro de manga larga que me llega a medio muslo y se ciñe a mi cuerpo como una segunda piel. Es lo más atrevido que he llevado jamás: el escote en V baja lo suficiente como para ser sugerente sin ser vulgar, y la tela abraza cada curva de una forma que hace que me sienta poderosa y femenina a la vez.

Me he soltado el pelo para que caiga en ondas naturales sobre mis hombros, y he usado más maquillaje del que normalmente me pondría: ojos ahumados que hacen que el gris de mi mirada parezca más intenso, y labios en un tono rojo oscuro que me da confianza solo de mirármelos.

Las botas hasta el tobillo con tacón de aguja añaden altura y actitud. No parezco una princesa. Parezco una mujer que sabe exactamente lo que quiere.

Cuando salgo de mi habitación, el silencio que recibe mi aparición es tan denso que podría cortarlo con un cuchillo.

Weston está apoyado contra la isla de la cocina, y cuando me ve, se queda completamente inmóvil. Sus ojos me recorren desde la cabeza a los pies con una intensidad que me hace sentir como si estuviera desnuda, y cuando vuelven a encontrarse con los míos, hay algo primitivo en su mirada que me llega hasta los huesos.

Easton, que estaba bebiendo agua, se atraganta ligeramente y tiene que toser para recuperar la compostura.

—Joder, Bella —dice, y su voz sale más ronca de lo normal—. Estás… estás increíble.

—¿Es demasiado? —pregunto, aunque la forma en que me están mirando me dice todo lo que necesito saber.

—No. Estás perfecta —dice Weston, y hay algo definitivo en su tono que hace que se me acelere el pulso—. Absolutamente perfecta.

El club al que me llevan no es nada parecido a los lugares elegantes y exclusivos que esperaba. Es mejor. Es real.

Las paredes vibran con el bajo de la música electrónica, y el aire está cargado de esa energía eléctrica que solo encuentras cuando cientos de personas se mueven al mismo ritmo. Las luces estroboscópicas pintan todo de colores neón que cambian constantemente, convirtiendo la pista de baile en un caleidoscopio viviente.

Hay gente por todas partes: estudiantes universitarios, profesionales jóvenes que han salido después del trabajo, grupos de amigas riéndose y gritándose al oído por encima de la música. Es exactamente el tipo de lugar donde una princesa nunca debería estar.

Es perfecto.

—¿Qué te parece? —grita Easton por encima del ruido, y su sonrisa es tan brillante como las luces de neón que nos rodean.

—Es exactamente lo que necesitaba —respondo, sintiendo cómo la música me recorre las venas como adrenalina líquida.

Weston aparece a mi lado con tres copas, y cuando me pasa la mía, sus dedos rozan los míos durante una fracción de segundo que me envía descargas eléctricas por todo el brazo.

—Por las nuevas experiencias —dice, alzando su copa.

—Por ser normal —añado, chocando mi copa contra las suyas.

El cóctel es dulce y fuerte, con ese toque de alcohol que se siente como coraje líquido bajando por mi garganta. No estoy acostumbrada a beber mucho, pero esta noche no me importa. Esta noche quiero sentir todo, experimentar todo.

La música cambia a algo con más ritmo, más sensual, y antes de darme cuenta estoy arrastrando a Easton hacia la pista de baile. El alcohol me ha dado la confianza que necesitaba para dejar de pensar tanto y empezar a sentir.

La pista de baile es un océano de cuerpos moviéndose al ritmo de la música, y cuando me sumerjo en él, siento como si estuviera despertando de un sueño muy largo. Mis caderas se mueven al compás del bajo, mis brazos se alzan por encima de mi cabeza, y por primera vez en mi vida adulta, no me importa quién me esté mirando.

Easton baila conmigo con esa gracia natural que tiene para todo, sus manos posándose ligeramente en mis caderas para guiar mis movimientos. Está tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa, y cuando nuestros ojos se encuentran, hay algo en su mirada que hace que se me seque la boca.

Weston permanece ligeramente apartado, pero puedo sentir su presencia como un campo de fuerza. No baila, pero me observa con esa intensidad que me hace sentir como si fuera la única persona en el mundo.

—¿No vas a bailar? —le grito por encima de la música.

Su sonrisa es lenta y devastadora.

—Prefiero observar —responde, y la forma en que dice «observar» hace que algo líquido y caliente se extienda por mi vientre.

Estamos en nuestra tercera canción cuando sucede. Un hombre que ha estado merodeando cerca de nosotros durante los últimos minutos se acerca con una sonrisa confiada que reconozco inmediatamente: la sonrisa de alguien acostumbrado a conseguir lo que quiere.

—¿Te importa si bailo con tu amiga? —le dice a Easton, como si yo no estuviera ahí para responder por mí misma.

Antes de que Easton pueda responder, Weston aparece de la nada como una sombra materializada. No toca al hombre, no dice nada amenazante, pero hay algo en su presencia que hace que el tipo retroceda instintivamente.

—Sí, me importa —dice Weston con esa voz grave que no admite discusión.

El hombre mira entre Weston y Easton, evalúa las probabilidades, y decide sabiamente que no vale la pena el riesgo. Se aleja sin decir palabra, pero puedo ver cómo otros hombres en la pista me miran con interés renovado.

El alcohol y la adrenalina de la música me han hecho más valiente de lo que soy normalmente, porque antes de poder pensarlo, me acerco a Weston hasta estar prácticamente pegada a él.

—Si no quieres que más hombres se acerquen —le digo, alzando la voz para que pueda oírme por encima de la música—, tal vez deberíais demostrar que no estoy sola.

Sus ojos se oscurecen hasta volverse casi negros, y puedo ver el momento exacto en que entiende lo que estoy sugiriendo.

—¿Estás segura de lo que estás pidiendo? —pregunta, y hay algo peligroso en su voz que me hace temblar las piernas.

En lugar de responder con palabras, le cojo las manos y me las pongo en las caderas, luego hago un gesto para que Easton se acerque. Cuando los tengo a ambos flanqueándome, con la música pulsando a nuestro alrededor como un latido gigante, siento como si estuviera exactamente donde se supone que debo estar.

La canción cambia a algo más lento, más sensual, y antes de que pueda perder el valor, empiezo a moverme entre ellos. Es la cosa más osada que he hecho en mi vida: presionar mi espalda contra el pecho de Weston mientras mis caderas se mueven al ritmo de la música, sentir las manos de Easton en mi cintura mientras me balancea suavemente.

Estoy rodeada de calor masculino, de músculos sólidos y manos fuertes que me guían sin controlarme. Puedo sentir la respiración de Weston contra mi cuello, el olor a la colonia de Easton mezclándose con el de Weston hasta crear algo que me vuelve completamente loca.

Es embriagador. Es perfecto. Es exactamente lo que he estado anhelando sin saber cómo pedirlo.

—Joder, Bella —murmura Easton contra mi oído, y su voz tiene esa cualidad ronca que hace que se me erice toda la piel—. Estás

matándonos.

—¿Eso es malo? —pregunto, girando ligeramente la cabeza para poder mirarlo.

La sonrisa que me dedica es puro pecado.

—No. Para nada. Es la cosa más hermosa que he visto jamás.

La música sigue, pero yo ya no puedo concentrarme en el ritmo. Todo lo que puedo sentir es a estos dos hombres moviéndose conmigo, rodeándome, creando una burbuja de intimidad en medio de la multitud. Las manos de Weston en mis caderas, firmes pero gentiles. El pecho de Easton rozando mi brazo cada vez que se mueve.

Es cuando la canción cambia a algo aún más íntimo que pierdo completamente el control de mi filtro. Me giro en los brazos de Easton hasta quedar frente a él, tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos.

—Quiero irme a casa —le susurro al oído, pero no es porque esté cansada—. Quiero que sigamos esto en casa.

El efecto de mis palabras es inmediato. Easton se queda completamente rígido contra mí, y cuando me mira, hay algo salvaje en sus ojos que me roba el aliento.

—¿Estás segura? —pregunta, y hay un tono desesperado en su voz que hace que algo se derrita en mi interior.

—Completamente.

No necesita que se lo diga dos veces. Antes de que pueda procesar lo que está pasando, sus labios están sobre los míos en un beso que es puro fuego líquido. Es diferente a los besos que hemos compartido antes: más urgente, más necesitado, más hambriento. Sus manos se enredan en mi pelo, y cuando su lengua roza la mía, un gemido escapa de mi garganta que se pierde en el ruido de la música.

Cuando se separa de mí, ambos estamos respirando como si acabáramos de correr para salvar nuestras vidas.

—Nos vamos —dice, y hay algo definitivo en su tono que hace que se me doblen las rodillas—. Ahora.

Siento la mano de Weston en la parte baja de mi espalda, guiándome a través de la multitud hacia la salida. Los tres nos

movemos como una unidad, pegados unos a otros, creando nuestro propio espacio en medio del caos del club.

Y mientras salimos hacia la noche fresca de Nueva York, con el sabor de Easton aún en mis labios y la promesa de lo que viene después brillando en el aire entre nosotros, sé que esta noche va a cambiar todo.

CAPÍTULO 20

ARABELLA

El trayecto de vuelta al ático es una tortura sexual que me está derritiendo desde adentro. Estoy aprisionada entre dos cuerpos masculinos que desprenden calor como hornos industriales, y cada vibración del motor se transmite directamente a lugares que ya están pulsando de necesidad.

Weston tiene la mano posada en mi muslo desnudo, sus dedos largos y callosos trazando patrones lentos y deliberados que me están volviendo loca. No es casual. Es completamente intencional, calculado para hacerme retorcer en el asiento. Easton, por su parte, ha deslizado la mano por debajo de mi pelo para masajear la nuca con movimientos circulares que me hacen querer ronronear como una gata.

—¿Nerviosa? —pregunta Weston en voz baja, y hay algo depredador en su tono que hace que se me contraiga el estómago.

—Debería estarlo —respondo con voz ahogada, y es la verdad. Debería estar aterrorizada por lo que estoy a punto de hacer.

—Pero no lo estás —afirma Easton contra mi oído, su aliento caliente haciéndome temblar—. ¿Sabes por qué?

Niego con la cabeza, incapaz de articular palabras cuando sus dedos encuentran ese punto sensible justo detrás de mi oreja.

—Porque esto es lo que has estado esperando toda tu vida —continúa, su voz como miel oscura—. Dos hombres que sepan exactamente cómo tratarte. Que sepan lo que necesitas antes de que tú misma lo sepas.

La mano de Weston sube un centímetro más por mi muslo, rozando el borde de mi vestido.

—¿Es eso lo que quieres, princesa? —Su voz es tan baja que es casi un gruñido—. ¿Quieres que te demostremos lo que se siente cuando dos hombres te adoran al mismo tiempo?

El gemido que escapa de mi garganta es involuntario y obsceno.

—Sí —susurro, porque ya no puedo fingir lo contrario.

Cuando las puertas del ascensor se abren en nuestro piso, ninguno se mueve inmediatamente. Estamos los tres respirando pesadamente.

—Una vez que entremos ahí —dice Weston, sus ojos oscuros fijos en los míos—, vas a ser nuestra. Completamente. ¿Lo entiendes?

Asiento, pero él sacude la cabeza.

—Dilo —ordena, y hay acero en su voz—. Dime que entiendes lo que significa.

—Lo entiendo —respondo con voz temblorosa—. Voy a ser vuestra.

La sonrisa que intercambian es absolutamente deliciosa.

En el momento en que cruzamos el umbral del ático, todo cambia. La energía se vuelve eléctrica, peligrosa. Easton cierra la puerta detrás de nosotros mientras Weston me guía hasta el centro del salón, sus manos nunca dejan de tocarme.

—Mírame —dice Weston, cogiendo mi barbilla entre sus dedos para obligarme a levantar la vista—. ¿Alguna vez has fantaseado con esto? ¿Con tener a dos hombres al mismo tiempo?

El calor me sube por el cuello como lava.

—Yo… —empiezo, pero las palabras se me atrancan.

—Responde —dice Easton desde detrás, tan cerca que puedo sentir su pecho contra mi espalda—. Queremos saberlo todo.

—Sí —admito finalmente, y la confesión sale como un gemido—. Sí, he fantaseado con eso.

—¿Con nosotros? —pregunta Weston, y hay algo posesivo en su tono que me llega hasta los huesos.

—Sí. Con vosotros.

La satisfacción que veo en sus ojos es primitiva.

—Bien —dice Easton, sus manos encuentran la cremallera de mi vestido—. Porque vamos a hacer realidad cada una de esas fantasías.

WESTON

Observo mientras Easton baja la cremallera de su vestido con una lentitud tortuosa, revelando cada centímetro de piel como si fuera un regalo que está desenvolviendo. Cuando la tela cae al suelo, tengo que hacer un esfuerzo consciente para no gruñir.

Es jodidamente perfecta. El conjunto de encaje negro que lleva puesto abraza cada curva de su cuerpo como una segunda piel, y la forma en que nos mira —con esa mezcla de nervios y deseo que me pone cachondo hasta la médula— hace que quiera devorarla entera.

—Date la vuelta —le ordeno, y la autoridad en mi voz que hace que obedezca inmediatamente—. Quiero que Easton vea lo hermosa que eres.

Está de espaldas a mí ahora, y puedo ver cómo tiembla ligeramente. Paso las manos por sus brazos desnudos, sintiendo la piel de gallina que le provoco.

—¿Ves lo que nos haces? —le pregunto al oído, presionando mi entrepierna endurecida contra su espalda baja para que pueda sentir exactamente el efecto que tiene sobre mí—. ¿Sientes lo duro que me pones?

Su respuesta es un jadeo entrecortado que va directo a mi polla.

—Easton está igual —continúo, deslizando las manos hasta su cintura—. Los dos estamos duros como rocas por ti. Los dos queremos tocarte, probarte, hacerte nuestra.

Easton se acerca desde el frente, sus ojos hambrientos recorriendo su cuerpo como si fuera un festín.

—¿Es eso lo que quieres, preciosa? —pregunta, sus manos posándose en sus caderas—. ¿Quieres que los dos te toquemos a la vez?

—Sí —jadea, presionándose más contra mí.

—Dilo correctamente —le ordeno, mis manos subiendo hasta rozar el borde de su sujetador—. Dinos exactamente lo que quieres.

—Quiero —empieza, pero se detiene, demasiado avergonzada para continuar.

—¿Qué quieres? —pregunta Easton, su voz como terciopelo negro.

—Quiero que los dos me toquéis —dice finalmente, y su voz suena rota de deseo—. Quiero sentir vuestras manos por todas partes. Quiero que me hagáis… cosas.

La palabra «cosas» sale como un gemido, y tengo que morderme la lengua para no reírme de lo adorable que suena.

—¿Qué tipo de cosas? —insisto, porque quiero oírla decirlo.

—Cosas sucias —susurra—. Cosas que una princesa no debería querer.

Joder. Esa confesión va directa a mi polla.

—Entonces vamos a darte exactamente eso —digo, desabrochando su sujetador—. Vamos a tocarte de formas que te van a hacer olvidar que alguna vez fuiste una princesa.

Cuando el sujetador cae al suelo, Easton silba suavemente.

—Joder, Bella. Eres perfecta.

Sus manos se mueven inmediatamente hacia sus pechos, y el sonido que hace cuando la toca es puramente erótico.

—¿Te gusta eso? —pregunta Easton, pellizcando suavemente sus pezones hasta que se endurecen.

—Sí —jadea, arqueándose hacia sus manos.

—¿Y esto? —pregunto, deslizando mis manos por su vientre hasta el borde de sus bragas, rozando la piel justo por encima del encaje.

—Dios, sí.

—¿Quieres más?

—Por favor.

Ese «por favor» sale como una súplica, y es música para mis oídos.

—Llévala al sofá —le digo a Easton—. Quiero verla extendida para nosotros.

ARABELLA

Easton me lleva hasta el sofá grande, pero en lugar de dejar sentarme, me pone frente a él. Los dos me miran como

depredadores que han acorralado a su presa, y esa mirada hambrienta hace que se me doblen las rodillas.

—Túmbate —ordena Weston, y hay algo en su voz que no admite desobediencia.

Me tiendo sobre los cojines, sintiendo cómo la tela fresca contrasta con mi piel caliente. Los dos se quedan de pie mirándome durante un momento que se siente como una eternidad.

—Extiende los brazos por encima de la cabeza —dice Easton, y cuando obedezco, sonríe—. Así. Perfecto.

—¿Sabes lo que vamos a hacerte? —pregunta Weston, arrodillándose junto al sofá.

Niego con la cabeza, aunque mi cuerpo ya está vibrando de anticipación.

—Vamos a tocarte por todas partes —dice, sus dedos trazando una línea desde mi garganta hasta el valle entre mis pechos—. Vamos a besarte hasta que grites.

Easton se arrodilla al otro lado, sus manos moviéndose hacia mis piernas.

—Vamos a hacer que te corras tantas veces que vas a suplicarnos que paremos —añade, separando mis piernas lentamente.

—Y luego —continúa Weston, inclinándose para susurrar contra mi oído—, vamos a hacer que te corras todavía más.

Antes de que pueda responder, los dos se mueven a la vez. Weston captura mis labios en un beso que es pura dominancia, mientras Easton comienza a besar el interior de mis muslos con una dedicación que me hace ver las estrellas.

Es demasiado. Demasiadas sensaciones, demasiado placer. Las manos de Weston están en mis pechos, amasando y pellizcando mientras su lengua explora mi boca como si fuera su territorio. Los labios de Easton se acercan cada vez más a donde más lo necesito, pero se detiene justo antes, haciendo que me retuerza de frustración.

—Por favor —jadeo contra los labios de Weston.

—¿Por favor qué? —pregunta, apartándose lo justo para mirarme.

—Tocadme —suplico, sin importarme lo desesperada que sueno.

—¿Dónde? —pregunta Easton, su aliento caliente contra mi piel.

—Ya lo sabéis dónde.

—Dilo —ordena Weston—. Dinos exactamente dónde quieres que te toquemos.

El rubor me sube por todo el cuerpo.

—Entre las piernas —susurro.

—¿Cómo?

—Con… con los dedos.

—¿Y con qué más?

—Con… con la boca.

La sonrisa que intercambian es absolutamente pecaminosa.

—Buena chica —dice Easton, y luego sus labios están donde más los necesito.

Lo que viene después es una tortura exquisita. Los dos me tocan y me besan y me adoran como si fuera su religión. Cuando Easton me lame exactamente como necesito y Weston pellizca mis pezones al mismo tiempo, el placer es tan intenso que casi me desmayo.

—No pares —jadeo, agarrándome al pelo de Easton—. Por favor, no pares.

—No vamos a parar —promete Weston contra mi cuello—. No hasta que te hayamos arruinado para cualquier otro hombre.

Y cuando Easton desliza dos dedos dentro de mí mientras su lengua sigue trabajando en ese punto perfecto, y Weston muerde suavemente mi cuello mientras sus manos torturan mis pechos, el orgasmo me golpea como un tren de carga.

Grito tan fuerte que estoy segura de que los vecinos pueden oírme, pero no me importa. Me arqueo contra el sofá, mis manos agarrándose a cualquier cosa que encuentren mientras las ondas de placer me atraviesan una y otra vez.

Y ellos no paran. Siguen tocándome, besándome, llevándome más y más alto hasta que estoy temblando y sollozando de placer.

—Otra vez —dice Weston contra mi oído—. Vamos a hacer que te corras otra vez.

Y lo hacen. Una y otra vez hasta que pierdo la cuenta, hasta que soy solo sensación pura, hasta que pertenezco completamente a ellos.

Cuando finalmente se detienen, estoy destrozada de la mejor manera posible. No puedo formar pensamientos coherentes, apenas puedo respirar.

—Eres nuestra ahora —dice Weston, apartando el pelo sudoroso de mi cara—. Completamente nuestra.

Y tiene razón. Lo soy.

CAPÍTULO 21

ARABELLA

—Quiero hacerme un tatuaje.

Las palabras salen de mi boca con más determinación de la que esperaba mientras desayunamos tortitas francesas que Easton ha preparado con ese esmero que pone en todo lo que hace. Los dos se quedan inmóviles, las tazas de café suspendidas a medio camino hacia sus labios, como si acabara de anunciar que quiero volar a la luna.

El silencio se alarga durante unos segundos que se sienten como una eternidad. Puedo ver los engranajes funcionando en sus cabezas, procesando mi declaración desde todos los ángulos posibles: seguridad, protocolo, reputación de la Corona.

—¿Un tatuaje? —repite Easton finalmente, dejando su taza sobre la mesa con cuidado—. ¿Estás segura?

—Completamente —respondo, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que me sale automáticamente cuando siento que van a cuestionar mis decisiones—. Es algo que llevo mucho tiempo pensando.

Weston no ha dicho nada todavía, pero puedo sentir la tensión irradiando de él como ondas de calor. Sus ojos oscuros me estudian con esa intensidad que hace que me sienta como si estuviera siendo diseccionada.

—¿Qué tipo de tatuaje? —pregunta finalmente, y hay algo controlado en su voz que me dice que está eligiendo sus palabras con cuidado.

—Algo pequeño. Discreto. No estoy loca, Weston. No voy a hacérmelo en un sitio donde se vea. No quiero matar a mi padre de un infarto.

La sonrisa que intercambian es rápida, pero no pasa desapercibida para mí.

—¿Dónde te lo quieres hacer? —pregunta Easton, y hay curiosidad genuina en su tono.

Me llevo automáticamente la mano a la cadera izquierda, justo por encima del hueso, donde la piel está siempre cubierta por la ropa.

—Aquí. Donde nadie pueda verlo a menos que yo quiera.

Weston se levanta bruscamente de la mesa y empieza a caminar de un lado a otro de la cocina como un león enjaulado. Es lo que hace cuando está procesando algo que no le gusta, pero sabe que no puede controlar.

—¿Por qué? —pregunta sin dejar de moverse—. ¿Por qué quieres hacerte un tatuaje?

La pregunta me golpea más profundo de lo que esperaba. Porque no se trata solo del tatuaje. Se trata de todo lo que representa.

De lo que llevo sintiendo dentro de mí varios días.

—Porque quiero saber que tengo control sobre mi propio cuerpo —digo, y mi voz sale más intensa de lo que pretendía—. Toda mi vida han sido otros los que han decidido cómo debería vestirme, cómo debería peinarme, qué debería comer. Quiero tomar una decisión que sea solo mía.

El silencio que sigue es diferente. Más pesado. Puedo ver el momento exacto en que Easton entiende lo que realmente estoy diciendo.

—Es tu cuerpo —dice con una firmeza que me llega hasta el alma —. Tu decisión.

Weston se detiene en medio de la cocina y lo mira con una expresión que no logro interpretar.

—¿En serio vas a apoyar esto?

—Voy a apoyar a Bella en cualquier cosa que la haga feliz — responde Easton sin dudarlo—. Siempre y cuando sea seguro, por supuesto.

Algo cálido se extiende por mi pecho ante sus palabras. La forma en que me defiende, en que respeta mis decisiones sin cuestionar

mis motivos, es exactamente lo que he estado buscando toda mi vida sin saber cómo pedirlo.

—Conozco un sitio —dice Easton después de un momento—. Limpio, profesional, discreto. El tipo de lugar donde van las celebridades cuando quieren algo especial.

Weston suspira profundamente, pasándose una mano por el pelo en un gesto de frustración que ya conozco bien.

—Si vas a hacerlo —dice finalmente—, lo haremos bien. Quiero hacer una investigación completa del tatuador, protocolos de higiene, todo.

No es un sí entusiasta, pero es aceptación. Y viniendo de Weston, es más de lo que esperaba.

—Gracias —susurro, y espero que entiendan que no es solo por esto sino por todo. Por verme como una persona capaz de tomar sus propias decisiones. Por respetarlas.

Dos horas después, estamos de pie delante de un estudio de tatuajes en el Village que, desde fuera, parece más una galería de arte que un local comercial. Las paredes están cubiertas de diseños intrincados que van desde delicadas flores hasta dragones elaborados, todos ejecutados con una precisión que sugiere verdadera maestría artística.

El olor a tinta y desinfectante me golpea en cuanto cruzamos la puerta, mezclado con algo que huele a incienso y a creatividad concentrada. Hay música suave sonando de fondo, lo suficientemente alta como para crear ambiente, pero no tanto como para resultar agobiante.

—Bella —dice Easton mientras esperamos a que nos atiendan—. ¿Has pensado en qué diseño quieres exactamente?

La verdad es que sí lo he pensado. Mucho. Pero cuando se lo cuento, veo la sorpresa en sus caras.

—Quiero hacerme unas alas —digo simplemente—. Dos alas pequeñas, delicadas. Como las de una libélula.

—¿Alas? —repite Weston, y hay algo en su tono que no logro identificar.

—Sí. Porque por primera vez en mi vida me siento libre. Me siento como si pudiera volar.

Las palabras salen con más emoción de la que pretendía, y puedo ver cómo impactan en ambos. Easton se queda muy quieto, como si acabara de entender algo importante. Weston deja de escanear el lugar con esa vigilancia constante suya y me mira directamente.

—¿Quieres que te hagamos compañía? —pregunta Easton, señalando hacia las cabinas donde trabajan los tatuadores.

—¿Los dos? —pregunto, sorprendida.

—Si quieres —dice Weston—. O podemos esperar fuera si prefieres tener intimidad.

—No —respondo rápidamente—. Quiero que estéis conmigo. Los dos.

Porque es verdad. Quiero que formen parte de esto, que sean testigos de este momento donde marco mi piel con algo que representa mi libertad.

Algo que ellos han ayudado a que pueda sentir.

EASTON

Observo fascinado mientras el tatuador, un hombre de mediana edad con los brazos completamente cubiertos de tinta, prepara meticulosamente sus herramientas. Bella está tumbada de lado en la camilla, con la cadera izquierda expuesta, y hay algo increíblemente íntimo en ver esa parcela de piel pálida que normalmente está oculta.

Weston está de pie junto a la cabecera de la camilla, con una mano descansando ligeramente en el hombro de Bella en un gesto que es puramente protector. Puedo ver la tensión en la línea de su mandíbula, la forma en que sus ojos no dejan de moverse entre el tatuador y Bella, como si estuviera calculando constantemente posibles amenazas.

—¿Lista? —pregunta el tatuador, sosteniendo la pistola de tatuar como si fuera una extensión de su mano.

Bella asiente, pero puedo ver cómo se tensa ligeramente cuando el aparato cobra vida con ese zumbido característico.

—¿Duele? —le pregunto, porque su cara no revela nada, pero conozco lo suficientemente bien su cuerpo ahora como para leer las señales.

—Es intenso —dice, y puedo oír la concentración en su voz—. Pero no insoportable.

La observo durante los siguientes treinta minutos mientras el tatuador trabaja con una precisión que roza lo artístico. Las alas van tomando forma lentamente, línea tras línea, cada detalle añadiendo más delicadeza al conjunto. Son hermosas, etéreas, exactamente como las había descrito.

Pero es cuando el tatuador le muestra el resultado final en el espejo que mi corazón se detiene por completo.

No porque las alas no sean perfectas. Lo son. Es por la expresión de absoluta felicidad que se extiende por la cara de Bella cuando las ve.

—Son preciosas —susurra, tocando suavemente la zona alrededor del tatuaje—. Son exactamente lo que quería.

Y en ese momento tomo una decisión que probablemente es una locura pero que se siente completamente correcta.

—Yo también quiero hacerme uno —anuncio, levantándome de la silla donde he estado esperando.

Tanto Bella como Weston me miran como si me hubiera vuelto loco.

—¿Qué? —pregunta Bella, parpadeando como si no hubiera oído bien.

—Quiero hacerme el mismo tatuaje —digo, señalando hacia mi propia cadera—. En el mismo sitio.

—Easton —dice Weston, y hay una advertencia en su voz—. ¿Estás seguro? Piénsalo bien.

Pero no necesito pensarlo. La decisión ya está tomada.

—Completamente seguro. ¿Puedes hacerlo ahora? —le pregunto al tatuador.

El hombre asiente, preparando una nueva aguja con la misma meticulosidad profesional.

Mientras me quito la camisa y me posiciono en la camilla, puedo sentir los ojos de Bella sobre mí con una intensidad que me quema la piel. Cuando el tatuador empieza a trabajar, el dolor es exactamente lo que esperaba: agudo, constante, pero tolerable.

—¿Por qué? —pregunta Bella en voz baja, acercándose hasta quedar a mi lado.

—Porque quiero llevar un trozo de este momento conmigo para siempre —respondo, y es la verdad más honesta que he dicho en mucho tiempo—. Porque quiero que sepas que esto no es temporal para mí, Bella. Nada de lo que siento por ti lo es.

Veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas, y cuando se inclina para besarme suavemente en la frente, algo se rompe y se recompone en mi pecho al mismo tiempo.

—Weston también se va a hacer uno —dice de repente, y cuando levanto la vista veo que tiene razón.

Weston está hablando con otro tatuador en la cabina de al lado, señalando hacia su propia cadera con esa determinación silenciosa que reconozco inmediatamente.

—Joder —murmuro, sin poder contener la sonrisa que se extiende por mi cara—. No me lo puedo creer.

Ninguno vamos a salir ilesos de esta relación.

ARABELLA

Cuando salimos del estudio dos horas después, los tres llevamos las mismas alas delicadas tatuadas en la cadera izquierda, ocultas bajo la ropa, pero presentes como un secreto compartido. El dolor ha dado paso a una sensación de plenitud que no había experimentado jamás.

Pero no es solo por el tatuaje. Es por lo que representa. Por lo que han hecho por mí.

Nos detenemos en un pequeño parque cercano, y antes de poder pensármelo, me giro hacia Weston y lo beso con una pasión que me sorprende incluso a mí. Puedo sentir su shock inicial, la forma en que se queda rígido durante una fracción de segundo antes de derretirse contra mí y devolverme el beso con una intensidad que me roba el aliento.

Cuando nos separamos, ambos estamos respirando pesadamente.

—No me puedo creer que te hayas hecho el tatuaje —le digo, y mi voz sale ahogada de emoción—. No puedo creer que los dos os lo hayáis hecho.

—¿Por qué te sorprende? —pregunta, apartando un mechón de pelo de mi cara con una ternura que contrasta brutalmente con la intensidad del beso que acabamos de compartir.

—Porque… porque nadie había hecho nunca algo así por mí. Nadie había tomado una decisión basada en lo que yo quería, en lo que me haría feliz. Porque es algo muy definitivo.

Me giro hacia Easton y lo beso también, vertiendo toda mi gratitud y algo más profundo que aún no estoy lista para nombrar en el contacto. Él me devuelve el beso con esa calidez que lo caracteriza, sus manos enredándose en mi pelo como si quisiera memorizar el momento.

—Conoceros ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida —les digo cuando finalmente nos separamos, y las palabras me salen directas del corazón—. Sois las alas que siempre me han faltado.

Veo cómo mis palabras impactan en ambos. La forma en que Easton se queda muy quieto, como si acabara de recibir el mejor regalo de su vida. La manera en que algo se suaviza en la expresión habitualmente controlada de Weston.

—Bella —dice Easton, y hay algo vulnerable en su voz que hace que se me encoja el corazón.

—No digas nada —lo interrumpo, poniendo un dedo sobre sus labios—. No todavía. Solo... quedémonos con esto. Con este momento.

Porque es perfecto así. Los tres de pie en este pequeño parque, con el sol filtrándose entre las hojas de los árboles, llevando todos la misma marca de libertad en nuestros cuerpos. Unidos por algo que va mucho más allá de un simple tatuaje.

Unidos por algo que se siente peligrosamente parecido al amor.

CAPÍTULO 22

ARABELLA

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunta Easton por tercera vez mientras el taxi se detiene delante de un edificio que desde fuera parece un hotel boutique elegante y discreto.

—Completamente —respondo, aunque el corazón me late tan fuerte que estoy segura de que pueden oírlo por encima del ruido del tráfico—. Era lo último de mi lista, ¿verdad?

La lista. Esa famosa lista de cosas que quería experimentar que escribí hace semanas, cuando aún creía que estos dos hombres me dirían que no a todo. El club de sexo era la petición más atrevida, la que escribí convencida de que sería demasiado escandalosa incluso para ellos.

Y, sin embargo, aquí estamos.

Weston paga al taxista sin decir una sola palabra, pero puedo sentir la tensión irradiando de él como ondas de calor. No es nerviosismo exactamente. Es anticipación. Expectativa. La misma energía eléctrica que siento corriendo por mis propias venas.

El edificio no tiene cartel identificativo, solo un número dorado en la puerta de cristal tintado. Parece el tipo de lugar al que solo puedes acceder si sabes exactamente qué estás buscando y si te permiten entrar.

—¿Cómo sabéis de este sitio? —pregunto mientras Easton habla en voz baja con el portero, un hombre elegantemente vestido que nos evalúa con mirada profesional antes de asentir y abrirnos la puerta.

—Hemos investigado —responde Weston simplemente, pero hay algo en su tono que me dice que hay más historia detrás.

El interior es completamente diferente de lo que esperaba. En lugar del ambiente sórdido y vulgar que había imaginado, me encuentro en lo que parece ser un club privado de lujo. Suelos de mármol negro, iluminación tenue y dorada que crea sombras sugerentes, y el murmullo de conversaciones sofisticadas mezclándose con música ambiente.

La gente que veo podría estar en cualquier evento de la alta sociedad: mujeres elegantemente vestidas charlando con copas de champán, hombres trajeados que parecen salidos de Wall Street. Si no fuera por la atmósfera cargada de sensualidad que flota en el aire como un perfume invisible, podría ser una recepción benéfica más.

—Es diferente de lo que pensaba —admito, mirando a mi alrededor con curiosidad.

—¿Y qué esperabas? —pregunta Easton, divertido.

—No sé. Algo más obvio, supongo.

Un camarero se acerca con una bandeja de copas, y acepto una que resulta ser champán de una calidad extraordinaria. El alcohol me ayuda a relajar los nervios que me tienen los hombros tensos.

—La clase y la sensualidad no son mutuamente excluyentes —dice Weston, posándome una mano en la parte baja de la espalda para guiarme hacia una zona de sofás más apartada—. Los mejores lugares son siempre discretos.

Nos instalamos en un sofá de terciopelo en un rincón que nos da buena vista del resto del local sin exponernos demasiado. Es cuando empiezo a observar más detenidamente que noto los detalles que delatan la verdadera naturaleza del lugar.

La pareja en el sofá de enfrente: él tiene la mano deslizada bajo la falda de ella, moviéndose con un ritmo que no deja lugar a dudas sobre lo que está haciendo. Ella mantiene una conversación perfectamente civilizada con otra mujer mientras sus mejillas se van tiñendo de un rosa delator.

Más allá, en una zona ligeramente elevada, una mujer está arrodillada entre las piernas de un hombre que bebe whisky como si no pasara nada extraordinario.

Y en varios puntos estratégicos, veo puertas discretas por las que la gente entra y sale con esa languidez específica de quien ha sido

completamente satisfecho.

—Dios mío —susurro, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello—. Esto es real.

—Completamente real —confirma Easton, y cuando me giro para mirarlo, veo algo ardiendo en sus ojos que hace que se me seque la boca—. ¿Te arrepientes?

—No —respondo sin dudar—. Pero tengo preguntas.

—¿Cuáles? —pregunta Weston, inclinándose hacia mí hasta que puedo oler su colonia mezclada con algo puramente masculino.

Respiro profundo, armándome de valor para hacer la pregunta que me ha estado rondando la cabeza desde que llegamos.

—¿Os gusta mirar? —cuestiono, manteniendo la voz baja—. Porque he notado que uno observa mientras el otro me toca. ¿Es eso lo que os excita? ¿Ver y ser vistos?

El silencio que sigue a mi pregunta es tan denso que podría cortarlo con un cuchillo. Intercambian una mirada que no sé cómo interpretar, pero que hace que algo se remueva en mi estómago.

—No —dice Easton finalmente, y hay algo feroz en su voz—. No nos gusta mirar a cualquiera, Bella. Nos gusta mirarte a ti.

—No nos vale cualquier mujer —añade Weston, y sus ojos se oscurecen hasta volverse casi negros—. Te queremos a ti. Solo a ti. Eres tú la que hace que todo sea especial.

Sus palabras me impactan con una fuerza que me deja sin respiración. No es solo deseo lo que veo en sus caras. Es algo más profundo, más intenso. Algo que me llega hasta los huesos.

—Llevamos años buscándote —continúa Easton, su mano deslizándose hasta mi muslo—. Una mujer que nos entienda. Que nos quiera a los dos. Que no nos obligue a elegir.

—Que sea nuestra —termina Weston, y la posesividad con la que dice «nuestra» hace que algo líquido y caliente se extienda por mi vientre.

Los miro a ambos, estos dos hombres extraordinarios que han cambiado mi vida de formas que no sabía que eran posibles, y tomo una decisión que se siente inevitable.

—Quiero que me llevéis a uno de esos sitios privados —digo, señalando hacia las puertas discretas—. Y quiero que me lo

demostréis.

WESTON

La sala privada a la que nos lleva la anfitriona es una obra maestra de sensualidad discreta. Paredes de terciopelo negro, iluminación tenue que crea sombras íntimas, y una cama king size que domina el espacio como una promesa silenciosa.

Pero lo que realmente capta mi atención es Bella. La forma en que sus ojos recorren el espacio con esa mezcla de nerviosismo y excitación que me pone la sangre caliente. Cómo se muerde ligeramente el labio inferior cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, dejándonos en nuestro propio mundo privado.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto, acercándome hasta quedar directamente frente a ella.

—Un poco —admite, pero cuando levanta la vista para mirarme, veo determinación ardiendo en esos ojos grises—. Pero no quiero parar.

—Bien —digo, deslizando las manos hasta su cintura—. Porque nosotros tampoco queremos parar.

Easton se coloca detrás de ella, sus manos posándose en sus hombros, y por un momento nos quedamos así: los tres conectados en una línea de electricidad pura.

—¿Sabes lo que vas a conseguir? —le pregunto, inclinándome hasta que mi boca está junto a su oído—. ¿Entiendes lo que significa estar aquí, con nosotros dos, en este lugar?

—Significa que por fin voy a tener todo lo que quiero —responde sin dudarlo—. Significa que voy a ser completamente vuestra.

Sus palabras van directas a mi polla como un puñetazo. Sin más preámbulos, capturo sus labios en un beso que es pura dominancia y posesión. Ella se derrite contra mí inmediatamente, sus manos agarrándose a mi camisa como si fuera su ancla en una tormenta.

Detrás de ella, Easton comienza a besarle el cuello, y el gemido que escapa de su garganta me vuelve completamente loco. Es un sonido de rendición absoluta, de una mujer que se entrega completamente a las sensaciones.

—Quítale el vestido —le ordeno a Easton, sin apartar los labios de los suyos.

Siento cómo él obedece, sus manos encontrando la cremallera y bajándola con una lentitud tortuosa. Cuando la tela cae al suelo, me aparto lo justo para poder verla, y lo que veo me roba el aliento.

Está preciosa. Absolutamente perfecta en su conjunto de encaje rojo, con la piel enrojecida por nuestros besos y los ojos vidriosos de deseo. Pero es la forma en la que nos mira —con esa confianza absoluta, esa entrega total— lo que me desata completamente.

—Te quiero tumbada en la cama —le ordeno, y hay acero en mi voz—. Ahora.

ARABELLA

Obedezco sin pensarlo, mis pies descalzos hundiéndose en la alfombra suave mientras me dirijo hacia la cama. Puedo sentir sus miradas sobre mí como caricias físicas, estudiando cada movimiento de mi cuerpo con una intensidad que hace que se me erice toda la piel.

Cuando llego al borde de la cama, me giro para mirarlos. Los dos están de pie donde los he dejado, observándome con esa expresión hambrienta que hace que algo líquido y caliente se extienda por mi vientre.

—¿Qué queréis que haga? —pregunto, y mi voz sale más ronca de lo que esperaba.

—Túmbate —dice Weston, empezando a quitarse la camisa con movimientos lentos y deliberados—. Y no apartes los ojos de nosotros.

Hago lo que me dice, tendiéndome sobre las sábanas negras que se sienten como seda contra mi piel. La tela es fresca, un contraste delicioso con el calor que me recorre todo el cuerpo.

Easton es el siguiente en desnudarse, y el proceso es hipnótico. Cada botón que se desabrocha revela más de su piel dorada, cada prenda que cae al suelo me deja más sin respiración. Cuando por fin está completamente desnudo, tengo que morderme el labio para no gemir.

Es perfecto. Absolutamente perfecto, con esos músculos definidos que hablan de años de entrenamiento físico y una confianza natural que lo hace aún más atractivo.

Weston termina de desnudarse justo después, y el contraste entre ambos es devastador. Donde Easton es luz dorada, Weston es sombra intensa. Más alto, más ancho, con esa presencia dominante que hace que todo mi cuerpo responda instintivamente.

—Joder —susurro, porque es lo único que mi cerebro es capaz de procesar ahora mismo.

Se acercan a la cama uno a cada lado, moviéndose con esa gracia predatoria que me hace sentir como una presa que está a punto de ser devorada de la mejor manera posible.

—¿Estás lista para nosotros? —pregunta Easton, deslizando las manos por mis piernas con una reverencia que me hace temblar.

—Sí —jadeo, porque no hay otra respuesta posible.

Lo que viene después es una sinfonía de sensaciones que me transporta a un universo paralelo donde solo existimos nosotros tres. Se turnan para tocarme, besarme, explorar cada centímetro de mi cuerpo con una dedicación que me lleva al borde de la locura.

Weston se concentra en mi boca y mis pechos, besándome con esa intensidad dominante que me roba el aliento mientras sus manos grandes amasan y pellizcan mis pezones hasta que estoy arqueándome contra él. Easton, por su parte, se dedica a mis piernas y todo lo que hay entre ellas, besando y lamiendo con una precisión que me hace ver estrellas.

—Por favor —jadeo cuando ya no puedo soportar más la tortura exquisita—. Os necesito. A los dos.

—¿Qué necesitas exactamente? —pregunta Weston, apartándose lo justo para mirarme—. Dilo.

—Necesito que me folléis —respondo sin vergüenza, porque en este momento no hay lugar para la modestia—. Los dos. Al mismo tiempo.

La sonrisa que intercambian es absolutamente predatoria.

—¿Estás segura? —pregunta Easton, deslizando los dedos donde más lo necesito y haciéndome gemir—. Porque una vez que

empecemos, no vamos a parar hasta que estés completamente nuestra.

—Estoy segura —jadeo, moviéndome contra su mano—. Más que segura.

Weston se coloca debajo de mí, ayudándome a sentarme sobre él con esa fuerza controlada que me vuelve loca. Cuando me penetra lentamente, tengo que agarrarme a sus hombros para no desmayarme del placer.

—Joder, estás perfecta —gruñe, sus manos cerrándose alrededor de mis caderas—. Tan estrecha, tan caliente.

Easton se coloca detrás de mí, sus manos masajeando mi espalda mientras me susurra palabras dulces al oído. Cuando siento sus dedos preparándome para lo que viene después, el placer es tan intenso que casi me desmayo.

—Relájate, preciosa —murmura contra mi cuello—. Vamos a cuidarte. Siempre.

Y entonces me penetra también, y el mundo desaparece por completo.

La sensación de estar llena por los dos al mismo tiempo es indescriptible. Es intenso, casi abrumador, pero perfectamente correcto. Como si hubiera estado incompleta toda mi vida sin saberlo.

Se mueven juntos con una sincronización que sugiere que han pensado en esto tanto como yo. Cada embestida está calculada para maximizar mi placer, cada movimiento coordinado para llevarme más alto.

—Eres increíble —jadea Easton contra mi oído—. Perfecta para nosotros.

—Nuestra —añade Weston, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me llega hasta el alma—. Completamente nuestra.

El orgasmo se construye lentamente, como una tormenta que se forma en el horizonte. Puedo sentir cada onda de placer expandiéndose desde donde estamos conectados hasta cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Cuando finalmente me golpea, es con una fuerza que me deja sin respiración. Grito sus nombres como una plegaria, agarrándome a

ellos como si fueran lo único que me mantiene con vida mientras me desintegro completamente en sus brazos.

Ellos me siguen inmediatamente, sus propios orgasmos prolongando el mío hasta que todos estamos temblando y sin respiración, completamente destruidos de la mejor manera posible.

EASTON

Después de hacer nuestra a Bella por primera vez, cuando estamos enredados en las sábanas con la respiración aún acelerada, observo la cara de Bella con una fascinación que roza la adoración. Está preciosa así, con el pelo alborotado y las mejillas enrojecidas, los labios hinchados por nuestros besos.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto, apartando un mechón de pelo de su cara.

—Completa —susurra, y hay algo en su voz que hace que se me encoja el corazón—. Por primera vez en mi vida, me siento completa.

—Nosotros también —digo, besándola suavemente en la frente—. Llevábamos años esperándote, Bella. Años sabiendo que nos faltabas.

—Eras tú —añade Weston, atrayéndola más contra su pecho—. Siempre has sido tú.

Ella sonríe, y es una sonrisa tan brillante que podría iluminar toda la habitación.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta.

—Ahora —digo, intercambiando una mirada cómplice con Weston —, nos vamos a casa. Y continuamos exactamente donde lo hemos dejado.

Porque esto no es un final. Es el principio de algo que va a durar para siempre.

El principio de nosotros tres.

CAPÍTULO 23

ARABELLA

Tres semanas. Llevamos tres semanas viviendo en una burbuja de felicidad tan perfecta que a veces me pellizco para asegurarme de que no estoy soñando.

Me despierto cada mañana entre dos cuerpos cálidos que se han convertido en mi hogar más real que cualquier palacio. Weston, que siempre es el primero en levantarse, me trae café a la cama mientras Easton me susurra tonterías al oído que me hacen reír antes de estar completamente despierta. Los domingos por la mañana los pasamos en pijama, con Easton cocinando tortitas mientras Weston lee las noticias en voz alta y yo finjo estudiar, pero en realidad los observo moverse por nuestro espacio compartido con esa sincronización perfecta que han desarrollado a lo largo de los años.

Es hogareño. Es real. Es todo lo que siempre pensé que no tendría.

Las clases en Columbia se han convertido en algo que espero con ganas, no solo por el contenido —que es fascinante— sino porque al terminar, los dos, me esperan en mi cafetería favorita del campus, compartiendo un café y un pastel mientras les cuento todo lo que he aprendido sobre política internacional. Easton me hace preguntas inteligentes que demuestran que realmente me escucha, mientras Weston me observa con esa intensidad silenciosa que hace que me sienta como la cosa más interesante del mundo.

Por las noches exploramos la ciudad como turistas en nuestra propia vida. Cenan conmigo en pequeños restaurantes donde nadie sabe quién soy, me llevan a conciertos en locales underground donde puedo bailar sin preocuparme por los fotógrafos, me

acompañan a librerías de segunda mano donde puedo perderme entre las estanterías sin que nadie me juzgue por mis gustos literarios.

Y por las noches… Dios, por las noches es cuando la magia realmente sucede.

Me hacen el amor como si fuera lo más preciado que han tenido jamás. A veces es lento y reverente, con besos suaves que saben a promesas y caricias que me hacen sentir adorada. Otras veces es intenso y desesperado, con una pasión que nos deja a los tres temblando y sin aliento. Pero siempre, siempre es perfecto.

Esta mañana es especialmente perfecta. Es sábado, no hay clases, y estoy acurrucada entre ellos en nuestra cama king-size, sintiendo el calor de sus cuerpos como una manta viviente. Easton está trazando patrones perezosos en mi espalda desnuda con la yema de los dedos, creando pequeñas descargas eléctricas que me hacen ronronear como una gata satisfecha.

—¿Qué quieres hacer hoy? —pregunta Weston, su voz todavía ronca del sueño mientras me acaricia el pelo.

—Esto —murmuro contra su pecho, inhalando ese olor que es puramente suyo mezclado con el aroma de nuestra piel compartida —. Exactamente esto.

Easton se ríe suavemente, el sonido vibrando contra mi espalda.

—¿Quedarnos en la cama todo el día? —pregunta, presionando un beso en mi hombro—. Me parece un plan perfecto.

Y lo es. Es absolutamente perfecto, esta sensación de pertenencia total que nunca había experimentado. No hay presiones, no hay expectativas, no hay roles que interpretar. Solo somos nosotros tres en nuestro pequeño universo privado.

El teléfono de Weston suena desde la mesita de noche, rompiendo el hechizo momentáneamente. Lo observo estirar el brazo para cogerlo, y frunzo el ceño cuando veo su expresión cambiar al leer la pantalla.

—¿Quién es? —pregunta Easton, notando la misma tensión que yo.

—Grayson —responde Weston, pero en lugar de contestar, rechaza la llamada—. Puede esperar.

Se gira hacia mí con esa sonrisa que hace que se me derrita todo por dentro, como si nada hubiera pasado.

—Donde estábamos —bromea, inclinándose para besarme.

Pero el teléfono vuelve a sonar inmediatamente.

Esta vez Easton suspira.

—Será mejor que lo cojas. Debe de ser importante si insiste tanto.

Weston vacila durante un momento, mirándome como si quisiera memorizar este instante perfecto. Luego coge el teléfono.

—Sí, Gray.

Incluso desde mi posición entre ellos, puedo oír la urgencia en la voz de Grayson al otro lado de la línea, aunque no logro distinguir las palabras. Veo cómo la expresión de Weston se va endureciendo progresivamente, cómo sus músculos se tensan bajo mi mejilla.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta, y hay algo en su tono que hace que se me erice la piel.

Easton se incorpora ligeramente, lo suficiente para poder ver la cara de Weston. La conversación continúa durante varios minutos más, con Weston haciendo preguntas cortantes en monosílabos mientras Easton y yo intercambiamos miradas cada vez más preocupadas.

Cuando por fin cuelga, el ambiente de la habitación ha cambiado completamente. La burbuja cálida y segura de hace unos minutos ha desaparecido, reemplazada por una tensión que puedo sentir vibrando en el aire como electricidad antes de una tormenta.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque una parte de mí no quiere saberlo.

Weston y Easton intercambian una de esas miradas cargadas de significado que a veces me hacen sentir excluida. Es una conversación silenciosa que dura solo unos segundos, pero que me dice que lo que sea que acaba de pasar es grave.

—Nada de lo que tengas que preocuparte ahora mismo —dice Weston finalmente, pero su voz suena forzada—. Solo era trabajo.

—¿Trabajo? —repito, porque algo en mi estómago me dice que no es tan simple.

Easton se levanta bruscamente de la cama, pasándose las manos por el pelo en un gesto nervioso que no le había visto antes.

—Necesito café —anuncia—. Café muy fuerte.

Lo observo alejarse hacia la cocina con movimientos más rígidos de lo normal, y cuando me giro hacia Weston, veo que está mirando al techo con una expresión que no logro interpretar.

—Weston —digo, apoyando la mano en su pecho—. Mírame.

Cuando lo hace, hay algo en sus ojos que hace que se me encoja el corazón. No es solo preocupación. Es algo más profundo, más desesperado.

—¿Qué ha pasado? —insisto.

Me coge la mano y se la lleva a los labios, besando mis nudillos con una ternura que contrasta brutalmente con la tensión irradiando de él.

—Solo… déjanos arreglarlo, ¿vale? —dice—. Déjanos intentar arreglarlo.

Sus palabras me confunden más que me tranquilizan, pero antes de que pueda preguntar qué necesita arreglar, Easton vuelve con una taza de café humeante y una expresión que intenta ser normal pero no lo consigue del todo.

—Entonces —dice con una alegría forzada—. ¿Qué os parece si hoy hacemos algo especial? Podemos ir a ese mercado de antigüedades que querías visitar, Bella. Y luego cenar en ese sitio italiano que tanto te gusta.

La forma en que lo dice, como si quisiera meter el mayor número posible de experiencias felices en un solo día, solo aumenta mi sensación de que algo va terriblemente mal.

Pero cuando veo las caras que ponen cuando creen que no los estoy mirando —esa mezcla de determinación y desesperación silenciosa—, decido no presionar. Por ahora.

En lugar de eso, les regalo mi sonrisa más brillante y finjo que no noto nada extraño.

—Me parece maravilloso —digo—. Suena como el día perfecto.

Y lo es, en cierto modo. Pasamos el día moviéndonos por la ciudad, riéndonos, explorando, creando recuerdos. Pero hay algo desesperado en la forma en que se aferran a cada momento, como

si quisieran grabarlo en sus memorias para poder revivirlo más tarde.

Es solo cuando estamos de vuelta en casa esa noche, acurrucados en el sofá viendo una película que ninguno está realmente siguiendo, que me permito admitir lo que he estado sintiendo todo el día.

Que sea lo que sea lo que Grayson le dijo a Weston esta mañana, nuestro mundo perfecto está a punto de cambiar.

¿Querrá enviarlos a otra misión y tienen que dejarme? Solo pensar en ello hace que se me pongan los pelos de punta y se me parta el corazón.

Y no estoy segura de estar preparada para ello.

EASTON

Esa noche, después de que Bella se haya quedado dormida entre nosotros, me escabullo silenciosamente al salón para llamar a Grayson. Weston me sigue unos minutos después, y nos instalamos en el sofá donde hace solo unas horas estábamos viendo una película, pero ahora se siente como un territorio completamente diferente.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto en cuanto Grayson responde.

—He conseguido retrasar la publicación hasta mañana por la noche —dice, y puedo oír el cansancio en su voz—. Pero eso es todo. Les he ofrecido dinero, favores, amenazas legales. Nada funciona. Es demasiado grande.

—¿Qué tienen exactamente? —pregunta Weston.

—Fotos. Muchas fotos. De los tres juntos en lugares que claramente no son profesionales. Besándola, cogidos de la mano…

Cada palabra es como un puñetazo en el estómago, no porque nos arrepintamos, sino porque sabemos lo que significa. Sabemos cómo va a reaccionar su padre cuando las vea.

—¿El Rey está al tanto?

—Todavía no. Pero lo estará en cuanto salgan publicadas. Y entonces…

—Y entonces todo se acaba —termino, aunque las palabras saben a ceniza en mi boca.

Nos quedamos en silencio durante un momento, procesando la realidad de lo que está a punto de pasar. En algún lugar de este ático, Bella duerme pacíficamente, ajena al hecho de que su mundo —nuestro mundo— está a punto de explotar.

—¿Podemos protegerla? —pregunta Weston, y hay una desesperación en su voz que rara vez he oído.

—Podéis intentarlo —dice Grayson—. Pero una vez que su padre se entere…

Cuelgo el teléfono sin escuchar el resto. No necesito oírlo. Sé exactamente lo que va a pasar.

Weston y yo nos quedamos sentados en el sofá durante horas, sin hablar, simplemente existiendo en este espacio que ha sido nuestro santuario durante estas semanas perfectas. Sabiendo que en menos de veinticuatro horas, todo habrá cambiado.

No puedo soportar pensar que le puedan hacer daño a Bella.

Sabiendo que puede que esta sea la última noche que tengamos con ella así: feliz, despreocupada, nuestra.

Cuando finalmente volvemos al dormitorio, Bella se ha girado en sueños y está acurrucada en el centro de la cama, como si inconscientemente supiera que necesita todo el espacio que pueda conseguir de nosotros.

Nos metemos uno a cada lado, rodeándola con nuestros cuerpos, protegiéndola de un mundo que aún no sabe que está a punto de invadir su felicidad.

Y por primera vez en semanas, ninguno de nosotros duerme.

No puedo dejar de mirarla y solo quiero protegerla de esta bomba.

CAPÍTULO 24

ARABELLA

El sonido de la puerta principal abriéndose con violencia me despierta de golpe, arrancándome de un sueño donde estaba acurrucada entre dos cuerpos cálidos que ya no están a mi lado. El corazón se me dispara inmediatamente, no solo por el sobresalto sino porque reconozco el sonido de botas militares marchando por nuestro hogar como si fuera territorio enemigo.

Me incorporo en la cama, el cabello cayéndome en ondas desordenadas sobre los hombros, y puedo oír voces masculinas en el salón. Voces que no reconozco, duras y profesionales, mezclándose con el murmullo grave de Easton y Weston que suenan tensos de una forma que no había oído jamás.

El miedo me trepa por la garganta como dedos fríos cuando me doy cuenta de que hay más gente en nuestro ático. Extraños. Gente que no debería estar aquí, en nuestro espacio sagrado.

Me levanto bruscamente, cogiendo la primera bata que encuentro —una de Weston que me queda enorme y huele a su colonia— y corro hacia el salón con el corazón latiéndome como un tambor de guerra.

Lo que veo me paraliza completamente.

Mi padre está de pie en el centro de nuestro salón, con su traje gris impecable y esa expresión de furia controlada que reconocería en cualquier parte. A su alrededor hay cuatro hombres del servicio secreto británico, todos con trajes idénticos y esa postura rígida que grita autoridad real.

Pero lo que realmente me roba el aliento es ver a Easton y Weston flanqueando la entrada, bloqueando efectivamente cualquier ruta de escape, con las manos ligeramente alzadas en esa posición

universal de «no somos una amenaza» que han adoptado automáticamente.

Sus caras están completamente inexpresivas, pero conozco lo suficientemente bien sus cuerpos para leer la tensión en la línea de sus hombros, la forma en que se han colocado estratégicamente para poder moverse rápido si es necesario.

—Papá —consigo articular, y mi voz sale como un graznido ahogado—. ¿Qué haces aquí?

Sus ojos azules, fríos como el hielo ártico, se fijan en mí con una intensidad que me hace querer esconderme detrás de Weston. Pero no puedo, porque él está demasiado lejos y porque mi padre ya me ha visto.

—Siéntate, Arabella —dice con esa voz que ha hecho que parlamentos enteros se pongan en pie—. Tenemos que hablar.

Obedezco automáticamente, dirigiéndome hacia el sofá donde anoche estaba acurrucada entre mis dos hombres viendo una película. El contraste es tan brutal que siento como si me hubieran abofeteado.

Mi padre saca un sobre manila de su maletín de cuero y lo deja caer sobre la mesita de café con un golpe seco que resuena por todo el salón como un disparo.

—¿Puedes explicarme qué coño es esto? —dice, y el hecho de que haya soltado una palabrota —algo que nunca hace— me dice lo furioso que está realmente.

Con manos temblorosas, abro el sobre y extraigo su contenido. Fotografías. Docenas de fotografías en papel brillante que muestran los momentos más íntimos de las últimas tres semanas.

Yo besando a Easton en el campo de tiro, con sus manos enredadas en mi pelo y mi cuerpo presionado contra el suyo. Weston y yo cogidos de la mano saliendo de la librería, sonriendo como dos adolescentes enamorados. Los tres abrazados en ese pequeño parque después de hacernos los tatuajes, con una expresión de felicidad que nunca había tenido en fotografías oficiales.

Cada imagen es una puñalada directa al corazón, no porque me avergüence de esos momentos, sino porque eran nuestros. Privados. Sagrados.

—He tenido que pagar una fortuna —continúa mi padre, y su voz se vuelve más fría con cada palabra— para evitar que estas imágenes aparezcan en la portada de todos los tabloides de Europa. He tenido que prometer una exclusiva sobre tu futuro compromiso para que el editor aceptara el trato.

¿Mi futuro compromiso? Las palabras me golpean como un martillazo.

—No voy a comprometerme con nadie —digo automáticamente, aunque mi voz sale débil—. Ya te lo he dicho mil veces.

—¿Ah, no? —Se ríe, y es un sonido frío que no tiene nada de humor—. ¿Después de este espectáculo? ¿Después de enterarme de que mi hija se ha estado revolcando con dos mercenarios americanos?

La palabra «revolcando» me sienta como una bofetada. Reduce todo lo que hemos vivido, todos esos momentos perfectos, a algo sucio y vergonzoso.

—No es así —protesto, poniéndome de pie bruscamente—. No es lo que piensas. Ellos no son…

—¿No son qué? ¿Empleados? ¿Hombres a los que les pago para protegerte, no para aprovecharse de ti?

La rabia me explota en el pecho como fuegos artificiales, caliente y feroz.

—¡No se han aprovechado de mí! —grito, y mi voz resuena por todo el ático—. ¡Yo he elegido estar con ellos! ¡Yo he querido todo lo que ha pasado!

—Por supuesto que lo has querido —dice con esa condescendencia que me pone la sangre caliente—. Eres exactamente como tu madre a tu edad. Fácil de manipular. Fácil de seducir. Sin cerebro para pensar en las consecuencias.

Las lágrimas me queman los ojos, pero no por tristeza. Por rabia pura. Por la humillación de estar siendo tratada como una niña estúpida delante de los hombres que amo.

—Como siempre —continúa, paseándose por el salón como si fuera suyo—, has conseguido engañar a tus guardaespaldas. Has demostrado otra vez que no se puede confiar en que tomes decisiones responsables.

—Papá, por favor…

—No hay excusas que valgan, Arabella. Has puesto en riesgo la reputación de la Corona por un capricho adolescente. Has…

—Con el debido respeto, Su Majestad —la voz de Weston corta el aire como un cuchillo afilado—, no le permito que le hable así a Arabella.

El mundo se detiene.

Mi padre se gira tan bruscamente hacia Weston que casi pierde el equilibrio, con los ojos desorbitados de shock. Los guardias del servicio secreto se tensan inmediatamente, las manos moviéndose hacia sus armas de forma instintiva.

Pero Weston no se inmuta. Está de pie con esa postura militar perfecta, los hombros cuadrados y la barbilla alzada, mirando directamente a los ojos del Rey sin pestañear.

—¿Perdón? —la voz de mi padre sale ahogada por la incredulidad —. ¿Quién coño se cree que es para interrumpirme?

—Soy alguien que la conoce lo suficientemente bien como para saber que es la mujer más extraordinaria que he conocido jamás — dice Weston, y hay una fiereza en su voz que me corta la respiración —. Y no voy a quedarme aquí callado mientras la destroza por ser humana.

Easton da un paso adelante, colocándose junto a Weston en una demostración de apoyo que hace que se me pare el corazón.

—Y ya que estamos siendo honestos, Su Majestad —dice con esa sonrisa en la voz que reconozco como peligrosa—, debería saber que su hija no nos ha engañado. Nosotros somos los responsables de todo lo que ha pasado.

No puedo respirar. Literalmente no puedo coger aire en los pulmones. Estos dos hombres están haciendo algo que nadie en la historia ha hecho jamás: están plantando cara a mi padre. Por mí.

—Cada momento de felicidad que ha tenido en estas semanas — continúa Easton con una calma que contrasta brutalmente con la furia que vibra en el aire—, cada sonrisa, cada risa, cada beso… todo ha sido porque nosotros hemos estado ahí para dárselo.

—Porque la queremos —añade Weston, y las palabras salen como una declaración de guerra—. Los dos. Completamente.

Las confesiones flotan en el aire como bombas que acaban de explotar. Me han dicho que me quieren. No a mí en privado, sino a mi padre, en medio de una confrontación que va a cambiar nuestras vidas para siempre.

La cara de mi padre pasa por varios colores antes de establecerse en un rojo brillante que me hace temer por su salud cardiovascular.

—¡ESTÁIS DESPEDIDOS! —ruge con una voz que probablemente se oye en toda la ciudad—. ¡Los dos! ¡Y como se os ocurra acercaros a mi hija otra vez, haré que os arresten por…!

—¿Por qué, papá? —Mi propia voz me sorprende por lo fuerte que sale—. ¿Por protegerme? ¿Por hacer que fuera feliz por primera vez en mi vida?

Se gira hacia mí con una expresión que podría congelar el infierno.

—Por corromper a mi hija —dice—. Por convertir a una princesa en una…

—No termines esa frase —dice Weston, y hay acero puro en su voz—. Ni se te ocurra terminar esa frase.

Los dos guardias más cercanos dan un paso hacia Weston, pero él no retrocede ni un centímetro. Easton se mueve para ponerse a su lado, y de repente el salón está cargado de una tensión que podría explotar en violencia en cualquier momento.

—Marchaos —ordena mi padre, señalando hacia la puerta—. Ahora. Antes de que llame a la policía.

—Papá, no —suplico, levantándome del sofá tan bruscamente que la bata se me abre, pero no me importa—. Por favor, no hagas esto.

Pero ya es demasiado tarde. Dos de los guardias están escoltando a Easton y Weston hacia la puerta, puedo verlos forcejear, mientras los otros dos me flanquean como si fuera a echar a correr.

Lo que probablemente haría si no estuviera en shock completo.

—Recoge tus cosas —me ordena mi padre—. Nos vamos. Ahora.

—¡Espera! —grito, intentando pasar junto a los guardias para llegar hasta Easton y Weston—. ¡Al menos déjame hablar con ellos!

—No hay nada que hablar —dice mi padre con una finalidad que me hiela la sangre—. Ya has hecho suficiente daño.

Es lo último que veo de ellos: Easton girándose en la puerta con una expresión de dolor absoluto y Weston luchando contra los guardias que lo están empujando hacia el pasillo. Sus ojos se encuentran con los míos durante una fracción de segundo, y veo una promesa ardiendo en esas profundidades oscuras.

Una promesa de que esto no ha terminado.

Y luego desaparecen, y mi mundo se desmorona completamente.

CAPÍTULO 25

EASTON

La oficina de Grayson en West Palm Beach se siente extraña después de estas semanas viviendo en el paraíso de Manhattan. Todo está exactamente como lo dejamos: los mismos muebles de cuero oscuro, las mismas fotografías de misiones exitosas colgando de las paredes, el mismo olor a café caro y ambición que siempre ha definido este lugar.

Pero nosotros ya no somos los mismos hombres que salieron de aquí.

Grayson está sentado detrás de su escritorio, estudiándonos con esa mirada analítica que usa cuando está evaluando una situación complicada. Puedo ver las ojeras que le marcan el rostro, la tensión en sus hombros que me dice que ha estado trabajando día y noche para intentar arreglar el desastre en el que se ha convertido nuestra vida.

—¿Sabéis que vuestras carreras están acabadas, verdad? —dice sin preámbulos, porque Grayson nunca ha creído en endulzar las píldoras amargas—. El Rey ha llamado personalmente a todos nuestros contactos en seguridad privada. Habéis sido incluidos en una lista negra que va a hacer que os sea imposible conseguir trabajo en este sector. En cualquier parte del mundo.

Las palabras deberían dolerme. Debería estar preocupado por el futuro, por cómo vamos a ganar más dinero, por qué vamos a hacer con nuestras vidas. Pero lo único que puedo sentir es un vacío donde debería estar mi corazón.

—No nos importa —respondo, y mi propia voz me sorprende por lo firme que suena.

Weston asiente desde su asiento junto a mí, cruzándose de brazos de esa forma que reconozco como su postura de batalla.

—En absoluto —añade.

Grayson nos mira como si nos hubiera salido una segunda cabeza a cada uno.

—¿Perdón? ¿No os importa que vuestras carreras estén destruidas? ¿Todo lo que hemos construido juntos?

Me inclino hacia adelante en mi silla, sintiendo cómo la determinación se asienta en mi pecho como acero fundido.

—Gray, llevamos semanas viviendo la vida más perfecta que hemos tenido jamás. Nos hemos despertado cada mañana con la mujer que amamos entre nuestros brazos. Hemos visto cómo se iluminaba su cara cuando le llevábamos café a la cama. Hemos oído su risa cuando le contábamos chistes mientras cocinábamos para ella.

Mi voz se quiebra ligeramente al recordar esos momentos, pero continúo.

—¿Crees de verdad que nos importa una carrera cuando hemos perdido todo eso?

—Easton.

—No hemos terminado —dice Weston, y hay algo en su voz que hace que Grayson se quede callado inmediatamente—. Nos vamos a Inglaterra.

—¿Qué? —Grayson parpadea como si no hubiera oído bien.

—Nos mudamos al Reino Unido —continúo—. No podemos estar a miles de kilómetros de ella, Gray. No podemos fingir que estas semanas no han pasado. No podemos volver a nuestras vidas como si ella fuera solo otro trabajo completado.

—¿Y qué vais a hacer allí? —pregunta Grayson, aunque puedo ver en su expresión que ya sabe la respuesta—. ¿Vigilarla desde lejos como acosadores? ¿Convertiros en esos tipos patéticos que no pueden superar una ruptura?

La palabra «ruptura» me duele más de lo que debería, porque implica que lo que teníamos era temporal. Que era algo de lo que se supone que debemos «recuperarnos».

—Vamos a protegerla —dice Weston simplemente—. Con o sin autorización oficial.

—Weston, eso es…

—Amor —lo interrumpo—. Eso es amor, Grayson. Algo que tú entiendes porque es lo mismo que te pasó a ti con Sienna.

Veo cómo mis palabras impactan en él. Grayson ha sido siempre el más pragmático de los tres, el que ve las relaciones como distracciones de la misión. Pero también lo conozco lo suficiente para saber que desde que conoció a Sienna no ha vuelto a ser el mismo. La ama por encima de todo, al igual que nosotros amamos a Arabella.

Se queda en silencio durante largos minutos, tamborileando los dedos contra el escritorio de esa forma que me dice que está procesando lo serios que somos en este tema. Se ha dado cuenta de que no vamos a ceder.

—Es una locura —dice finalmente.

—Sí —coincidimos Weston y yo al mismo tiempo.

—Podrían arrestaros si os pillan acechándola.

—Lo sabemos.

—Podríais acabar en prisión.

—Merece la pena el riesgo.

Grayson suspira profundamente, pasándose una mano por la cara en un gesto de cansancio que le añade años de golpe.

—No puedo apoyar esto oficialmente —dice—. Pero extraoficialmente… conocéis gente. Tenéis recursos. Y si necesitáis algo, cualquier cosa, solo tenéis que llamarme.

Es lo más cerca de una bendición que vamos a conseguir de él, y lo sabemos.

Nos levantamos para irnos, y cuando llego a la puerta, me giro para mirarlo una última vez.

—Gracias, Gray. Por todo.

—No me deis las gracias todavía —responde—. Dádmelas cuando consigáis traerla de vuelta a casa.

WESTON

Seis horas después, estamos en un avión rumbo a Londres con dos maletas y un plan que probablemente nos va a meter en más problemas de los que hemos tenido jamás. Pero mientras observo las nubes pasar por la ventanilla, sintiendo el calor familiar de Easton en el asiento de al lado, sé que estamos haciendo lo correcto.

—¿Alguna vez pensaste que acabaríamos persiguiendo a una princesa por medio mundo? —pregunta Easton, intentando aligerar el ambiente con una de sus bromas, aunque puedo oír la tensión bajo su tono casual.

—No —respondo honestamente—. Pero tampoco pensé que me enamoraría de una.

—¿Te arrepientes? —pregunta, y hay algo vulnerable en su voz que me hace girarme para mirarlo.

—¿De enamorarme de ella? —Sacudo la cabeza sin dudarlo—. Jamás. Ni de un solo segundo que hemos pasado con ella.

—¿Ni siquiera sabiendo cómo iba a terminar esto?

—Especialmente sabiendo cómo iba a terminar —respondo—. Porque si no luchamos por ella ahora, si no intentamos encontrar la forma de estar juntos, voy a pasarme el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado si hubiéramos sido lo suficientemente valientes.

Easton sonríe, y por primera vez desde que salimos de Nueva York, es una sonrisa genuina.

—¿Sabes lo que más me jode de todo esto? —dice.

—¿Qué?

—Que durante estas semanas hemos sido perfectos juntos. Los tres. No había drama ni preocupaciones. Solo amor. Puro y simple.

Tiene razón. Estas semanas han sido la prueba definitiva de que lo que sentíamos era real. No era solo lujuria, ni obsesión, ni la emoción de algo prohibido. Era amor verdadero, del tipo que cambia vidas.

—Y vamos a volver a tenerlo —digo con una convicción que me sorprende—. No sé cómo, pero vamos a encontrar la forma.

—¿Aunque tengamos que vivir en las sombras?

—Aunque tengamos que vivir en las sombras.

El avión continúa su vuelo hacia Londres, llevándonos más cerca de ella con cada minuto que pasa. Y mientras cierro los ojos e intento descansar, mi mente ya está planificando.

Cómo vamos a acercarnos sin ser detectados. Cómo vamos a protegerla sin que nadie nos vea. Cómo vamos a asegurarnos de que esté a salvo y feliz, aunque sea desde la distancia.

Porque eso es lo que haces cuando amas a alguien de verdad. Lo sacrificas todo por su felicidad. Incluso tu propia presencia en su vida si es necesario.

Pero en el fondo de mi corazón, una pequeña llama de esperanza sigue ardiendo. Porque si algo he aprendido en mis años de soldado es que las batallas más difíciles son las que más merece la pena luchar.

Y Bella vale todas las batallas que tengamos que luchar.

CAPÍTULO 26

ARABELLA

El castillo de Wessmore se alza ante mí como una montaña de piedra gris que me aplasta el alma solo con mirarlo. Sus torres medievales perforan el cielo nublado de octubre como lanzas acusadoras, y las ventanas góticas me observan con esa frialdad ancestral que siempre me ha hecho sentir más prisionera que princesa.

El aire de Inglaterra me golpea la cara cuando bajo del Bentley oficial, cargado de humedad y esa melancolía particular que solo existe en los otoños británicos. Huele a hojas muertas, lluvia reciente, y a esa sensación pegajosa de tradición que se adhiere a la piel como una segunda capa de ropa incómoda.

Nada que ver con el aire fresco y lleno de posibilidades de Nueva York. Nada que ver con la libertad que respiré durante tres semanas perfectas que ahora se sienten como un sueño del que me han despertado a bofetadas.

Thompson camina a mi lado con esa rigidez militar que me recuerda constantemente que ya no soy una mujer libre. Soy de nuevo la Princesa Arabella Victoria, una pieza valiosa en el tablero de ajedrez real que debe ser protegida, controlada, y mantenida exactamente donde la Corona la necesita.

Los tacones de mis zapatos repican contra las piedras del patio principal como un metrónomo, cada paso llevándome más lejos de la vida que quiero y más cerca de la jaula dorada que he estado intentando evitar toda mi vida. El sonido se me hace ensordecedor después de semanas de caminar descalza por el ático de Manhattan, de usar zapatillas Converse que no hacían ruido, de moverme por el mundo sin anunciar mi presencia a cada paso.

El gran vestíbulo del castillo me recibe con esa grandeza opresiva que siempre me ha robado el aliento por las razones equivocadas. Techos abovedados que se pierden en las sombras, tapices ancestrales que cuentan historias de conquistas y glorias que nunca fueron mías, y el eco de mis pasos multiplicándose hasta convertirse en un coro de acusaciones silenciosas.

Mi hermano Arthur me está esperando en el pie de la escalinata principal, y el alivio que siento al ver una cara familiar y cariñosa me golpea como una ola inesperada. Lleva un traje informal gris que le sienta como si hubiera sido cortado específicamente para él, pero hay algo en sus ojos —preocupación, cansancio, algo que podría ser pena— que me dice que estos días también han sido duros para él.

—Bella —dice, y su voz suena más suave de lo normal—. Bienvenida a casa.

La palabra «casa» me sienta como un puñetazo. Esta no es mi casa. No después de haber probado lo que era tener un hogar real, un lugar donde podía ser yo misma sin disculpas ni actuaciones.

—Arthur —consigo articular, y antes de poder detenerme, estoy corriendo hacia él como si fuera una niña pequeña buscando consuelo.

Sus brazos se cierran alrededor de mí inmediatamente, y por un momento puedo fingir que todo va a estar bien. Que mi hermano puede arreglar esto como solía arreglar todo cuando éramos pequeños y el mundo era más simple.

—Ven —dice después de un momento, apartándose lo suficiente para poder mirarme a la cara—. Vamos a mi estudio.

Asiento, porque quiero hablar con él. Antes de que papá baje a recordarme exactamente por qué estoy aquí y cuáles van a ser las nuevas reglas de mi existencia cuidadosamente controlada.

El estudio privado de Arthur es el único lugar del castillo que siempre me ha parecido realmente acogedor. Las paredes forradas de libros que van del suelo al techo, la chimenea que crepita suavemente llenando el aire de ese olor a leña que me tranquiliza,

los sofás de cuero gastado donde hemos pasado tantas tardes de nuestra infancia refugiándonos de los protocolos y las expectativas.

Aquí siempre hemos podido ser solo hermanos. Solo Arthur y Bella, no el futuro rey y la princesa problemática.

Me dejo caer en mi sofá favorito, el que está junto a la ventana que da a los jardines, y por primera vez desde que salí de Nueva York siento como si pudiera respirar sin que me duela el pecho. Arthur se sienta frente a mí, estudiándome con esa expresión preocupada que siempre pone cuando sabe que algo va terriblemente mal en mi vida.

—Cuéntame qué ha pasado realmente en Nueva York —dice, y no hay juicio en su voz, solo curiosidad fraternal—. Porque sea lo que sea, te ha cambiado. Completamente.

La pregunta me desestabiliza, porque me obliga a poner en palabras algo que he estado sintiendo en el cuerpo, en el alma, pero que no he tenido tiempo de procesar intelectualmente.

—He podido ser yo misma —digo finalmente, y las palabras salen cargadas de una nostalgia que me duele hasta en los huesos—. Por primera vez en mi vida, Arthur, he podido ser realmente yo misma.

—¿Tan diferente eres de quién eres aquí?

Me río, y es un sonido sin humor que me sorprende incluso a mí.

—Aquí soy la Princesa Arabella Victoria Mountbatten-Wessmore —digo, pronunciando cada sílaba de mi título como si fuera veneno—. Allí era solo Bella. Una estudiante de máster que podía ir a librerías, comer perritos calientes en puestos callejeros, llevar vaqueros rotos y zapatillas Converse, y reírse tan fuerte como quisiera sin preocuparse por si era «apropiado para una dama de mi posición».

Arthur se queda en silencio durante un momento, procesando mis palabras.

—¿Y ellos? —pregunta finalmente—. Tus guardaespaldas. ¿Easton y Weston?

Solo oír sus nombres pronunciados en voz alta hace que algo se contraiga dolorosamente en mi pecho. Mi cuerpo reacciona automáticamente: el corazón se me acelera, la piel se me calienta, y una nostalgia tan intensa que es casi física me recorre desde la coronilla hasta la punta de los dedos.

—Me he enamorado de ellos —respondo, y mi voz se quiebra ligeramente—. No me vieron como una princesa que había que proteger, o como una responsabilidad que gestionar, o como una pieza del ajedrez real que había que mantener en su sitio. Me vieron como una mujer. Como Bella.

—Bella, sabes que lo que pasó no puede continuar, ¿verdad?

La rabia familiar empieza a bullir en mi estómago, caliente y feroz.

—¿Por qué no? —pregunto, alzando la barbilla con dignidad. No pienso avergonzarme por amarlos—. ¿Por qué mi felicidad personal tiene que ser sacrificada en el altar de la imagen pública?

Arthur suspira, pasándose una mano por el pelo en un gesto que me recuerda dolorosamente a papá cuando está cansado de mis «rabietas».

—Porque naciste princesa —dice con una gentileza que duele más que cualquier grito—. Porque a veces el deber es más importante que los deseos personales.

—¿Según quién? —me levanto del sofá bruscamente, sintiendo cómo la energía nerviosa me bulle por las venas—. ¿Según papá, que se casó por obligación con mamá? ¿Según las tradiciones escritas por hombres muertos hace siglos que nunca tuvieron que elegir entre su corazón y su corona?

—Bella.

—¡No! —Mi voz resuena por todo el estudio—. ¿Por qué no puedo trabajar en lo que he estudiado? ¿Por qué no puedo usar mi educación en Relaciones Internacionales para hacer algo realmente útil para la Corona? ¿Por qué no puedo amar a quien quiera amar?

Arthur se levanta también, acercándose con esa cautela que usa cuando sabe que estoy al borde de una explosión emocional completa.

—Porque el mundo nos está mirando siempre —dice—. Porque cada decisión que tomamos afecta a miles de personas que confían en que representemos a algo más grande que nosotros mismos.

—¿Y mi felicidad? —pregunto, y las lágrimas que he estado conteniendo empiezan a quemar mis ojos—. ¿Eso no cuenta para nada? ¿El hecho de que por primera vez en veintiséis años me haya sentido completa, viva, real?

—Por supuesto que cuenta —dice, y hay algo quebrado en su voz que me dice que esta conversación le está doliendo tanto como a mí —. Pero a veces…

—A veces no es suficiente —termino por él, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano—. A veces ser princesa significa renunciar a todo lo que te hace humana.

Arthur no responde, y su silencio es más elocuente que cualquier palabra.

Me dirijo hacia la puerta, pero me detengo con la mano en el pomo de latón, sin girarme para mirarlo.

—Arthur, esos hombres me enseñaron a ser fuerte. A ser yo misma. Sé que puedo ser útil para la Corona de otras formas —digo con una voz que sale más tranquila de lo que me siento—. Que puedo aportar más trabajando en embajadas, en organizaciones internacionales, usando mi educación para algo más que para salir bonita en las fotos. Pero papá nunca va a verlo así, ¿verdad?

—Probablemente no —admite con una honestidad brutal que agradezco.

—Entonces supongo que vamos a tener un problema —digo, abriendo la puerta—. Porque yo no voy a renunciar a la vida que quiero sin luchar. Y definitivamente no voy a renunciar a los hombres que amo.

Salgo del estudio dejando a mi hermano con la palabra en la boca, y mientras camino por los pasillos de mármol hacia mi habitación, me hago una promesa silenciosa.

Voy a encontrar la forma de volver a Nueva York. A mis estudios. A mi vida real.

Con Easton y Weston.

No importa lo que tenga que hacer, no importa cuánto tiempo me lleve. Voy a recuperar mi libertad.

Y a los hombres que me dieron alas para volar.

CAPÍTULO 27

ARABELLA

La porcelana de Wedgwood tintinea contra el platillo cuando Lady Pemberton deja su taza con más fuerza de la necesaria, probablemente para enfatizar el punto que acaba de hacer sobre la importancia de mantener las tradiciones florales en los jardines del palacio. El sonido me araña los nervios como uñas contra una pizarra, pero mantengo esa sonrisa educada que he perfeccionado durante años de práctica.

Llevamos dos horas sentadas en el Salón Rosa, rodeadas de tapices del siglo XVIII y el aroma asfixiante de las rosas que mamá insiste en tener frescas cada día, fingiendo que me importan las opiniones de estas cuatro mujeres sobre temas que van desde la decoración de los jardines hasta el protocolo apropiado para recibir dignatarios extranjeros.

Es exactamente el tipo de tarde que me hacía querer gritar cuando era adolescente, y que me hace querer llorar ahora que sé lo que es vivir de verdad.

—Por supuesto, Su Alteza comprenderá que el compromiso con la tradición es fundamental en estos tiempos tan inciertos —está diciendo Lady Harrington, una mujer de sesenta y tantos años que ha convertido la adulación a la realeza en una forma de arte.

—Absolutamente —respondo automáticamente, cogiendo un pastelito que no tengo ninguna gana de comer—. La estabilidad es crucial.

Es mi respuesta estándar para todo lo que dicen estas mujeres. Palabras vacías que no comprometen a nada pero que suenan lo suficientemente regias como para mantenerlas contentas. El problema es que durante semanas me he acostumbrado a tener

conversaciones reales sobre temas que me importan, con hombres que valoraban mi inteligencia más que mi título.

Con Easton y Weston.

El pensamiento aparece sin avisar, como siempre, trayendo consigo esa punzada familiar de dolor que me atraviesa el pecho. Tres días. Han pasado solo tres días desde que los perdí, pero se sienten como tres años. Mi cuerpo aún reacciona a su ausencia como si hubiera perdido miembros vitales: el brazo derecho busca automáticamente la mano de Easton cuando camino, mi espalda echa de menos el calor protector de Weston por las noches, y cada taza de café que me sirven aquí sabe a cartón comparada con las que Easton me preparaba cada mañana.

—Su Alteza parece distraída —observa Lady Pemberton con esa perspicacia molesta que tienen las mujeres que se han pasado décadas estudiando cada gesto de la realeza—. ¿Está todo bien?

—Perfectamente —miento, forzando mi sonrisa a volverse más brillante—. Solo estaba pensando en lo afortunados que somos de tener estos momentos de tranquilidad para…

La puerta del salón se abre con más violencia de la que jamás había visto en este lugar. Thompson aparece en el umbral, con la cara pálida como la cera y una expresión que reconozco inmediatamente: algo ha ido terriblemente mal.

—Su Alteza —dice, dirigiéndose directamente a mí—. Necesito hablar con usted. Urgentemente.

El aire del salón se vuelve espeso como melaza. Puedo sentir cómo las cuatro damas se tensan en sus asientos, sus tazas de té suspendidas a medio camino hacia sus labios mientras sus ojos se mueven entre Thompson y yo como espectadores en un partido de tenis.

—¿Qué ocurre? —pregunto, poniéndome de pie tan bruscamente que mi silla chirría contra el suelo de mármol.

Thompson mira significativamente hacia las invitadas, y lo entiendo inmediatamente. Sea lo que sea, no puede decírmelo delante de ellas.

—Señoras, me temo que tendré que pedirles que nos disculpen —digo con esa cortesía automática que sale sin que tenga que

pensarla—. Ha surgido un asunto que requiere mi atención inmediata.

Las cuatro mujeres se levantan con el revuelo apropiado de sorpresa y preocupación, recogiendo sus bolsos y murmurando palabras de comprensión mientras Thompson las escolta hacia la puerta. Cuando por fin estamos solos, el silencio del salón se siente ensordecedor.

—¿Qué ha pasado? —repito, y esta vez no puedo ocultar el terror que me trepa por la garganta.

—Su Alteza Real el Príncipe Arthur ha sido atacado durante un evento público hace dos horas —dice Thompson, y cada palabra cae como un martillazo—. Un hombre se acercó a él con un objeto contundente durante una visita a un hospital infantil en Manchester.

El mundo se inclina de una forma que no tiene nada que ver con el mareo. Es como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies, dejándome cayendo en un vacío que no tiene fondo.

—¿Está…? —No puedo terminar la pregunta porque mi garganta se ha cerrado completamente.

—Está bien —dice rápidamente—. Herido, pero vivo. Tiene una fractura en la tibia izquierda por el forcejeo que requerirá cirugía, pero los médicos dicen que se va a recuperar completamente.

El alivio me golpea con tanta fuerza que tengo que sentarme antes de que las piernas me fallen. Arthur está vivo. Herido, pero vivo. Eso es lo único que importa.

—¿Dónde está ahora? —pregunto cuando por fin recupero la capacidad de hablar.

—En el Hospital Privado Real de Londres. La cirugía ha sido exitosa, pero va a necesitar tiempo para recuperarse.

—Tengo que verlo —digo, levantándome bruscamente—. Ahora mismo. Prepara el coche.

Thompson me mira con esa expresión que reconozco: va a darme una respuesta que no me va a gustar.

—Su Majestad ya está en ruta al hospital. Ha ordenado que usted permanezca aquí hasta…

—Me importa una mierda lo que haya ordenado mi padre —exploto, y mi voz resuena por todo el salón como un grito de guerra

—. Mi hermano está herido y voy a verlo. Ahora.

Hay algo en mi tono que debe convencerlo, porque asiente lentamente.

—Muy bien, Su Alteza. Prepararé el convoy.

El trayecto hasta Londres se me hace eterno, no solo por el tráfico sino por el convoy de tres coches que me hace sentir como si estuviera en una procesión fúnebre. Veo la ciudad pasar por las ventanillas tintadas del Bentley, pero todo parece borroso, irreal, como si estuviera viendo una película en lugar de mi propia vida.

Cada semáforo en rojo me pone más nerviosa, cada desvío me hace querer gritar. Solo puedo pensar en Arthur, solo en su cara cuando me fue a buscar a las cocinas hace semanas, en cómo me defendió delante de papá, en lo mucho que me ha cuidado durante toda mi vida.

Y ahora está en el hospital.

El Hospital Privado Real es una mezcla de elegancia británica y tecnología médica de vanguardia que normalmente me impresionaría. Pero hoy solo veo pasillos que me separan de mi hermano, puertas que tengo que cruzar para llegar hasta él.

Me llevan directamente a la planta VIP, donde el silencio es interrumpido solo por el murmullo lejano de máquinas y el sonido amortiguado de conversaciones profesionales. Puedo oler ese aroma característico de los hospitales: desinfectante mezclado con flores caras y esa tensión particular que flota en el aire cuando la gente importante está herida.

Papá está de pie en el pasillo, hablando con un hombre en bata blanca que supongo que debe de ser el cirujano. Cuando me ve acercarme, su expresión se endurece de una forma que me prepara para lo peor.

—¿Cómo está? —pregunto sin preámbulos.

—Despierto y estable —responde el médico—. La cirugía ha ido bien. La fractura era limpia, sin daño en los tejidos circundantes. Con

fisioterapia adecuada, debería recuperar el movimiento completo en tres o cuatro meses.

Tres o cuatro meses. Tres o cuatro meses durante los cuales Arthur no va a poder cumplir con ninguna de sus obligaciones oficiales.

—¿Puedo verlo? —vuelvo a preguntar.

—Cinco minutos. Está sedado, pero consciente.

—Enseguida me reuniré contigo, Arabella —dice mi padre.

Arthur está más pálido de lo que lo he visto jamás cuando entro en su habitación, pero sus ojos se iluminan cuando me ve. Tiene una pierna completamente escayolada y elevada, varios monitores pitando suavemente a su alrededor, y una sonrisa débil que intenta tranquilizarme.

—Ey, hermana pequeña —dice con voz ronca—. Menos mal que has venido.

—Arthur —Me acerco a su cama, cogiendo su mano entre las mías como si pudiera transmitirle toda mi fuerza a través del contacto—. Dios, cuando me han dicho lo que había pasado… He pensado lo peor.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos, cálidos y familiares, y por un momento soy solo su hermana pequeña, no la princesa problemática que acaba de volver de casi crear un escándalo internacional.

—Estoy bien —dice, y aunque su voz suena cansada, puedo oír la sinceridad en ella—. Solo es una pierna rota. Estaré fuera de combate durante unos meses, pero nada que no pueda manejar.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunto, porque necesito entender cómo alguien ha conseguido acercarse lo suficiente a mi hermano para atacarlo.

—Ha sido un loco durante un evento público en Manchester —explica con esa naturalidad que solo Arthur puede mantener cuando habla de alguien que intentó hacerle daño—. Consiguió pasar los controles de seguridad armado. Mis guardaespaldas lo neutralizaron rápidamente, pero no antes de que me diera un golpe en la pierna.

Asiento, sintiendo cómo parte de la tensión abandona mis hombros.

—Me alegro de que estés bien —susurro, inclinándome para besarle la frente—. Te quiero, idiota.

—Yo también te quiero, hermana pequeña —responde con una sonrisa más genuina.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, simplemente disfrutando de estar juntos después del susto. Es cuando oigo pasos en el pasillo que sé que mi momento de paz ha terminado.

Papá entra en la habitación con esa presencia autoritaria que llena cualquier espacio, seguido de cerca por dos hombres del servicio secreto que se quedan junto a la puerta como estatuas armadas.

—Arabella —dice, dirigiéndose directamente a mí—. Tenemos que hablar. Ahora.

El tono no admite discusión. Me levanto de la silla junto a la cama de Arthur, pero antes de seguir a papá, me giro hacia mi hermano.

—Descansa —le digo—. Volveré a verte antes de irme.

—Bella —me llama cuando ya estoy en la puerta—. Sé inteligente.

No estoy segura de lo que quiere decir con eso, pero asiento de todas formas.

Papá me lleva a una sala de reuniones privada del hospital que huele a desinfectante caro y tensión acumulada. Es una habitación austera con una mesa de conferencias, sillas ergonómicas, y ventanas que dan a un patio interno donde no hay nada que ver excepto muros de ladrillo.

Se sienta al otro lado de la mesa, estudiándome con esa mirada que he aprendido a temer a lo largo de los años. Es la mirada que pone cuando está a punto de tomar una decisión que me va a joder la vida.

—El ataque a tu hermano cambia las cosas —dice sin preámbulos —. Demuestra que sigue habiendo elementos hostiles que quieren dañar a la Corona. Que la situación de seguridad es más frágil de lo que pensábamos.

Asiento, porque es obvio. Aunque no entiendo qué tiene que ver eso conmigo.

—Arthur no va a poder cumplir con sus obligaciones oficiales durante meses —continúa—. Con la cirugía, fisioterapia,

recuperación… La agenda real no puede detenerse.

Y ahí está. Puedo ver hacia dónde va esto, y no me gusta nada.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Que asumas sus responsabilidades. Todas. Eventos oficiales, galas benéficas, visitas de estado. La Corona necesita mostrar que seguimos siendo fuertes, que un ataque aislado no puede doblegarnos.

La rabia me bulle en el estómago como ácido caliente. Por supuesto. Por supuesto que su solución es cargarme con más obligaciones principescas, más sonrisas falsas, más horas fingiendo ser alguien que no soy.

—No —digo automáticamente, cruzándome de brazos—. No voy a hacerlo.

Sus ojos se endurecen.

—¿Perdón?

—He dicho que no —repito, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que sé que lo irrita—. No voy a pasar los próximos meses siendo tu muñeca sonriente mientras Arthur se recupera. No voy a fingir que soy feliz con una vida que odio.

—No tienes elección en este asunto, Arabella.

—Siempre hay elección —respondo, poniéndome de pie tan bruscamente que la silla chirría contra el suelo—. Y mi elección es no participar en esta farsa de responsabilidades que no me interesan para nada.

Papá se levanta también, y de repente el aire de la habitación se vuelve eléctrico con tensión.

—¿Farsa? —Su voz se eleva peligrosamente—. ¿Llamas farsa a servir a tu país? ¿A cumplir con tu deber?

—¡Llamo farsa a sonreír como una idiota mientras corto cintas y finjo que me importan las conversaciones sobre el clima! —exploto —. ¡Llamo farsa a desperdiciar una educación universitaria para ser una cara bonita en fotografías oficiales!

—Eres una princesa.

—¡Soy una mujer con una carrera en Relaciones Internacionales! —lo interrumpo—. ¡Podría estar trabajando en embajadas, en

organizaciones internacionales, haciendo diplomacia real! ¡Pero en lugar de eso quieres que sea una muñeca decorativa!

El silencio que sigue a mi explosión es tan denso que podría cortarlo con un cuchillo. Papá me mira con una expresión que no logro interpretar, algo entre la sorpresa y el cálculo.

—¿Eso es lo que realmente quieres? —pregunta finalmente—. ¿Trabajar en diplomacia?

—Entre otras cosas —respondo, porque no voy a mentirle—. Quiero una vida que tenga sentido. Quiero usar mi cerebro para algo más que memorizar nombres y protocolos de etiqueta.

—¿Y qué más quieres? —Hay algo en su tono que me pone en guardia.

—Quiero volver a Nueva York —digo sin dudarlo—. Quiero terminar mi máster. Y quiero estar con los hombres que amo.

La confesión flota entre nosotros como una bomba que acaba de explotar.

—Eso no va a pasar —dice con una firmeza que me hiela la sangre—. Nunca.

—Entonces supongo que no vamos a llegar a ningún acuerdo —digo, dirigiéndome hacia la puerta.

—Arabella —su voz me detiene en el umbral—. Si no aceptas hacer esto por las buenas, tendré que obligarte. Y créeme cuando te digo que no quieres saber lo que significa eso.

La amenaza queda suspendida en el aire como una espada sobre mi cabeza. Me giro para mirarlo, y veo algo en sus ojos que me dice que no está faroleando.

—¿Me estás amenazando, papá?

—Te estoy ofreciendo una opción —responde—. Puedes asumir las responsabilidades de Arthur voluntariamente, con cierta flexibilidad en cómo las cumples. O puedo hacer que las asumas de otra forma mucho menos agradables.

Entiendo perfectamente lo que está diciendo. Puedo elegir hacer esto conservando algo de control, o puedo resistirme y descubrir exactamente cuánto poder tiene un rey sobre su hija.

La decisión se toma sola en mi cabeza. Si tengo que hacer esto, lo voy a hacer en mis términos. Y voy a usar cada oportunidad que

me dé para planificar mi escape.

—Muy bien —digo finalmente—. Acepto. Pero con condiciones.

Sus cejas se alzan ligeramente.

—¿Condiciones?

—Quiero estar informada de todo lo que esté pasando con la seguridad. Si hay amenazas contra la Corona, tengo derecho a saberlo. No voy a ser una diana ciega.

Asiente lentamente.

—¿Algo más?

—Quiero flexibilidad en los horarios. Si voy a representar a la Corona, quiero hacerlo bien. Eso significa tiempo para prepararme, para entender los eventos, para no parecer una idiota.

—Es aceptable.

—Y quiero que te plantees la posibilidad de que trabaje en diplomacia real después de que Arthur se recupere. No como un favor, sino como una opción seria.

Papá me mira durante un momento largo, y puedo ver las ruedas girando en su cabeza.

—Si demuestras que puedes manejar estas responsabilidades con madurez —dice finalmente—, consideraré otras opciones para tu futuro.

No es una promesa, pero es más de lo que esperaba conseguir.

—Entonces tenemos un trato —digo, extendiendo la mano.

Cuando se la estrecho, siento como si acabara de firmar un pacto con el diablo. Pero también siento algo que no había sentido en días: esperanza.

Porque cada evento público va a ser una oportunidad de escaparme entre la multitud. Y voy a aprovechar cada una de ellas.

CAPÍTULO 28

ARABELLA

El Gran Salón del Hotel Claridge bulle de actividad: conversaciones elegantes que se mezclan con el tintineo de las copas de champán, el murmullo de risas educadas y esa energía particular que solo tienen los eventos donde la élite británica se reúne para celebrar causas benéficas mientras se ve y se deja ver.

Llevo dos horas sonriendo hasta que me duelen las mejillas, estrechando manos que no reconozco, y fingiendo interés en conversaciones sobre temas que antes me importaban pero que ahora se sienten como ruido de fondo comparadas con el vacío que me carcome por dentro desde hace una semana.

Una semana desde que perdí a Easton y Weston.

Una semana fingiendo que mi mundo no se ha desmoronado completamente.

El vestido de seda azul marino que llevo se siente como una armadura elegante, ciñéndose a mi cuerpo con esa perfección que solo consigue la alta costura, pero no puede ocultar la tensión que me marca los hombros ni el cansancio que sé que se me ve en los ojos a pesar del maquillaje perfecto. Los tacones de Louboutin me elevan diez centímetros del suelo, pero me siento más pequeña que nunca.

Papá está al otro lado del salón, rodeado de políticos y empresarios que compiten por su atención, irradiando esa autoridad real que hace que la gente se incline ligeramente cuando le habla. Cada vez que nuestras miradas se cruzan accidentalmente, veo esa expresión de satisfacción controlada que me dice que cree haber ganado. Que cree que he aceptado mi destino como la princesa perfecta que siempre quiso que fuera.

No tiene ni idea de que cada sonrisa que fuerzo es un acto de rebelión silenciosa. Que cada «por supuesto» educado que pronuncio es una promesa de que voy a encontrar la forma de recuperar mi libertad.

Estoy preparando mi vía de escape.

Lord Ashworth está contándome algo sobre sus caballos de carreras con esa pasión que reserva para temas que no le interesan a nadie más, cuando lo veo.

Un destello de pelo dorado que reconocería en cualquier parte, moviéndose entre los camareros que circulan con bandejas de canapés.

Se me para el corazón durante un segundo completo.

No puede ser. Mi cerebro me está jugando una mala pasada, creando espejismos de lo que más deseo ver. Porque Easton no puede estar aquí, en Londres, trabajando como camarero en un evento oficial donde también está mi padre.

Pero entonces se gira ligeramente, y veo su perfil. Y ya no me queda ninguna duda. La línea familiar de su mandíbula, esa sonrisa que reconocería entre un millón, la forma en que se mueve con esa gracia natural que siempre me ha fascinado.

Es él. Es realmente él.

La emoción me golpea con tanta fuerza que tengo que agarrarme al brazo de Lord Ashworth para no tambalearme. Es como si hubiera estado conteniendo la respiración durante una semana y por fin pudiera volver a llenar mis pulmones de aire.

—¿Su Alteza? ¿Se encuentra bien? —pregunta Lord Ashworth, y puedo oír la preocupación genuina en su voz.

—Perfectamente —consigo articular, aunque mi voz suena ahogada—. Solo necesito un momento para refrescarme.

Escaneo el salón con una desesperación que intento disimular, buscando esa presencia silenciosa y poderosa que sé que debe estar cerca si Easton está aquí. Y lo encuentro.

Weston está de pie junto a una de las columnas de mármol que flanquean la entrada, vestido con traje negro que lo hace parecer uno más de los guardias de seguridad privada que siempre hay en estos eventos. Pero reconozco cada línea de su cuerpo, la forma en

que mantiene las manos ligeramente apartadas del cuerpo, listo para moverse, la manera en que sus ojos oscuros escanean constantemente el área que nos rodea.

Nos está protegiendo. Después de todo lo que ha pasado, después de que papá los echara de nuestras vidas, siguen aquí. Siguen cuidándome.

Las lágrimas me queman los ojos con una intensidad que me aterroriza. Si empiezo a llorar aquí, delante de toda esta gente, van a hacer preguntas que no puedo responder. Van a pensar que algo va terriblemente mal.

Pero la alegría, el alivio, la esperanza que me explota en el pecho es tan intensa que siento como si fuera a desmayarme de pura emoción.

—Lord Ashworth —digo, interrumpiéndolo en medio de una anécdota sobre una yegua ganadora—, me temo que tengo que pedirle que me disculpe. Necesito retocarme el maquillaje.

Asiente con esa cortesía automática que todos los hombres de su generación han perfeccionado.

—Por supuesto, Su Alteza. Ha sido un placer conversar con usted.

Me dirijo hacia el área de los aseos con pasos que intento mantener elegantes y controlados cuando lo que realmente quiero es echar a correr. Cada fibra de mi ser está gritando que necesito llegar hasta ellos, tocarlos, asegurarme de que son reales y no una alucinación creada por mi desesperación.

Cuando paso junto a la columna donde está Weston, nuestras miradas se cruzan durante una fracción de segundo. No cambia su expresión —sigue pareciendo un guardia de seguridad profesional haciendo su trabajo—, pero veo algo en sus ojos que me llega hasta los huesos.

Alivio. La misma emoción abrumadora que estoy sintiendo yo, reflejada en esas profundidades oscuras.

Un ligero movimiento de cabeza hacia los aseos. Tan sutil que cualquiera que no lo conociera como yo lo conozco pensaría que simplemente ha movido la cabeza para escanear otra área del salón.

Mi corazón se dispara como un motor revolucionado. Me ha entendido.

El área de los aseos del Claridge es tan elegante como el resto del hotel: espejos con marcos dorados, apliques de cristal que proyectan luz suave sobre mármol pulido, y ese aroma sutil a perfume caro y flores frescas. Normalmente me siento cómoda en espacios como este, lugares diseñados para cuidar los sentidos.

Pero hoy solo puedo pensar en que en unos segundos voy a volver a ver a los hombres que amo.

Thompson, mi guardaespaldas oficial, me sigue a una distancia respetuosa, pero cuando llegamos al área cercana a los aseos, se queda junto a la entrada.

—Cinco minutos, Su Alteza —dice con esa voz profesional que uso todos mis guardaespaldas oficiales.

—Por supuesto —respondo, empujando la puerta del aseo principal.

El espacio está desierto, iluminado por luces suaves que se reflejan en los espejos como estrellas. Puedo oír el murmullo lejano de la fiesta al otro lado de las paredes, pero aquí todo es silencio y anticipación.

Me dirijo hacia el área de los lavabos, fingiendo que me retoco el maquillaje mientras espero. Las manos me tiemblan ligeramente cuando saco el pintalabios del bolso, y tengo que respirar profundamente varias veces para calmar los nervios que me están destrozando por dentro.

Han venido. No sé cómo, no sé por qué, pero han venido.

El sonido suave de la puerta abriéndose me hace girarme, y entonces están ahí.

Easton entra primero, todavía vestido con el uniforme de camarero, pero ahora puedo ver su cara completamente. Tiene ojeras que no estaban ahí hace una semana, una tensión en los rasgos que me dice que estos días han sido tan duros para él como para mí. Pero cuando me ve, su expresión se transforma completamente. Esa sonrisa devastadora que reconocería en cualquier parte se extiende por su cara como el amanecer.

Weston aparece inmediatamente detrás de él, cerrando la puerta y asegurándola con un movimiento fluido. Se ha quitado la chaqueta del traje y la ha doblado sobre el brazo, y puedo ver las líneas

familiares de su torso bajo la camisa blanca. Sus ojos me encuentran en el espejo y se quedan fijos ahí, estudiando mi cara como si quisiera memorizar cada detalle.

Durante unos segundos que se sienten como una eternidad, nos quedamos así. Mirándonos. Procesando el hecho de que estamos en la misma habitación otra vez, respirando el mismo aire, lo suficientemente cerca para tocarnos.

—Bella —dice Easton, y mi nombre sale de su boca como una oración.

Las barreras que he estado manteniendo durante una semana se desmoronan completamente. Me doy la vuelta y echo a correr hacia ellos con los tacones repicando contra el mármol, y Easton me coge cuando me lanzo a sus brazos como si fuera mi salvavidas en medio de una tormenta.

Sus brazos se cierran alrededor de mí con esa fuerza que tanto me gusta, sosteniéndome contra su pecho mientras inhalo ese aroma que es puramente suyo: colonia cara mezclada con algo cálido y masculino que me vuelve loca. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi mejilla, fuerte y constante, y el sonido es la música más hermosa que he oído en mi vida.

—No puedo creer que estéis aquí —susurro contra su cuello, y mi voz se quiebra con la emoción—. Pensaba que os habíais ido para siempre. Pensaba que no os volvería a ver.

—Nunca —dice Weston, acercándose hasta que puedo sentir su calor a mi espalda—. Nunca nos vamos a alejar de ti, princesa.

Su mano se desliza hasta mi nuca, los dedos enredándose en mi pelo con esa familiaridad que me hace derretirme contra ellos. Cuando me aparto lo suficiente de Easton para poder ver la cara de Weston, veo algo feroz en sus ojos que me roba el aliento.

—¿Cómo? —pregunto, porque necesito entender cómo han conseguido estar aquí—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Tenemos conexiones —responde Easton con esa sonrisa traviesa que me llega hasta los dedos de los pies—. Resulta que conocemos gente que conoce gente que puede conseguir trabajo temporal en eventos como este.

—¿Os habéis estado escondiendo en Londres toda la semana?

—Desde el día siguiente a que tu padre nos echase —confirma Weston—. No podíamos estar a miles de kilómetros de distancia sin saber si estabas bien.

Las lágrimas que he estado conteniendo durante días empiezan a quemarme los ojos, pero esta vez no son de tristeza sino de alivio puro.

—Os he echado tanto de menos —susurro—. Tanto que pensé que me iba a morir.

—Nosotros también, preciosa —dice Easton, apartando un mechón de pelo de mi cara con esa ternura que contrasta brutalmente con la intensidad de la situación—. Cada segundo lejos de ti ha sido una tortura.

—Te queremos —añade Weston, y las palabras salen cargadas de una convicción que me llega hasta el alma—. Te queremos más que a nada en este mundo, Bella. Y vamos a encontrar la forma de estar juntos. No sé cómo, pero la vamos a encontrar.

Antes de que pueda responder, Easton me gira hasta que estoy cara a cara con él, y entonces sus labios están sobre los míos en un beso que es pura desesperación y hambre acumulada. Sabe exactamente como lo recordaba: a café y promesas y esa dulzura que solo él tiene. Su lengua roza la mía con una urgencia que me hace gemir contra su boca.

Cuando nos separamos, ambos estamos respirando como si acabáramos de correr un maratón.

—Mi turno —dice Weston, y hay algo posesivo en su voz que hace que se me doblen las rodillas.

Me gira hasta que estoy frente a él, y su beso es completamente diferente pero igualmente devastador. Donde Easton es calor y dulzura, Weston es intensidad pura. Sus manos se enredan en mi pelo, sosteniéndome exactamente donde me quiere mientras me besa como si fuera lo único que necesita para sobrevivir.

Cuando nos separamos, estoy temblando entre ellos, completamente perdida en la sensación de estar de vuelta donde pertenezco.

Pero debo enfrentarme con la realidad si quiero mantenerlos a salvo.

—Tengo que salir —digo a regañadientes, porque, aunque podría quedarme aquí para siempre, sé que Thompson va a empezar a sospechar si tardo demasiado—. Thompson está esperando, y si no aparezco pronto va a entrar a buscarme.

—Lo sabemos —dice Easton, pero no me suelta—. Solo necesitábamos esto. Necesitábamos saber que sigues siendo nuestra.

—Siempre —respondo sin dudarlo—. Pase lo que pase, siempre seré vuestra.

Weston me besa en la frente con una ternura que contrasta brutalmente con la intensidad de hace un momento.

—Ahora sal —dice—. Sé la princesa perfecta que esperan que seas. Pero recuerda que estamos aquí. Que te estamos protegiendo.

—Que te amamos —añade Easton.

Asiento, recomponiéndome el maquillaje en el espejo con manos que ya no tiemblan. Por primera vez en una semana, me siento fuerte. Me siento completa.

Me siento como si pudiera conquistar el mundo.

EASTON

Observo a Bella salir del aseo con esa gracia natural que nunca pierde, incluso cuando acaba de besarse con sus dos guardaespaldas secretos en un baño público. Hay algo diferente en su postura ahora, una confianza que no tenía cuando entró. Como si saber que estamos aquí le hubiera devuelto una parte de sí misma que creía haber perdido.

—Joder —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. ¿Has visto su cara cuando nos ha visto?

—Sí, es como si hubiera vuelto a la vida —responde Weston, y hay algo vulnerable en su voz que me dice que él también estaba muerto de miedo de que ella hubiera decidido que no valíamos la pena todo este drama.

Salimos del aseo por separado, con unos minutos de diferencia para no levantar sospechas. Vuelvo a mi posición entre los camareros, circulando con bandejas de champán mientras mantengo siempre a Bella en mi campo de visión. Weston regresa a su puesto

junto a la columna, volviendo a ser el guardia de seguridad invisible que nadie nota.

Pero ambos estamos más alertas que nunca. Porque ahora no estamos aquí oficialmente. No tenemos apoyo, no tenemos autoridad legal, no tenemos nada excepto nuestro entrenamiento y nuestra determinación de mantenerla a salvo.

Y hay algo en este evento que me pone los pelos de punta, sobre todo después del ataque al hermano de Bella. En este evento hay demasiados rostros desconocidos entre la multitud habitual de la élite británica.

Estoy ofreciendo champán a un grupo de socialités que charlan sobre sus próximas vacaciones en los Alpes cuando lo veo.

Un hombre de mediana edad, trajeado, que se acerca al área donde está el Rey con una rapidez que no cuadra con el ambiente relajado de la velada. Hay algo en su postura, en la forma en que mantiene la mano derecha ligeramente apartada del cuerpo, que me activa todas las alarmas.

Tiene entrenamiento militar.

Y está caminando directamente hacia el Rey con algo en la mano que no logro identificar desde esta distancia.

El tiempo se ralentiza como en las películas. Puedo ver cada paso que da el hombre, cada segundo que se acerca más al objetivo. Puedo ver cómo los guardaespaldas oficiales del Rey están distraídos por algo al otro lado del salón, demasiado lejos para reaccionar a tiempo.

No hay tiempo para avisar a nadie. No hay tiempo para seguir protocolos.

Solo hay tiempo para actuar.

Dejo caer la bandeja, ignorando el sonido de copas de cristal rompiéndose contra el suelo de mármol, y echo a correr hacia el Rey con toda la velocidad que me permiten mis piernas. La gente se aparta a mi paso, algunos gritando de sorpresa cuando me ven correr como un loco entre la multitud elegante.

Llego hasta el atacante justo cuando está sacando lo que ahora veo claramente que es una pistola del bolsillo interior de su chaqueta. Me lanzo contra él con todo mi peso, derribándolo al suelo

con una maniobra que habría hecho llorar de orgullo a mi entrenador de fútbol americano del instituto.

El arma sale volando por el aire, deslizándose por el suelo pulido hasta perderse bajo una mesa de canapés. El hombre forcejea debajo de mí con una fuerza que confirma mis sospechas: no es un aficionado. Es un profesional.

—¡SEGURIDAD! —grito, utilizando mi peso y mi entrenamiento para mantenerlo inmovilizado—. ¡ARMA EN EL SUELO!

A mi alrededor, el salón ha estallado en caos. Gritos, gente corriendo en todas las direcciones, el sonido de sillas cayendo y cristales rompiéndose. Pero lo único que me importa es mantener a este hijo de puta en el suelo hasta que llegue ayuda profesional.

Es cuando levanto la vista para buscar a Bella que veo la segunda amenaza.

Otra figura se está moviendo entre la multitud que huye, dirigiéndose directamente hacia donde ella está de pie, paralizada por el shock de ver el ataque a su padre. Y este hombre no intenta disimular sus intenciones: lleva un cuchillo en la mano que brilla bajo las luces de cristal del salón.

El terror me explota en el pecho como fuego líquido.

—¡WESTON! —grito por encima del caos—. ¡BELLA! ¡A TU IZQUIERDA!

ARABELLA

Todo sucede demasiado rápido para que mi cerebro lo procese correctamente.

Un momento estoy observando con horror cómo Easton se lanza sobre un hombre que estaba intentando atacar a mi padre, sintiendo cómo mi mundo se inclina de una forma que no tiene nada que ver con el mareo. El siguiente momento, hay otra figura moviéndose hacia mí entre la multitud que grita y corre en todas las direcciones, y el destello de metal en su mano me paraliza completamente.

Es como si mis pies hubieran echado raíces en el mármol. No puedo moverme, no puedo gritar, no puedo hacer nada excepto quedarme ahí de pie como una idiota mientras un hombre con un cuchillo se acerca directamente hacia mí.

Tiempo. El tiempo se ha vuelto extraño, viscoso, como si estuviera moviéndose a través de melaza. Puedo ver cada detalle con una claridad que duele: la expresión de concentración feroz en la cara del atacante, la forma en que agarra el cuchillo como si supiera exactamente cómo usarlo, los ojos que se fijan en mí con una intensidad que me dice que esto no es aleatorio.

Esto es personal.

Y entonces, como si hubiera aparecido de la nada, Weston está ahí.

Se materializa entre el atacante y yo con esa velocidad letal que solo he visto en películas, moviéndose con una fluidez que habla de años de entrenamiento para situaciones exactamente como esta. Sus brazos se extienden ligeramente, creando una barrera humana entre la amenaza y mi cuerpo, y puedo ver la transformación que se produce en él instantáneamente.

Ya no es el hombre que me susurra palabras dulces mientras me hace el amor. Es el soldado. El francotirador. El depredador.

Es absolutamente aterrador. Y absolutamente hermoso.

El atacante se lanza hacia adelante con el cuchillo, y Weston se mueve para interceptarlo. Pero el ángulo es incorrecto, la distancia demasiado corta, y veo con horror cómo la hoja encuentra su objetivo.

El metal se hunde en el costado izquierdo de Weston con un sonido que no sabía que existía: algo húmedo y terrible que va a perseguirme en mis pesadillas durante el resto de mi vida. Veo cómo se contrae su cara, una mueca de dolor que intenta disimular inmediatamente, pero no retrocede ni un centímetro.

En lugar de eso, se abalanza hacia adelante.

Sus manos se cierran alrededor de las muñecas del atacante con una precisión que habla de entrenamiento militar intensivo. Un movimiento rápido, un sonido de huesos quebrándose, y el cuchillo cae al suelo con un repiqueteo metálico que resuena por encima de los gritos.

El atacante grita de dolor, pero Weston no ha terminado. Con una velocidad que me deja sin respiración, lo gira y lo estampa contra el

suelo boca abajo, inmovilizándolo con una rodilla en la espalda y las manos retorcidas detrás de él en un ángulo que se ve dolorosísimo.

Todo ha durado menos de treinta segundos.

Pero es cuando veo la mancha de sangre extendiéndose por su camisa blanca que mi capacidad de mantener la compostura se desmorona completamente.

—¡WESTON! —El grito que sale de mi garganta es puro terror—. ¡ESTÁS SANGRANDO! ¡AYUDENLO!

Echo a correr hacia él sin pensar en la multitud, sin pensar en los protocolos, sin pensar en nada excepto en que el hombre que amo está herido y sangrando. Los tacones de Louboutin resbalan en el mármol pulido, y casi me caigo dos veces, pero no me importa.

Cuando llego hasta él, está pálido pero controlado, manteniendo al atacante inmovilizado con una eficiencia profesional que contrasta brutalmente con la sangre que empapa su camisa.

—Estoy bien —dice, pero su voz sale más débil de lo normal—. No es profundo. Solo es un corte.

—¡NO ESTÁS BIEN! —le grito, y no me importa quién me oiga—. ¡ESTÁS SANGRANDO COMO UN ANIMAL!

Me dejo caer de rodillas junto a él, ignorando completamente el hecho de que mi vestido de seda de cinco mil libras se está manchando de sangre. Mis manos van automáticamente hacia la herida, presionando contra la tela empapada de su camisa en un intento de detener la hemorragia.

—Bella —dice, y hay algo suave en su voz que contrasta brutalmente con la violencia de lo que acaba de pasar—. Mírame.

Cuando lo hago, veo esa intensidad familiar en sus ojos, esa concentración absoluta que me tranquiliza incluso cuando está herido.

—Estoy bien —repite—. Te he protegido. Eso es lo único que importa.

Las lágrimas me queman los ojos, calientes y saladas, mientras presiono más fuerte contra su herida. Puedo sentir cómo la sangre se filtra entre mis dedos, caliente y pegajosa, recordándome brutalmente lo cerca que hemos estado del desastre.

—No vuelvas a hacer algo así —le suplico—. No vuelvas a ponerte delante de un cuchillo por mí.

Su sonrisa es lenta y completamente devastadora.

—Princesa —dice con esa voz grave que me derrite incluso en medio del caos—, me pondría delante de un ejército entero por ti.

Y en ese momento, mientras la policía se lleva a los atacantes y los paramédicos se acercan para atender a Weston, con mi vestido arruinado de sangre y lágrimas corriendo por mi cara, me doy cuenta de algo que me cambia para siempre.

No me importa quién nos vea. No me importa lo que diga la prensa. No me importa lo que piense mi padre o el resto del mundo.

Estos hombres arriesgarían sus vidas por mí sin dudarlo. Y yo haría exactamente lo mismo por ellos.

Porque esto es amor de verdad.

Del tipo que no se esconde. Del tipo que no se disculpa por existir.

Del tipo que merece la pena cualquier batalla que tengamos que luchar.

CAPÍTULO 29

ARABELLA

La sala de espera del Hospital Privado Real huele a desinfectante caro y ansiedad concentrada. Las luces fluorescentes proyectan una claridad fría que hace que todo parezca demasiado nítido, demasiado real. El tic-tac del reloj de la pared se ha convertido en una tortura constante, cada segundo que pasa sin noticias de Weston es como una aguja clavándose más profundo en mi pecho.

Estoy sentada en el regazo de Easton en una de esas sillas de cuero beige que se supone que tranquilizan pero que solo me recuerdan que estamos en un hospital, esperando noticias sobre el hombre que amo. Sus brazos me rodean como un capullo protector, manteniéndome pegada a su pecho mientras sus dedos trazan círculos suaves en mi espalda por encima del vestido manchado de sangre.

La sangre de Weston. Todavía puedo sentir su textura pegajosa en mis manos a pesar de habérmelas lavado tres veces. Todavía puedo recordar cómo se extendía por su camisa blanca como una acusación silenciosa.

—Shh, preciosa —murmura Easton contra mi pelo, presionando un beso suave en mi coronilla—. Va a estar bien. Es más duro que una roca.

Pero puedo oír la tensión en su voz, esa nota forzada que usa cuando intenta tranquilizarme, pero él mismo está aterrorizado. Su corazón late demasiado rápido contra mi mejilla, un tambor irregular que me dice que está tan asustado como yo, aunque lo esté disimulando mejor.

Papá está de pie junto a la ventana que da al aparcamiento, con las manos entrelazadas en la espalda y esa postura tensa que

adopta cuando está procesando algo complicado. No ha dicho ni una sola palabra desde que llegamos aquí hace dos horas, pero puedo sentir su mirada sobre nosotros como un peso físico.

Cada pocos minutos, sus ojos se fijan en la forma en que estoy acurrucada en el regazo de Easton, en cómo mis dedos se aferran a su camisa como si fuera mi única conexión con la cordura, en la manera en que él me sostiene como si fuera lo más preciado que ha tenido jamás.

Thompson y otros dos guardias del servicio secreto están sentados al otro lado de la sala, fingiendo leer revistas mientras nos vigilan discretamente. El ambiente está tan cargado de tensión que podría cortarse con un cuchillo.

—¿Por qué tardan tanto? —susurro contra el cuello de Easton, inhalando ese aroma familiar que normalmente me calma pero que hoy solo me recuerda lo cerca que he estado de perderlos—. Hace dos horas que están operándolo. ¿Y si algo ha ido mal? ¿Y si…?

—No —me interrumpe Easton con una firmeza que no admite discusión—. No vamos por ahí, Bella. Weston es demasiado cabezota como para dejarnos. Especialmente ahora que por fin te hemos encontrado.

Quiero creerle. Dios, cómo quiero creerle. Pero la imagen de Weston desplomándose en la ambulancia, pálido como la cera mientras los paramédicos trabajaban sobre él, sigue reproduciéndose en mi cabeza como una película de terror en bucle.

La puerta de la sala se abre con un sonido que hace que todos nos giremos instantáneamente. Un hombre de mediana edad vestido con bata quirúrgica entra, quitándose los guantes de látex con movimientos cansados pero eficientes.

Es el doctor Reynolds, según la placa de identificación que lleva en el pecho.

Me incorporo tan bruscamente en el regazo de Easton que casi me caigo, pero sus brazos me mantienen segura mientras mi corazón se dispara como un motor averiado.

—¿Cómo está? —Las palabras salen de mi garganta como un graznido desesperado—. ¿Va a estar bien?

El doctor me mira con esa expresión profesionalmente tranquilizadora que usan los médicos cuando tienen buenas noticias que dar.

—El señor Torres está fuera de peligro —dice, y las palabras me golpean con tanta fuerza que tengo que agarrarme al brazo de Easton para no desmayarme del alivio—. La herida era profunda pero limpia. No ha afectado a ningún órgano vital, solo al tejido muscular del costado izquierdo.

—¿Está despierto? —pregunta Easton, y puedo oír el temblor contenido en su voz—. ¿Podemos verlo?

—Acaba de despertar de la anestesia. Está un poco aturdido, pero consciente y estable. Pueden pasar a verlo, pero solo unos minutos. Necesita descansar.

No espero a que termine de hablar. Echo a andar hacia la puerta con pasos que intentan ser dignos pero que probablemente parecen más bien los de alguien que está a punto de desmayarse de alivio.

Easton me sigue inmediatamente, y cuando llegamos a la puerta, entrelaza sus dedos con los míos en un gesto que es tanto de apoyo como de necesidad mutua. Los dos necesitamos ver a Weston. Los dos necesitamos tocarlo, asegurarnos de que está vivo y entero.

EASTON

La habitación de Weston está en penumbra, iluminada solo por la luz suave de los monitores que parpadean constantemente recordándome que está vivo, que su corazón sigue latiendo, que lo hemos recuperado. Pero verlo así, tan quieto en esta cama de hospital con los cables y las máquinas rodeándolo como una red tecnológica, me encoge algo en el pecho que no sabía que podía doler tanto.

Está pálido, más pálido de lo que lo he visto jamás, con ojeras que marcan su rostro como sombras. Pero cuando nos ve entrar, sus ojos se iluminan con esa intensidad familiar que reconocería en cualquier parte.

—Ey —dice con voz ronca, intentando incorporarse y haciendo una mueca de dolor cuando el movimiento le tira de los puntos—. ¿Cómo está mi princesa?

Bella se suelta de mi mano y prácticamente se lanza hacia la cama, pero se detiene en el último segundo, como si tuviera miedo de hacerle daño. La observo quedarse ahí de pie, temblando ligeramente, con las manos extendidas hacia él pero sin atreverse a tocarlo.

—Está bien —respondo por ella, acercándome al otro lado de la cama—. Aterrorizada, pero bien. Los dos hemos estado aterrorizados, hermano.

Weston extiende la mano que no está conectada a los monitores hacia Bella, y cuando ella entrelaza sus dedos con los suyos, puedo ver cómo se relaja inmediatamente.

—Siento haberos asustado —dice, llevándose la mano de Bella a los labios para besarle los nudillos—. Pero tenía que protegerte. No podía dejar que te hiciera daño.

—Podrías haber muerto —susurra Bella, y su voz se quiebra completamente—. Podrías haber muerto por mí, y yo no podría haber vivido con eso.

—Ey —dice Weston con esa voz suave que reserva solo para ella —. Mírame, princesa.

Cuando ella levanta la vista, veo lágrimas corriendo por sus mejillas como pequeños ríos de alivio y terror residual.

—No me voy a ir a ninguna parte —continúa con una convicción absoluta—. Ni yo ni Easton. Vamos a estar aquí para siempre, ¿entendido? Pase lo que pase.

Bella asiente, pero las lágrimas siguen cayendo. Me acerco y le paso un brazo por los hombros, atrayéndola contra mi costado mientras mantengo mi otra mano en el hombro de Weston. Por un momento, estamos solo nosotros tres en esta habitación de hospital, conectados por algo que va mucho más allá de las palabras.

—Os amo —dice Bella de repente, y las palabras salen con una fuerza que me corta la respiración. Es todo lo que siempre he querido escuchar—. Os amo con todo mi ser y no quiero volver a separarme de vosotros. Nunca más. No me importa lo que diga mi padre, no me importa lo que piense el mundo. No puedo vivir sin vosotros.

Antes de que Weston o yo podamos responder, el sonido de pasos en el pasillo nos interrumpe. Me giro hacia la puerta justo cuando el Rey entra en la habitación con esa presencia autoritaria que llena cualquier espacio.

Bella se tensa inmediatamente contra mi costado, y puedo sentir cómo se prepara para una batalla. Weston intenta incorporarse en la cama, pero le hago un gesto para que se quede quieto.

—Su Majestad —digo, manteniendo mi voz neutral.

El Rey nos mira a los tres durante un momento que se siente eterno. Puedo ver cómo evalúa la situación: su hija pegada a mí como si fuera su salvavidas, mi mano en el hombro de Weston, la forma en que los tres formamos una unidad natural incluso en esta habitación de hospital.

—El doctor Reynolds dice que el señor Torres se recuperará completamente —dice finalmente—. Me alegro.

Es una frase simple, pero hay algo en su tono que me hace pensar que significa más de lo que está diciendo.

—Cuando te den el alta —continúa, dirigiéndose directamente a Weston—, quiero que vengáis al castillo. Los dos.

CAPÍTULO 30

ARABELLA

El despacho privado de papá en el ala este del castillo siempre me ha parecido intimidante, pero hoy se siente más como una sala de tribunal donde se va a decidir mi futuro. Las estanterías de roble que llegan hasta el techo están repletas de volúmenes encuadernados en piel que han sido testigos de décadas de decisiones que han cambiado el curso de la historia. El aire huele a cuero viejo, papel de pergamino y esa mezcla de poder y tradición que impregna cada rincón del castillo.

Estoy sentada en uno de los sillones de terciopelo burdeos frente al escritorio de caoba de mi padre, con Easton a mi derecha y Weston a mi izquierda. Los tres formamos una línea unida, nuestros hombros casi tocándose, como si inconscientemente hubiéramos decidido que juntos somos más fuertes que por separado.

Weston lleva el costado vendado, y puedo ver las líneas de dolor que aún le marcan el rostro a pesar de que insiste en que se encuentra bien. Cada vez que hace un movimiento brusco y se le escapa una mueca, siento como si me clavaran una aguja en el pecho. Easton tiene una mano descansando protectoramente en mi rodilla, sus dedos trazando círculos suaves por encima de la tela de mi vestido de punto azul marino.

Papá está de pie detrás de su escritorio, con las manos entrelazadas a la espalda y esa postura militar que adopta cuando está procesando información complicada. Ha estado así durante los últimos cinco minutos, estudiando unos documentos que acaba de traer uno de sus asistentes, y el silencio se ha vuelto tan denso que podría ahogarnos a todos.

La chimenea crepita suavemente en un rincón, proyectando sombras danzantes sobre los retratos ancestrales que nos observan desde las paredes con esa solemnidad que solo tienen los muertos ilustres. Puedo oír el tic-tac del reloj de péndulo que ha estado marcando el tiempo en esta habitación desde antes de que yo naciera, cada segundo que pasa aumentando mi nerviosismo.

—La policía tiene a los dos atacantes —dice papá finalmente, alzando la vista de los documentos—. Están siendo interrogados en este momento. Pronto sabremos quién está detrás de esto y por qué dirigieron su atención tanto hacia mí como hacia ti.

Sus ojos se fijan en los míos con esa intensidad que siempre me hace sentir como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos.

—Lo importante ahora —continúa, dirigiendo su mirada hacia Easton y Weston— es que tengo que daros las gracias. A los dos.

La formalidad en su tono me pone los nervios de punta, pero me obligo a quedarme quieta y a escuchar.

—La otra noche demostrasteis que vuestra dedicación hacia mi hija va mucho más allá del deber profesional —dice, y hay algo en su voz que sugiere que le está costando un triunfo pronunciar estas palabras—. Arriesgar vuestras propias vidas por protegernos… eso no es algo que pueda ignorar o subestimar.

Easton se inclina ligeramente hacia delante, manteniendo su voz respetuosa pero firme.

—Su Majestad, lo que hicimos no fue por sentido del deber —dice —. Lo hicimos porque no podemos concebir un mundo donde Bella sufra ningún daño. Porque la amamos más que a nuestras propias vidas.

—Y porque usted es importante para ella —añade Weston, su voz grave resonando en la habitación—. Lo que le importa a Bella, nos importa a nosotros.

Papá asiente lentamente, procesando sus palabras.

—Por eso he decidido volver a ofreceros trabajo permanente como los guardaespaldas personales de mi hija —dice—. Si lo aceptáis, por supuesto.

Antes de que Easton o Weston puedan responder, me levanto bruscamente del sillón.

—No —digo, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que he heredado de él—. No voy a fingir que son solo mis empleados, papá. Los amo. A los dos. Y no pienso esconder eso ni comportarme como si fuera algo vergonzoso.

El silencio que sigue a mi declaración es tan absoluto que puedo oír mi propio corazón latiendo. Papá me mira con una expresión que oscila entre la exasperación y algo que podría ser comprensión.

—Arabella —dice finalmente, y hay cansancio en su voz—. Por favor, no me pidas que acepte públicamente que mi hija tiene una relación con dos hombres. Tengo una imagen que proteger, una corona que representar.

La rabia familiar empieza a bullir en mi estómago, pero antes de que pueda explotar, Weston se pone de pie a mi lado.

—Su Majestad tiene razón —dice con esa calma que siempre me desarma—. Entendemos las limitaciones de la situación.

Me giro para mirarlo con incredulidad, pero él me coge la mano y la aprieta suavemente.

—Lo que importa —continúa Easton, levantándose también— es que podamos estar juntos. Que podamos cuidarla. Todo lo demás es secundario.

—¿Estáis locos? —les espeto, sintiéndome traicionada—. ¿Vais a conformaros con vivir como un secreto?

—Bella —dice Easton con esa sonrisa suave que me derrite las entrañas—. No vamos a vivir como un secreto. Tu familia va a saber la verdad. Todos van a saber que te amamos y que tú nos amas. Eso es más de lo que muchas personas tienen.

—Y por las noches —añade Weston, acercándose hasta que puedo sentir su calor a pesar del vendaje—, cuando estemos solos, no habrá máscaras ni protocolos. Solo nosotros tres.

Papá carraspea suavemente, atrayendo nuestra atención.

—Lo que estoy ofreciendo —dice con esa precisión que usa para las negociaciones diplomáticas— es que oficialmente seáis sus guardaespaldas. Que viváis en el castillo, que la acompañéis a todos los eventos, que estéis con ella las veinticuatro horas del día. Lo que pase en privado… eso quedará entre nosotros.

Mi corazón se dispara como un motor revolucionado. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—¿Van a vivir aquí? —pregunto, porque necesito estar segura—. ¿En el castillo? ¿Conmigo?

—En el ala de invitados —dice papá rápidamente—. Oficialmente. Pero supongo que los arreglos de alojamiento pueden ser… flexibles.

Una sonrisa se extiende por mi cara tan amplia que me duelen las mejillas.

—¿Estás diciendo que pueden quedarse? ¿Para siempre?

—Estoy diciendo que, si aceptan trabajar como tus guardaespaldas, van a tener acceso completo al castillo y a ti —responde—. Con la única condición de que seáis discretos en público.

Easton y Weston intercambian una mirada que reconozco inmediatamente: han tomado una decisión.

—Aceptamos —dice Easton sin dudarlo—. No hay nada que queramos más que cuidar de Bella por el resto de nuestras vidas.

—Protegerla es nuestro propósito —añade Weston—. Amarla es nuestro privilegio.

Las lágrimas me queman los ojos, pero esta vez son de alegría pura. Por primera vez desde que todo este lío empezó, siento que realmente tengo un futuro. Un futuro donde no tengo que elegir entre mi familia y los hombres que amo.

—Muy bien —dice papá, dirigiéndose hacia su escritorio para coger unos documentos—. En ese caso, hay algunos papeles que firmar. Contratos de empleo, acuerdos de confidencialidad…

Pero yo ya no puedo quedarme quieta ni un segundo más. Me lanzo hacia Easton y Weston, rodeándolos con los brazos en un abrazo que es mitad alivio, mitad gratitud, y completamente amor.

—Os amo —susurro contra el cuello de Easton mientras siento los brazos de Weston cerrarse alrededor de los dos—. Os amo tanto que no sé cómo expresarlo con palabras.

—Nosotros también te amamos, princesa —murmura Weston contra mi pelo—. Para siempre.

WESTON

Tres horas después, cuando por fin hemos terminado con todo el papeleo y las formalidades, acompaño a Bella y Easton por los pasillos del castillo hacia el ala donde están las habitaciones privadas de la familia real. Mi costado herido late con un dolor sordo, pero no me importa. Nada me importa excepto el hecho de que finalmente vamos a estar donde siempre quisimos estar: protegiendo a la mujer que amamos en su propio hogar.

Las habitaciones de Bella ocupan todo un piso de la torre este del castillo, con ventanas que dan tanto a los jardines como al lago. Es un espacio que mezcla la elegancia ancestral con las comodidades modernas: techos abovedados con molduras doradas, chimeneas de mármol, pero también un sistema de sonido integrado y una televisión de pantalla plana discretamente instalada en una pared.

Su dormitorio es exactamente lo que habría imaginado: una cama king-size con doseles de seda dorada, alfombras persas que amortiguan nuestros pasos, y ese aroma sutil a vainilla y rosas inglesas que siempre la acompaña. Las cortinas de terciopelo están echadas, creando una intimidad que no habíamos tenido en demasiado tiempo.

—Estamos en casa —dice Bella suavemente, girándose para mirarnos con esos ojos grises que brillan con una emoción que me llega hasta los huesos—. Estamos realmente en casa.

Easton se acerca a ella primero, como siempre hace, con esa naturalidad que le permite expresar sus emociones sin filtros. Sus manos se deslizan hasta la cintura de Bella, atrayéndola contra él con una ternura que contrasta con la intensidad de los últimos días.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta, apartando un mechón de pelo de su cara—. ¿Nerviosa? ¿Feliz? ¿Abrumada?

—Completa —responde sin dudarlo—. Por primera vez en mi vida, me siento completa.

Me acerco hasta quedar detrás de ella, rodeándola con mis brazos mientras apoyo la barbilla en su hombro. El contacto manda una descarga eléctrica por todo mi cuerpo, recordándome brutalmente lo mucho que he echado de menos esto. La sensación de tenerla entre nosotros, segura, nuestra.

—¿Te duele el costado? —pregunta Bella, girando ligeramente la cabeza para mirarme con preocupación.

—Un poco —admito, porque mentirle sería inútil—. Pero me duele mucho más estar lejos de ti.

Se gira en nuestros brazos hasta quedar frente a mí, y la intensidad en sus ojos me roba el aliento.

—No voy a volver a alejarme de vosotros —dice con una convicción que me llega hasta el alma—. No importa lo que pase, no importa quién se oponga. Sois míos, y yo soy vuestra.

Antes de que pueda responder, sus labios están sobre los míos en un beso que es pura necesidad acumulada. Sabe exactamente como la recordaba: dulce y cálida, con ese toque de audacia que siempre me vuelve loco. Mi mano se enreda en su pelo, sosteniéndola exactamente donde la quiero mientras su lengua roza la mía con una promesa que me incendia la sangre.

Cuando nos separamos, ambos estamos respirando como si acabáramos de correr. Easton está detrás de ella ahora, besándole el cuello con esa dedicación meticulosa que reconozco, arrancándole pequeños gemidos que van directos a mi entrepierna.

—Te hemos echado tanto de menos —murmura Easton contra su piel—. Cada noche sin ti ha sido una tortura.

—Pues no vais a pasar ni una noche más sin mí —responde Bella, girándose para besarlo con la misma intensidad con que me acaba de besar a mí.

La observo perderse en el beso de Easton, y la familiaridad de la escena me golpea como una ola. Esto es lo que somos. Esto es lo que siempre hemos sido cuando estamos los tres juntos: una unidad perfecta donde el placer de uno amplifica el placer de los otros.

Las manos de Bella van hacia la camisa de Easton, desabrochando los botones con una urgencia que me dice que está tan desesperada por el contacto como nosotros. Cuando la tela cae al suelo, sus ojos recorren su torso con una apreciación que me hace sonreír.

—Tu turno —dice, dirigiéndose hacia mí.

Pero cuando va a desabrocharme la camisa, se detiene al ver las vendas.

—¿Te va a doler? —pregunta con preocupación genuina—. No quiero hacerte daño.

—Princesa —digo, capturando sus labios en un beso rápido—, la única forma en que puedes hacerme daño es parando.

EASTON

Observo a Weston y Bella besarse con una intensidad que me recuerda brutalmente lo cerca que hemos estado de perderla, y la gratitud me explota en el pecho como fuegos artificiales. Estamos aquí. Los tres. En su habitación, en su cama, en su vida. Para siempre.

Cuando Bella por fin consigue quitarle la camisa a Weston sin hacerle daño, el deseo que veo en sus ojos cuando contempla su torso desnudo me pone la sangre caliente. Se inclina para besar la cicatriz reciente con una reverencia que me dice exactamente lo que significa para ella que él haya arriesgado su vida por protegerla.

—Bella —dice su nombre con esa voz ronca que usa cuando el control se le está escapando de las manos—. Si no dejas de besarme así, no voy a poder ser gentil contigo.

Ella levanta la vista hacia él con una sonrisa que es puro pecado.

—¿Quién ha dicho que quiera que seas gentil?

Sus palabras van directas a mi entrepierna como un puñetazo. Me acerco por detrás, deslizando las manos hasta la cremallera de su vestido.

—¿Estás segura? —le pregunto al oído—. Porque hace días que fantaseo con tenerte otra vez, y algunas de esas fantasías no han sido precisamente dulces.

Se estremece contra mí cuando la cremallera baja lentamente, revelando la piel suave de su espalda.

—Quiero todas vuestras fantasías —responde, girando la cabeza para mirarme—. Todas. Sin excepciones.

El vestido cae al suelo con un susurro de tela, dejándola solo con un conjunto de encaje que hace que se me seque la boca. Weston silba suavemente, y puedo ver cómo se le oscurecen los ojos hasta volverse casi negros.

—Joder, preciosa —murmuro contra su cuello, deslizando las manos por sus costados hasta posarlas en sus caderas—. Eres perfecta.

Lo que viene después es una sinfonía de caricias, besos y susurros que nos transporta a ese lugar donde solo existimos nosotros tres. Weston se sienta en el borde de la cama, atrayendo a Bella hacia él, mientras yo me coloco detrás de ella, besando cada centímetro de piel que puedo alcanzar.

Sus gemidos llenan la habitación como música, mezclándose con nuestras respiraciones aceleradas y el sonido de la seda deslizándose contra la piel. Cuando por fin la llevamos a la cama, cuando por fin podemos adorarla como se merece, es como volver a casa después de un exilio largo y doloroso.

Es perfecto. Somos perfectos. Y mientras la amamos con esa desesperación acumulada durante días de separación, mientras escucho cómo grita nuestros nombres como si fuéramos su salvación, sé que esto es lo que siempre estuvimos destinados a ser.

Una familia. No tradicional, no convencional, pero nuestra.

Cuando finalmente nos quedamos los tres enredados en las sábanas de seda, con Bella acurrucada entre nosotros y el sol poniéndose por las ventanas del castillo, siento una paz que no había experimentado jamás.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Bella somnolienta, trazando círculos sobre mi pecho con la yema del dedo.

—En que esta es la primera noche del resto de nuestras vidas —respondo, besándole la coronilla—. En que ya no tenemos que fingir ser algo que no somos. En que puedo despertarme contigo en mis brazos todos los días hasta que me muera.

—Todos los días —confirma Weston desde el otro lado de la cama, apretándola más contra él—. Sin excepciones.

Bella sonríe contra mi pecho, y puedo sentir esa felicidad irradiando de ella como calor.

—Os amo —susurra—. Para siempre.

Y mientras la veo quedarse dormida entre nosotros, protegida y amada y completamente nuestra, sé que hemos encontrado exactamente lo que estábamos buscando.

El hogar. El amor.
Nuestra princesa.

EPÍLOGO

ARABELLA

Seis meses después

El salón de embajadores del Palacio de Westminster bulle con esa energía particular que solo se encuentra cuando unos diplomáticos de alto nivel discuten el futuro de las relaciones internacionales. El aroma a cuero caro de los sofás Chesterfield se mezcla con el perfume discreto de las mujeres y la colonia cara de los hombres, creando esa atmósfera sofisticada que he aprendido a asociar con mi nueva vida profesional.

Estoy sentada a la mesa de nogal pulido, con una carpeta llena de documentos sobre acuerdos comerciales con Marruecos abierta delante de mí, pero mi atención está dividida entre las palabras del embajador francés y la presencia silenciosa pero reconfortante de Easton y Weston en sus posiciones respectivas alrededor del salón.

Easton está junto a la entrada principal, con ese traje gris oscuro que le marca los hombros de una forma que debería estar prohibida en reuniones oficiales. Mantiene esa postura profesional que ha perfeccionado durante estos meses: manos entrelazadas delante del cuerpo, expresión alerta pero neutral, ojos que escanean constantemente el perímetro. Pero cuando nuestras miradas se cruzan durante una fracción de segundo, veo ese destello de calor que me recuerda que esta noche, cuando estemos solos, esas manos van a estar recorriendo mi piel con una devoción que me quita el sueño solo de pensarlo.

Weston está posicionado cerca de las ventanas que dan al Támesis, y aunque para cualquier observador externo parece un guardia de seguridad más, yo puedo leer cada matiz de su lenguaje corporal. La forma en que se coloca ligeramente hacia delante

cuando alguien se acerca demasiado a mí, cómo sus ojos se endurecen casi imperceptiblemente cuando el embajador italiano me interrumpe por tercera vez, la manera en que sus dedos tamborilean contra su muslo cuando llevo demasiado tiempo concentrada en los documentos sin levantar la vista.

Es posesivo. Protector. Es completamente mío.

Y esta noche, cuando termine con todas las formalidades diplomáticas, voy a recordarle exactamente por qué esa posesividad me vuelve completamente loca.

—Su Alteza Real tiene una perspectiva muy interesante sobre los aranceles textiles —está diciendo el embajador de Marruecos, y me obligo a concentrarme en sus palabras, aunque mi cuerpo esté muy consciente de que dos pares de ojos masculinos me observan con una intensidad que no tiene nada de profesional.

—Gracias, embajador —respondo con esa voz educada que he perfeccionado para estas ocasiones—. Creo que la sostenibilidad debe ser el eje central de cualquier acuerdo comercial que busquemos implementar en el siglo XXI.

La conversación continúa durante otra hora, y yo contribuyo con ideas sobre políticas medioambientales que he estado desarrollando durante meses. Es increíble la diferencia que hace poder usar mi cerebro para algo más sustancial que elegir menús para galas benéficas. Por primera vez en mi vida, siento que estoy contribuyendo realmente al trabajo de la Corona de una forma que tiene sentido.

Cuando la reunión termina y nos despedimos con los protocolos habituales, puedo sentir cómo la tensión se libera de mis hombros. Ha sido una buena reunión, productiva, y las bases que hemos sentado van a beneficiar tanto al Reino Unido como a Marruecos durante años.

—¿Lista para volver a casa, Su Alteza? —pregunta Easton cuando se acerca a recoger mi maletín, y hay algo en la forma en que dice «casa» que hace que se me acelere el pulso.

Porque mi casa ya no es solo el castillo. Mi casa es cualquier lugar donde estemos los tres juntos.

—Más que lista —respondo, y cuando Weston aparece a mi otro lado para escoltarme hacia la salida, siento esa familiar descarga de anticipación que siempre precede a nuestras noches privadas.

El trayecto de vuelta al castillo transcurre en un silencio cómodo, con el paisaje inglés desfilando por las ventanillas tintadas del Bentley oficial. Estoy sentada entre ellos en el asiento trasero, como siempre hacemos cuando no hay otros pasajeros, y puedo sentir el calor de sus cuerpos flanqueándome como una promesa silenciosa de lo que me espera cuando crucemos la puerta de mis habitaciones.

Easton tiene la mano descansando en mi muslo, sus dedos trazando patrones suaves por encima de la tela de mi ropa. No es nada que pueda verse desde el asiento del conductor donde está Thompson, pero cada caricia manda pequeñas descargas eléctricas directamente a mi centro, recordándome que bajo esta fachada profesional y diplomática, sigo siendo la mujer que grita sus nombres en la privacidad de nuestro dormitorio.

Weston, por su parte, mantiene su atención dividida entre el paisaje y mi perfil, y cada vez que giro la cabeza para mirarlo, veo algo ardiendo en esos ojos oscuros que me dice que está pensando exactamente lo mismo que yo.

En lo que va a pasar cuando estemos solos.

En cómo va a quitarme este traje de embajadora pieza por pieza hasta que solo quede la mujer que pertenece completamente a ellos dos.

En la forma en que van a adorar cada centímetro de mi piel hasta que olvide mi propio nombre.

—¿Ha sido una buena reunión? —pregunta Weston en voz baja, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Muy buena —respondo, y no puedo evitar que se me note la satisfacción en la voz—. Creo que vamos a conseguir un acuerdo que va a beneficiar a todos.

—Me gusta verte en tu elemento —dice Easton, y hay algo orgulloso en su tono que me llega directamente al corazón—. Te brillan los ojos cuando hablas de cosas que te importan.

Tiene razón. Poder trabajar en algo que realmente me apasiona, usar mi educación para contribuir al bien del país de una forma tangible, ha cambiado completamente mi perspectiva sobre mi papel como princesa.

—Nunca pensé que diría esto —admito, bajando la voz, aunque Thompson tiene la separación de cristal subida—, pero me gusta ser útil para la Corona. Me gusta sentir que lo que hago importa.

—Siempre has importado —dice Weston con esa intensidad que me corta la respiración—. Pero me alegro de que por fin tengas la oportunidad de demostrárselo al mundo.

Sus palabras me calientan por dentro de una forma que no tiene nada que ver con el deseo físico y todo que ver con el amor profundo y genuino que siento por estos dos hombres que me conocen mejor que yo misma.

WESTON

Cuando llegamos al castillo y el coche se detiene en el patio principal, observo a Bella transformarse sutilmente en la Princesa Arabella que el mundo necesita ver. Su postura se endereza hasta volverse perfectamente regia, su expresión se suaviza hasta conseguir esa sonrisa educada que ha perfeccionado para las cámaras, y cuando Thompson le abre la puerta, sale del vehículo con una gracia que me roba el aliento cada vez que la veo.

Easton y yo la flanqueamos automáticamente, manteniendo la distancia profesional apropiada mientras la escoltamos por los pasillos del castillo hacia su ala privada. Varios empleados se inclinan ligeramente a nuestro paso, y Bella les responde con esos pequeños asentimientos de cabeza que demuestran que reconoce a cada persona que trabaja aquí.

Es solo cuando llegamos al pasillo que lleva a sus habitaciones privadas que la transformación se revierte. Los hombros se le relajan, la sonrisa se vuelve genuina, y esa luz traviesa que tanto me gusta aparece en sus ojos grises.

—Gracias, Thompson —dice cuando llegamos a su puerta—. Eso es todo por hoy.

—Por supuesto, Su Alteza —responde Thompson con una pequeña inclinación—. Que tenga una buena noche.

Esperamos a que sus pasos se alejen completamente por el pasillo antes de movernos. Entonces Easton saca la llave de las habitaciones de Bella y abre la puerta con un gesto galante que me arranca una sonrisa.

—Después de usted, princesa —dice con esa sonrisa devastadora que ha perfeccionado.

En el momento en que la puerta se cierra detrás de nosotros, el aire del salón privado de Bella se carga de una electricidad que reconozco inmediatamente. Es la sensación de estar en nuestro territorio, en el único lugar del mundo donde no tenemos que fingir ser algo que no somos.

—Ven aquí —le digo a Bella, extendiendo los brazos hacia ella.

No necesito repetírselo. Se acerca directamente hacia mí con esa sonrisa que reserva solo para nosotros, y cuando la atraigo contra mi pecho, el alivio de poder tocarla por fin después de un día entero manteniendo las distancias es tan intenso que tengo que respirar profundamente para mantener el control.

Huele a esa mezcla embriagadora de perfume caro y algo puramente femenino que siempre la acompaña, y cuando entierra la cara en mi cuello e inhala mi aroma como si fuera una droga, siento cómo todo mi cuerpo responde instantáneamente.

—Te he echado de menos —susurra contra mi piel—. Todo el día fingiendo que solo sois mis guardaespaldas cuando lo único que quería era que me tocarais.

Sus palabras van directas a mi entrepierna, recordándome brutalmente las horas que llevamos manteniendo esta fachada profesional cuando lo único que quiero es reclamarla como mía delante de todo el mundo.

Easton se acerca por detrás, rodeándonos a ambos con sus brazos, y por un momento nos quedamos así: los tres conectados en esa burbuja de intimidad que hemos creado en medio de todas las restricciones y protocolos.

—Nosotros también te hemos echado de menos, preciosa —murmura Easton contra su pelo—. ¿Sabes lo difícil que es mantenerse profesional cuando estás ahí sentada siendo brillante y sexy y completamente nuestra?

Bella se ríe, y el sonido vibrando contra mi pecho es música pura.

—¿Sexy en una reunión diplomática? —pregunta—. Creo que tenéis un problema serio.

—Nuestro problema —digo, apartándola lo suficiente para poder mirarla a los ojos— es que estás sexy haciendo cualquier cosa. Especialmente cuando estás en tu elemento, usando ese cerebro increíble que tienes.

La forma en que se le iluminan los ojos cuando le digo que la encuentro sexy siendo inteligente me dice todo lo que necesito saber sobre lo mucho que ha cambiado su vida desde que puede usar su educación para algo significativo.

—¿Sabes qué más me parece sexy? —pregunta con esa sonrisa traviesa que significa problemas.

—¿Qué? —preguntamos Easton y yo al mismo tiempo.

—Vosotros dos fingiendo ser guardaespaldas profesionales cuando sé exactamente lo que estáis pensando mientras me vigiláis.

EASTON

Su confesión me arranca una risa que me sale directamente del pecho. Porque tiene razón, por supuesto. Es imposible estar cerca de Bella y no pensar en todas las cosas que quiero hacerle, especialmente cuando está en modo diplomática, siendo competente y brillante y absolutamente irresistible.

—¿Y qué crees que estamos pensando? —le pregunto, deslizando las manos hasta la cintura de su chaqueta.

—En cómo quitarme este traje —responde sin dudarlo—. En lo que hay debajo. En todas las formas en que me vais a tocar.

Sus palabras me ponen la sangre caliente, pero es la confianza con la que las dice lo que realmente me desarma. Hace seis meses, Bella era una princesa a la que no le dejaban ser libre. Ahora es una mujer que conoce exactamente el efecto que tiene sobre nosotros y no tiene miedo de usarlo.

—Tienes razón —admito, empezando a desabrochar los botones de su chaqueta con esa lentitud tortuosa que sé que la vuelve loca —. Llevo todo el día pensando en esto.

La chaqueta cae al suelo de mármol con un susurro de tela, revelando la blusa de seda blanca que lleva debajo. Pero es Weston quien se encarga de la falda, deslizando la cremallera hacia abajo con una precisión que habla de práctica.

—En esto —murmura contra su oído mientras la falda se une a la chaqueta en el suelo—. En tenerte así, solo para nosotros.

Bella se estremece entre nosotros, y puedo ver cómo se le dilatan las pupilas mientras nos movemos alrededor de ella con esa sincronización que hemos perfeccionado durante estos meses.

No hay prisa. Nunca hay prisa cuando estamos así, los tres juntos en la privacidad de nuestras habitaciones. Tenemos toda la noche para adorarla, y nos tomamos nuestro tiempo haciéndolo.

La blusa desaparece con la misma reverencia, seguida del sujetador de encaje que deja al descubierto su piel pálida marcada solo por pequeñas pecas que he memorizado como un mapa del tesoro. Sus pechos, perfectos y redondos, se alzan y bajan con una respiración que se acelera mientras nuestras manos la recorren con esa familiaridad íntima que solo viene de meses de conocer cada centímetro de su cuerpo.

—Eres perfecta —susurro contra su cuello, saboreando el sabor salado de su piel—. Cada día más perfecta.

Weston no dice nada, pero sus manos hablan por él mientras la exploran con esa intensidad silenciosa que la hace derretirse contra nosotros. Cuando sus dedos encuentran el borde de sus bragas de encaje y las desliza hacia abajo con una lentitud deliberada, Bella gime de una forma que me llega directamente a la entrepierna.

—Cama —dice Weston, y aunque es solo una palabra, está cargada de promesas.

Cuando llevamos a Bella hasta la cama king-size con dosel, el aire de la habitación se vuelve espeso de anticipación. La luz dorada de las lámparas de cristal proyecta sombras danzantes sobre su piel desnuda, y cada curva de su cuerpo parece brillar como si fuera una diosa descendida del Olimpo.

—Te necesito —susurra Bella, y hay una urgencia en su voz que me llega directamente al alma—. Os necesito a los dos. Al mismo tiempo.

Las palabras van directas a mi polla como un puñetazo. Weston y yo intercambiamos una mirada cargada de promesas silenciosas, esa comunicación sin palabras que hemos perfeccionado durante meses de adorar a esta mujer extraordinaria.

—¿Es eso lo que quieres, preciosa? —pregunto, trazando la línea de su mandíbula con las yemas de los dedos.

Su respuesta es besarme con una pasión que me roba el aliento, su lengua deslizándose contra la mía con una urgencia que me dice exactamente lo que quiere. Cuando se separa, sus ojos grises brillan con una determinación que reconozco inmediatamente.

—Sí. Quiero sentiros a los dos —dice sin vergüenza, y la honestidad brutal en su voz me desarma completamente—. Quiero estar llena de vosotros.

Weston se coloca detrás de ella en la cama, sus manos grandes deslizándose por su espalda con esa reverencia que reserva solo para ella. Puedo ver cómo se estremece bajo su toque, cómo se arquea hacia él buscando más contacto.

—Relájate para mí, princesa —murmura Weston contra su cuello, y su voz grave vibra por toda la habitación—. Vamos a cuidarte. Siempre.

Me coloco frente a ella, capturando sus labios en otro beso mientras Weston la prepara con esa paciencia infinita que siempre me fascina. Puedo sentir cómo su cuerpo se relaja entre nosotros, cómo se entrega completamente a las sensaciones que le estamos proporcionando.

—Por favor —jadea contra mis labios cuando ya no puede esperar más—. Os necesito ahora.

No necesito que me lo pida dos veces.

ARABELLA

La sensación de tener a Easton entrando en mí lentamente mientras Weston me prepara desde atrás es indescriptible. Es intenso, abrumador, perfecto de una forma que no sabía que existía. Mi

cuerpo se estira para acomodarlos, y cada centímetro que avanzan me hace sentir más completa, más suya.

—Joder, Bella —gruñe Easton, y su voz suena rota de placer—. Estás perfecta. Tan caliente, tan estrecha.

Weston comienza a entrar en mí desde atrás con una lentitud tortuosa, sus manos sosteniéndome las caderas con una firmeza que me ancla cuando siento que podría flotar lejos de puro placer. El contraste es devastador: Easton llenándome por delante con esa pasión ardiente que lo caracteriza, y Weston reclamándome por detrás con esa intensidad controlada que me vuelve loca.

—Mírame —dice Easton, cogiendo mi barbilla para obligarme a levantar la vista—. Quiero ver tu cara cuando te tomemos completamente.

Cuando Weston por fin se hunde completamente en mí, el grito que escapa de mi garganta es puro éxtasis. La sensación de estar completamente llena por los dos, de sentir cada centímetro de sus cuerpos conectados con el mío, es tan intensa que veo estrellas.

—Eres nuestra —murmura Weston contra mi oído, y hay algo primitivo en su voz que me llega hasta los huesos—. Completamente nuestra.

Empiezan a moverse juntos con una sincronización que habla de meses de práctica, de conocer exactamente lo que necesito y cuándo lo necesito. Cada embestida está calculada para maximizar mi placer, cada movimiento coordinado para llevarme más alto.

—No paréis —jadeo, agarrándome a los hombros de Easton como si fuera mi ancla en la tormenta—. Por favor, no paréis nunca.

—Nunca —promete Easton, besándome con pasión—. Vamos a amarte así por el resto de nuestras vidas.

El placer se construye como una ola gigante, empezando en mi centro y extendiéndose por cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Puedo sentir cómo mis músculos se tensan alrededor de ellos, cómo mi cuerpo se prepara para la explosión que sé que viene.

—Córrete para nosotros, princesa —dice Weston con esa voz autoritaria que hace que mi cuerpo obedezca automáticamente—. Queremos sentir cómo te deshaces en nuestros brazos.

Y lo hago. El orgasmo me golpea con una fuerza que me deja sin respiración, haciendo que me arqueé entre ellos mientras grito sus nombres como una letanía. Puedo sentir cómo se tensan a su vez, cómo sus propios clímax los atraviesan mientras me sostienen durante el mío.

Es perfecto. Somos perfectos juntos. Y mientras nos desplomamos juntos en las sábanas, completamente saciados y destruidos de la mejor manera posible, sé que este es exactamente el lugar donde pertenezco.

Entre estos dos hombres que me aman con una devoción que me roba el aliento.

Cuando finalmente nos quedamos enredados en las sábanas de seda, acurrucada entre mis dos hombres con la respiración por fin calmándose, siento esa paz profunda que solo encuentro en estos momentos perfectos. El calor de sus cuerpos me envuelve como una manta viviente, y puedo oír el latido constante de sus corazones sincronizándose con el mío en una melodía que solo nosotros conocemos.

—¿En qué piensas? —pregunto, trazando círculos sobre el pecho de Easton con la yema del dedo, sintiendo cómo sus músculos se contraen ligeramente bajo mi caricia.

—En lo perfecto que es esto —responde, presionando un beso suave en mi coronilla—. En lo afortunados que somos de haberte encontrado en esta vida.

—En que no cambiaría nada —añade Weston desde mi otro lado, atrayéndome más contra él hasta que no queda ni un centímetro de espacio entre nosotros—. Ni los secretos, ni las restricciones, ni tener que fingir durante el día. Todo vale la pena por esto.

Sonrío contra el pecho de Easton, sintiendo cómo esa felicidad cálida se extiende por todo mi cuerpo como miel derretida.

—Yo tampoco cambiaría nada —susurro, y cada palabra sale cargada de la verdad más honesta que he dicho jamás—. Tengo el trabajo que siempre quise, la familia que amo, y los dos hombres más increíbles del mundo que me adoran cada noche.

—Y que te van a seguir adorando cada noche por el resto de nuestras vidas —promete Easton, su voz como una caricia contra mi

pelo.

—Para siempre —confirma Weston, besándome el hombro con una ternura que contrasta brutalmente con la intensidad de hace unos minutos.

Me acomodo más profundamente entre ellos, inhalando esa mezcla embriagadora de sus aromas que se ha convertido en mi definición de hogar. El olor a colonia cara de Easton mezclado con algo cítrico y cálido que es puramente suyo, combinado con el aroma más oscuro de Weston, algo terroso y masculino que me vuelve loca de deseo incluso cuando estoy completamente saciada.

Y mientras me voy quedando dormida entre mis dos guardianes, protegida y amada y completamente suya, sé que hemos creado algo extraordinario.

Una vida que es completamente nuestra. Un amor que no necesita validación externa porque es perfecto tal como es.

Mi hogar. Mi familia. Mi para siempre.

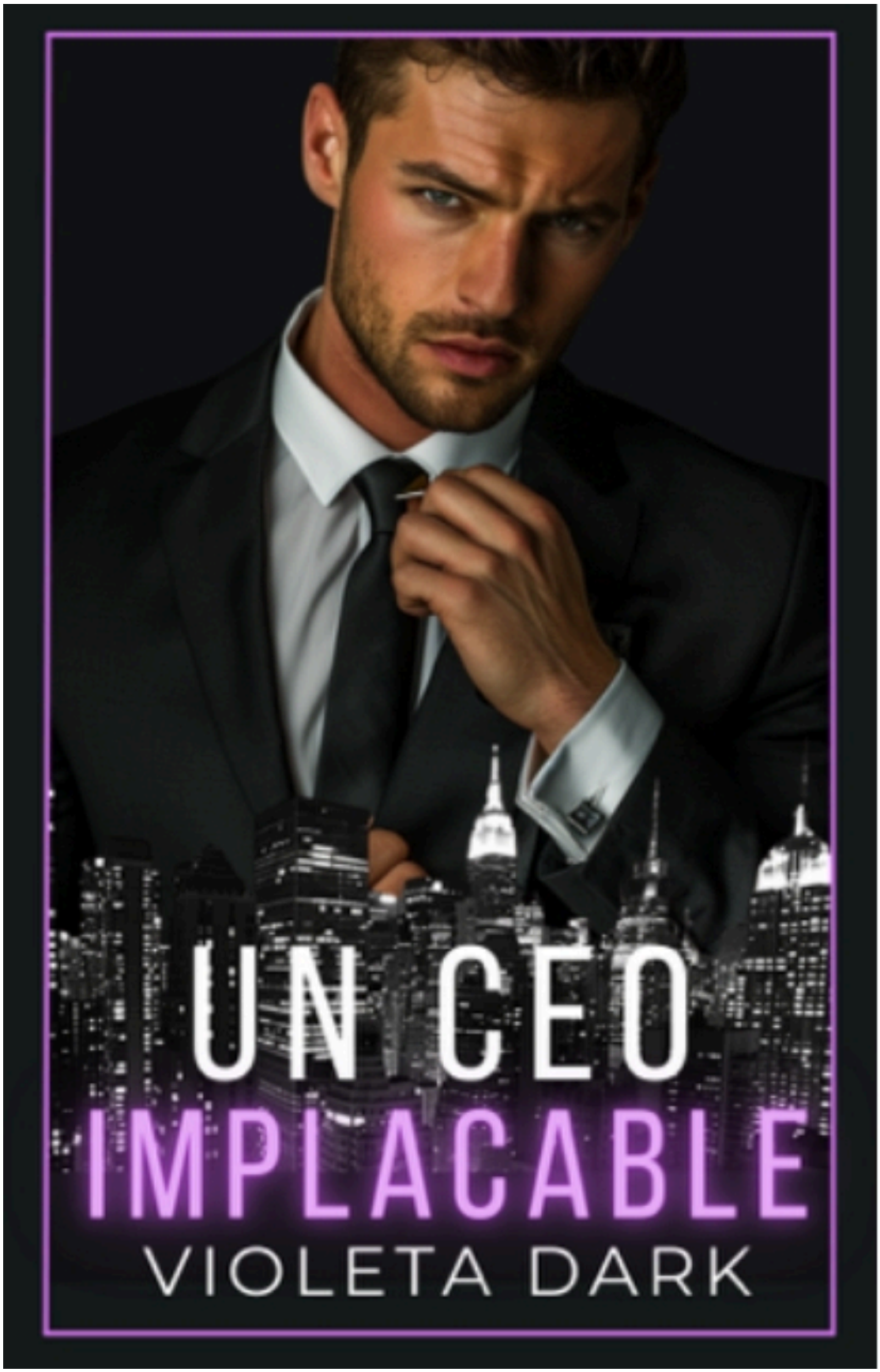
FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

CONSÍGUELO AQUÍ


UN CEO
IMPLACABLE
VIOLETA DARK

¿QUIERES CONOCER A ZANE?

ÉL SE ENAMORA PRIMERO + PROXIMIDAD FORZADA + ENEMIES TO LOVERS

Voy a conseguir que Zane Hawke se largue de mi editorial. Cueste lo que cueste.

ISLA

Haven Books es el legado de mi madre. El refugio que mi abuelo construyó para dar voz a quienes nadie escuchaba. Setenta años publicando historias que importan, no solo que venden.

Mi padre lo vendió como si fuese un simple negocio. Firmó con el halcón más despiadado de Wall Street y cobró sus millones.

Pero cometió un error: yo tengo el cuarenta y nueve por ciento, Zane tiene el otro cuarenta y nueve, y los empleados que mi madre protegió controlan el dos por ciento decisivo.

Y me adoran.

Cada votación será una batalla. Cada propuesta de despidos, bloqueada. Cada libro que quiera cancelar, defendido. Voy a convertir sus dieciocho meses de reestructuración en un infierno hasta que se rinda.

Pensé que sería fácil odiarlo.

Pero Zane Hawke es brillante, implacable, y cuando discutimos se inclina sobre la mesa hasta que su colonia cara me marea y esos ojos grises me atraviesan. Me desafía como si fuésemos iguales. Me mira como si nadie me hubiera visto realmente hasta ahora.

Y cada batalla me deja temblando. No de rabia.

De algo mucho más peligroso.

Porque el halcón que vino a destruir Haven es el único que entiende lo que significa luchar por algo. Y empiezo a pensar que

quizás no es mi enemigo.

Quizás es exactamente lo que necesito.

Aunque eso signifique traicionar todo por lo que he luchado.

ZANE

La compra de Haven Books debería haber sido simple: reestructurar, maximizar beneficios y salir con cuarenta millones.

Isla Brennan lo complica todo.

Convierte cada reunión en una guerra. Levanta esa barbilla y no retrocede ni un centímetro.

Es la oponente más terca e irritante que he enfrentado nunca.

También es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Debería aplastarla. Pero cuando se muerde el labio antes de atacarme, cuando se sonroja aunque intenta esconderlo, cuando la tensión entre nosotros corta el aire...

Ya no quiero que se rinda.

Quiero reclamarla.

Los Hawke no perdemos nunca. Pero rendirme a ella empieza a parecer la victoria más dulce.

Cuarenta y nueve contra cuarenta y nueve. Guerra declarada. Una rendición inevitable.

«Un CEO Implacable» es el libro 1 de la serie Los Halcones de Wall Street, donde cinco hermanos que lo perdieron todo construyeron un imperio... y están a punto de caer. Una historia independiente con final feliz garantizado.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

Violeta Dark crea historias de amor intensas y apasionantes donde mujeres fuertes encuentran un amor que desafía todos los obstáculos. Sus novelas combinan romance, suspense y emoción, garantizando siempre ese final feliz por el que merece la pena luchar.

En sus páginas encontrarás hombres protectores y heroínas valientes, secretos que cambian destinos y una pasión que lo conquista todo. Porque el verdadero amor, ese que hace latir el corazón más fuerte, a veces llega de la forma más inesperada.

Le encanta saber cosas sobre sus lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/VioletaDark
Página web: https://violetadark.com